AMADEO BORDIGA

ELEMENTOS DE LA ECONOMIA MARXISTA



ELEMENTOS DE ECONOMIA MARXISTA

Amadeo Bordiga

ELEMENTOS DE ECONOMIA MARXISTA



Colección:
"Lee y Discute"
Serie R - Núm. 70

Título original: Elementi dell' economia marxista.

Colección «Lee y Discute». Serie R. Núm. 70.
Edita ZERO, S. A. Artasamina, 12. Bilbao.
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. Lérida, 82. Madrid-20.

Portada de José M.ª Ballestero.
Madrid, enero, 1977.
Printed in Spain. Impreso en España.
I.S.B.N.: 84-317-0395-4.
Depósito legal: 1559-1977.
Imprime: Gráficas Color. María Zayas, 15. Madrid-29



En la búsqueda de un texto que sirviera de base para un primer estudio de la crítica de la economía política del capitalismo realizada por Marx en El Capital *han pasado por nuestras manos, a lo largo de estos años, muchos materiales.*

Gran parte de ellos caen de lleno dentro de la manualística de vulgarización comenzada ya desde los tiempos de la II Internacional y continuada en los tiempos de la III que, aún mostrando un gran valor pedagógico, no hacía sino «adaptar» a las propias necesidades políticas e ideológicas muchos de los contenidos y dimensiones de tal crítica. «Adaptaciones» llenas de falseamientos o reducciones a la propia conveniencia.

Otra parte de ellos, de reciente redacción, escritos por tanto en el contexto del capitalismo actual, aun apareciendo con nuevos datos y ejemplos que les dan un aire de modernidad, caen de lleno en la manía de «poner al día» a Marx, solventando supuestos errores de apreciación que no valdrían para el desarrollo del capitalismo «maduro», dando por supuesto así que algo fundamental hubiera cambiado en la historia de los últimos 100 años de la humanidad.

Pocos, muy pocos, antiguos o actuales, permiten comenzar el estudio básico de la crítica de la economía política de la civilización capitalista tal como fuera formulada hace

más de un siglo y cuyos invariantes fundamentales siguen con toda la frescura original.

Entiéndase bien. No es esta editorial precisamente una celosa guardadora de ortodoxias. Pero tampoco nos gustan los camelos. La obra científica de Marx es algo inseparable del deseo de emancipación social que la recorre —ya lo hemos subrayado en otras ocasiones— y no debiera servir, por tanto, para justificar nuevas formas del mismo régimen de opresión capitalista, o para fundar políticas encaminadas a su racionalización aunque se llamen socialistas. o comunistas.

A nuestro juicio, el texto que presentamos es fiel al espíritu y a la letra de El Capital. *cuyo primer libro expone de manera sintética en sus líneas fundamentales, generales. Como es sabido — y a pesar de otras opiniones— en el I libro se expone completa aunque esquemáticamente (en su esqueleto) el funcionamiento del capitalismo. Los libros restantes desarrollan esta investigación.*

La traducción está tomada de la edición italiana del Partido comunista internazionale (Il programma comunista), *que nos ha autorizado a publicarla. En ella se encuentran diversos textos, como presentación y apéndices, de carácter metodológico, que aún siendo de indudable valor, complicarían la presente edición.*

Incluimos por el contrario, la introducción y las notas que fueron redactadas por Bordiga con ocasión de la primera publicación impresa de los Elementos, *en la revista* Prometeo (*n.os 5-14*) *de Milán, en los años 1947 a 1950, así como la* conclusión *que, como se comprende al leer el texto, tampoco forma parte del escrito de 1929, sino que fue añadida en febrero de 1950* (*n.º 14 de* Prometeo).

Reproducimos de la presentación de dicha edición dos párrafos que pensamos serán útiles para nuestros lectores.

«Los Elementos de la economía marxista *fueron originariamente redactados en 1929, en Ponza como esquema de*

un «curso» para militantes confinados allí sobre el libro primero de El Capital. *Eran los años en que, derrotada en Lyon, y poco después en el Sexto Ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista, 1926, nuestra corriente, en la emigración o en el destierro, en la cárcel o en la soledad, sostenía todavía la última y dura batalla en defensa, contra cualquier mixtificación, de la doctrina y del programa marxistas. Desde entonces es característica nuestra, mil veces repetida en este texto, que el marxismo es un bloque único e invariable, que no puede reducirse a un simple «método» de interpretación de los hechos a medida que éstos se producen, sino que ofrece una visión global del curso de la Historia humana y del propio devenir de la Naturaleza. No es un mosaico en el cual se pueden cambiar a placer los fragmentos, dejando intacto el cuadro de conjunto, sino que es una concepción científica y global del mundo en la cual todo se une y a nadie le es dado aceptar o rechazar caprichosamente esta o aquella parte, sin desfigurar y, por tanto, destruir, su potencia revolucionaria.*

El texto, en su forma primitiva, se proponía «en cierto modo seleccionar y subrayar la parte económica» de El Capital*; pero en todas sus páginas, como en la obra ciclópea de Marx, se eleva tanto el grito de batalla de la clase obrera en la lucha por la destrucción del modo de producción burgués, cuyas infamias ocultas por la fachada democrática y su superestructura estatal denuncia, como la anticipada visión de la sociedad en la cual el género humano saldrá finalmente de su prehistoria y reconciliándose idealmente en las primicias de una vida asociada* comunitaria, *basará todas las relaciones de producción y de convivencia humana sobre criterios no mercantilistas, no individualistas, no vulgarmente contingentes, sino, por fin,* humanos y racionales.»

Compartamos o no, total o parcialmente, estas afirmaciones, lo que sí nos parece ciertamente es que corresponden

seriamente, sin mixtificaciones ni edulcoraciones oportunistas, a la visión de Marx sobre su propia obra. Y esto es lo que hemos querido poner a disposición de nuestros lectores.

El trabajo que publicamos es una exposición, en cierto sentido, de modo diferente del original, del primer libro de *El Capital*. No es un resumen, y menos aún una vulgarización. El estudio de la obra fundamental de Marx exige una preparación económica, histórica y filosófica, cuyos resultados han de aplicarse simultáneamente. Aquí, de alguna manera, hemos seleccionado y reunido la parte económica del texto.

Un trabajo análogo sobre la parte histórica y filosófica podría dar base suficiente para una fundamentación y un conocimiento correcto de la doctrina integral del comunismo, en su clásica enunciación original.

La primera parte de este estudio corresponde a la Primera Sección del Libro Primero, titulada por el autor *Mercancía y Dinero*.

Con el fin práctico de establecer por nuestra parte una numeración, la consideramos dividida en siete puntos, que son los siguientes[1]:

1. *Definición de la mercancía y de sus dos propiedades:* valor de uso y valor de cambio.

(1) Sirven exclusivamente para facilitar la comprensión de la parte más difícil de *el Capital* (debido a que «cualquier comienzo es difícil» y porque «es más fácil estudiar el cuerpo ya formado que las células del mismo»).

2. *El valor de cambio.* Concepto cuantitativo y dificultad de hallar su medida.

3. *La forma simple del valor.* Cada vez que se hable sin más de valor, de ahora en adelante, se entenderá que nos referimos al valor de cambio. La forma simple es la enunciación de la equivalencia, a los fines del cambio, entre dos mercancías susceptibles de uso (de consumo), por la cual, a una cantidad determinada de la mercancía A corresponde una cantidad determinada de la mercancía B.

4. *Forma general del valor y forma equivalente.* Esta se presenta cuando consideramos un número dado de mercancías distintas y conocemos todas las equivalencias entre parejas de ellas. Con dos mercancías, tenemos una equivalencia, la forma simple. Con tres mercancías, tres equivalencias, con cuatro, doce. Con diez mercancías tendremos noventa equivalencias, sistema demasiado complicado para fines prácticos y memorísticos. Para recordar las noventa relaciones basta saber las de nueve mercancías con una sola, y de estas nueve exclusivas relaciones se derivan fácilmente las demás. Se ha elegido una mercancía como equivalente de todas. Nos hallamos ante la *forma general* del valor.

5. *Carácter histórico-social de toda la cuestión.* Resumimos brevemente un capítulo, el que versa sobre "El carácter fetichista de la mercancía y su "misterio", que compendia en unos trazos magistrales todos los elementos de la doctrina marxista, conjuntamente en sus aspectos económico, histórico y filosófico, aportando todo cuanto basta para aclarar que la economía marxista no se escuda en sutilezas sobre el análisis de la mercancía para hallar leyes inmutables e inmanentes del proceso económico (las pretendidas leyes *naturales* de la economía) sino con el fin de exponer con riguroso desarrollo la indagación científica sobre el devenir de la sociedad humana en toda su complejidad y en la sucesión histórica de sus vicisitudes, referida a épocas que se distinguen por una mecánica diferente del mundo

económico. Investiga por lo tanto, no las relaciones entre el pedazo de tela y la libra de hierro, sino la relación entre los hombres reales en la producción y el consumo en momentos dados de la historia.

6. *La circulación. Valor y precio.* En este punto se estudia el mercado en su conjunto, cuando una mercancía elegida como equivalente general, como por ejemplo la sal, es sustituida finalmente por la moneda, primero metálica y después también en forma de papel y convencional. En este desarrollo se plantea de entrada la *hipótesis* de que, para tener una medida del valor, se puede adoptar la del tiempo de trabajo humano medio que cualquier mercancía requiere en general para ser producida. La sucesiva aplicación de esta *hipótesis* (que como es sabido no se encuentra por vez primera en Marx, sino que se debe a los economistas de la primera época capitalista y en especial a David Ricardo (1772-1823), que publicó su obra fundamental, *Principios de la Economía Política*, en Londres, en 1821), a todo el mundo económico actual en el desarrollo de la investigación, decidirá sobre la validez de la hipótesis misma.

7. *Curso del dinero.* Como premisa a la segunda sección en la que finalmente aparece en escena el *capital*, y que trata precisamente de la transformación del dinero en capital, investigada estudiando la dinámica no ya de quien aparece en el mercado para apartar mercancías o retirarlas para su propio uso, sino la de quien entra en él como portador de moneda, Marx recuerda todo lo que debe quedar claro acerca del mecanismo monetario esencial en la economía burguesa, antes de proseguir con la exposición de todo «El proceso de producción capitalista» tema del Libro I de la obra.

Dicho esto como prólogo a la I Sección, será conveniente dar algunas indicaciones sobre la distribución de toda la obra, la cual, de acuerdo con el plan de Marx, debía comprender cuatro libros o volúmenes.

El segundo libro trata del proceso de circulación del capital, el tercero de los aspectos que reviste el proceso económico global; el cuarto debía exponer la historia de la teoría, de la que no obstante, hay copiosísimos materiales en los primeros libros y en sus anotaciones[2].

Es bueno, no obstante, atacar de frente a un criterio corriente que se adapta muy bien a los fines revisionistas: que los dos libros siguientes examinan una parte del proceso económico real que se omitía, en el primero, y que tal análisis ha sido desarrollado por el autor hasta conducirle finalmente a rectificaciones importantes, cuando no a renunciar a las doctrinas principales del primer libro, como son las de la plusvalía, la acumulación del capital, la *miseria creciente*, etc. Esta opinión, desmentida por el contexto de las obras aún más recientes publicadas hasta la muerte de Marx (1883) y después, como en las reelaboraciones póstumas y comentarios debidos a Engels, corresponde una equivocada valoración de la estructura de la obra. El primer libro abarca el campo completo de la doctrina de Marx sobre el capitalismo y no es precisamente un tratado abstracto de las relaciones que se establecen en la esfera de la producción prescindiendo de las relaciones de las mercancías y de la moneda. Admitir esto sería considerar destruido el contenido sustancial del método de Marx.

Lo que constituye la relación entre el primer libro de *El Capital* y el resto de la obra es un criterio totalmente diferente. Con toda la riqueza del material histórico, crítico, bibliográfico, polémico, que contiene, el primer libro se centra en el estudio económico de todo el proceso, desde el primer trueque, a través del nacimiento y la acumulación del capital, hasta la conclusión de que al capitalismo le sucederá una economía social y no mercantil, bosquejada

(2) El libro IV está constituido por los tres volúmenes de las *Teorías sobre la plusvalía*, o *Historia de las teorías económicas* publicado originariamente por Kautsky, como el II y el III lo fueron por Engels.

lapidariamente en el penúltimo capítulo, como veremos a su debido tiempo. Los datos, el estudio y las leyes de la circulación ya están plenamente comprendidos en este desarrollo. Pero todo el material de nuevo es tomado y reestudiado en los libros sucesivos —y, explicando mejor el concepto, bien podemos decir, en todo el trabajo posterior y también futuro de los marxistas— a través del estudio de los fenómenos particulares del desarrollo capitalista, en el que, dado el carácter del método, debe efectuarse incesantemente la verificación y el control de la teoría general y la prueba de su eficiencia.

El primer libro nos ofrece, por lo tanto, el desarrollo esencial del proceso capitalista y de sus características sociales reales en la relación entre capitalista y asalariados, que es imposible proponer e imaginar sin tener presentes los fenómenos de la circulación y del consumo, y halla las leyes de este proceso, pero no cristalizándolo en el carácter estático de un mundo abstracto, sino verificándolas en todas las situaciones: desde el capitalismo naciente puesto en relación con tipos económicos distintos y, después, en el curso de su desarrollo y de su conquista del mundo. Por tanto, tiene siempre presente el ambiente histórico real, ya que nunca se podrá decir que estamos en presencia de un «modelo» de economía capitalista en estado «puro».

Y de hecho, la famosa primera sección del Libro, sobre la circulación, es la piedra angular sobre la que descansa todo el estudio de la producción, y como subrayan las conocidas advertencias del propio Marx y de los mejores comentaristas, hace asequible la materia más difícil a lectores que no están bien preparados, siendo totalmente indispensable su comprensión para el conjunto.

Pero se ha dicho también muchas veces que una obra como la de Marx, en la que se ha desechado todo apriorismo o metafísica de principios, debe ser entendida en *todas* sus partes, y la lectura de los primeros capítulos presupone una cierta asimilación de las tesis de las partes

sucesivas. El propio Marx sugirió a algunos lectores que comenzasen por la mitad del libro con los capítulos descriptivos e históricos, para llegar posteriormente a los más decisivos del análisis científico.

El libro primero es, por tanto, respecto al resto de la obra, como el trazo fundamental, la línea directriz de todo el sistema, al desarrollar en su totalidad un ciclo completo, y ha sido escrito por el autor sobre la base de todos los materiales que la historia económica le ofrecía, hasta entonces, y de los cuales reservó la exposición pormenorizada para los siguientes volúmenes.

Tiene aquel mismo puesto que en la física y en la astronomía moderna tienen los *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, de Isaac Newton (1687). La verdad, debida a Galileo, de que la *fuerza* actuante sobre un cuerpo material en movimiento es la causa, no de su *velocidad*, sino de su *aceleración* (esto es, que aumenta o disminuye la velocidad misma), el procedimiento matemático, con los métodos de cálculo de las cantidades infinitesimales descubierto por Newton, conduce directamente a establecer las leyes del movimiento de un planeta alrededor del Sol y descubre deductivamente las leyes que Kepler había deducido de las observaciones de Tycho Brahe sobre las revoluciones de los planetas. El principio teórico recibe, de este modo, una confirmación deslumbrante. Vale la pena hacer notar también que la primera parte de la obra de Newton, que establece en forma geométrica las primeras proposiciones del cálculo infinitesimal, expuestas de nuevo contemporáneamente por Leibniz en forma más expresiva, es fatigosa y aburrrida de estudiar, mientras que la deducción de los capítulos sucesivos en los que se establece la célebre ley de la gravitación universal, es también formalmente, grandiosa y brillante.

Las tres o cuatro sencillas enunciaciones de Galileo, Newton, Kepler, dan plenamente cuenta de todos los movimientos de los cuerpos del sistema solar, planetas y

satélites y tienen un valor definitivo en la historia de la ciencia. Ello no quita que aquéllas deriven de un caso puro y abstracto, el del *movimiento central*, que considera sólo dos cuerpos celestes, mientras que realmente en el sistema existen en gran número. El efecto real es pues mucho más complicado y el *problema de los tres cuerpos* aparece ya analíticamente, mucho más difícil. Sin embargo, admitida la célebre *actio in distans*, de Newton, cada cuerpo atrae a los otros y altera su trayectoria en mayor o menor medida. Se trata de algo similar al paso de la simple permuta M — M' de Marx al cuadro general del movimiento económico de nuestros días. Por esto, compararemos a los volúmenes sucesivos de *El Capital*, el enorme trabajo posterior llevado a cabo por los astrónomos, para deducir los movimientos particulares de los diversos cuerpos, y especialmente la fundamental y clásica *Mecánique celeste* de Laplace, y las aplicaciones famosas como el descubrimiento de Neptuno, llevado a cabo por Le Verrier mediante el cálculo de las perturbaciones de la órbita de Saturno, obteniendo su exacta posición en el cielo, posteriormente verificada mediante observaciones telescópicas.

La misma teoría rige, por tanto, el estudio de muchas desviaciones efectivas de detalle de las leyes tipo y de las elipses puras keplerianas, pero la ley de Newton queda sólidamente establecida y confirmada. El proceso tipo es absolutamente válido aunque no ocurre nunca. Los cielos no sólo dejan de ser inmutables e incorruptibles como eran para Aristóteles y para Tomás de Aquino y están regidos por la misma mecánica válida para el movimiento de los cuerpos terrestres estudiado por Galileo, sino que las órbitas geométricamente puras de Kepler no son trazos inmutables en el movimiento de los planetas. Ninguno de ellos lo recorre jamás dos veces, el fenómeno real es siempre diferente del teórico, pero ello no hace sino confirmar la validez y la eficacia de las leyes científicas.

Introducidas ulteriores consideraciones sobre los procesos

térmicos, se hace posible intentar una historia del sistema solar y Laplace adelanta su hipótesis sobre el origen solar de los planetas y su reintegración al sol. Esto, naturalmente, no quita validez a la conquista científica contenida en la primera construcción clásica de la ley general del movimiento.

Con el fin exclusivo de evitar confusiones no siempre ingenuas, ponemos de relieve, finalmente, un último punto. Las cuestiones metodológicas recordadas aquí se ven afectadas, en relación con el problema cosmogónico por recientes logros y doctrinas científicas que introducen en el balance además de las consideraciones térmicas, las de la energía atómica, ni por las construcciones más importantes como las de la teoría de la relatividad, que no han desmentido (en el sentido que aquí nos interesa) la ley clásica de la gravedad, sino que la han encuadrado en una concepción más amplia como un «caso límite». Todo esto, como la cuestión del determinismo en la ciencia de la naturaleza y en la del hombre, se ha reservado para estudios ulteriores, dedicados al marxismo y la teoría del conocimiento.

Las notas que publicamos sirven de apoyo a la lectura de *El Capital*, y mejor aún para el trabajo político con el manejo de ese instrumento fundamental y revolucionario. Un libro es para nosotros como una máquina, diremos más, como un arma.

Debieran servir, ya que cualquier trabajo de investigación para nosotros, los comunistas, es hoy colectivo y no personal como un esclarecimiento del texto por parte de militantes ya preparados.

Por ejemplo, el párrafo cuarto del capítulo primero sobre el carácter fetichista de la mercancía, contiene un material actualísimo de propaganda sobre puntos que los oportunistas del momento vulneran, cuando menos, tres veces al día, mientras proclaman ser discípulos de Marx.

En esas pocas páginas se ofrece un esbozo histórico de las

diversas economías, en las que, además de advertirse el empleo del método dialéctico del que trataremos ampliamente, queda demostrado que no todas las economías pasadas fueron mercantiles, y que la economía socialista se define como primera condición, por *no ser mercantil ni monetaria.* En ellas está la tesis de que cualquier apologética del capitalismo en economía y de la igualdad y la libertad en política, tendente a contraponer la perfección y dignidad de las instituciones burguesas a la «artificialidad» de las feudales, vale científicamente tan poco como la posición de todos los teólogos, según la cual las religiones de los demás son artificiales, siendo solamente natural la propia. «Cualquier religión que no sea la suya es una invención de los hombres, la suya es una revelación de Dios». Marx cita aquí su propia respuesta a Proudhon en *Miseria de la Filosofía*. Para nosotros, marxistas, todas las religiones son «invenciones» de los hombres.

En nuestros días, en todas las vaguedades que se publican bajo la increíble etiqueta de marxismo, desde Attlee a Stalin, desde Saragat a Togliatti, ninguna se propone combatir al mercantilismo ni al deísmo. Todas tienen la presunción de ser anticapitalistas, pero no atacan a fondo el fetiche de la mercancía, la «bestia» moneda (es Marx quien cita el *Apocalipsis* de San Juan), ni al dios de los altares.

Ninguno de estos recuerda haber leído: «El mundo religioso no es sino el reflejo del mundo real. Para una sociedad de productores de mercancías en la que sus relaciones de producción, generalmente social, consisten en referirse a sus productos como a mercancías, es decir como valores y en el referir los unos a los otros, en esta forma material, sus trabajos particulares como si fueran trabajo humano igual (estas características permanecen íntegras en las estatizaciones tanto del laborismo como del totalitarismo ruso), el cristianismo, con su culto del hombre abstracto —especialmente en su desarrollo burgués, en el protestan-

tismo, deísmo, etc.— es la forma de religión más adecuada."

«El reflejo religioso del mundo real puede desaparecer, en general, solamente cuando las relaciones de la vida práctica cotidiana ofrezcan cada día al hombre lazos claramente racionales con sus semejantes y con la naturaleza. La forma del proceso de vida social, es decir, del proceso de producción material, se despoja de su mítico velo de niebla solamente cuando, como resultado de hombres libremente asociados, sea sometido a su control consciente y de acuerdo con un plan. Pero para que ello sea posible, se requiere una base material de la sociedad o una serie de condiciones materiales de existencia, que son a su vez el producto orgánico de un dilatado y tormentoso desenvolvimiento histórico.»

Pero en nuestros días, y con objeto de no asustar a los aliados de los movimientos fideístas, los «marxistas» ya no hablan de estos problemas. A sus seguidores se les hace ver que el silencio no es otra cosa que una hábil maniobra temporal.

Llegan todo lo más a afirmar que Lenin citó de Marx que la religión es el opio del pueblo: frase de pasada en la cual los términos carecen de rigor teórico. ¿Puede servir un solo pasaje de Lenin, para que nos sea permitido inventar un Marx o un Lenin a nuestro gusto? Veamos:

«Nosotros, materialistas, de acuerdo con Engels, damos a los kantianos y a los seguidores de Hume la calificación de agnósticos, porque niegan la realidad objetiva como origen de nuestras sensaciones. El agnóstico dice: *ignoro* si existe una realidad objetiva reflejada por nuestras sensaciones y declaro que es imposible saberlo. De aquí, la negación de la verdad objetiva por el agnóstico y la tolerancia pequeñoburguesa, filistea, pusilánime, hacia las creencias en los fantasmas, en los duentes, en los santos católicos y otras cosas por el estilo.» (*Materialismo y Empirocriticismo*, Cap. II, par. 4).

La alusión a los fantasmas y a los duentes deriva de una polémica contra el sedicente marxista ruso Bogdanov, que, aún aceptando la filosofía de moda en 1910 de Mach y Avenarius, no dejaba empero de reivindicar la posición antifideísta. Lenin, contestándole, dice a este respecto: «Si la verdad (comprendida la verdad científica) no es sino una forma organizadora de la experiencia humana, entonces se admite el postulado fundamental del clericalismo, se le abre la puerta, y se hace un lugar a las «formas organizativas» de la experiencia religiosa».

Aquí se ve que, para el marxista, los términos fideísmo, clericalismo, religión, cristianismo, deísmo, son expresiones semejantes de una tesis enemiga, y que los mismos heterodoxos como Bogdanov se avergonzaban hasta ayer mismo de mostrar tolerancia para con ellas.

Pero hoy se espera una edición debidamente purgada de Marx y de Lenin. Puesto que estáis a ello, ¿no podíais incluir la formación de la comisión de los Pactos Lateranenses?

SECCION I

MERCANCIA Y DINERO

1. La Mercancía.

Mercancía es algo que posee dos propiedades: *a*) ser útil, es decir, apta para satisfacer necesidades humanas; *b*) ser susceptible de poderse cambiar por otras mercancías.

Valor de uso. Indicamos con esta expresión la propiedad *a*) ¿Le corresponde a ésta una magnitud susceptible de medición cuantitativa? No, porque el valor de uso de una misma mercancía es variable, de acuerdo con circunstancias de tiempo, de lugar y de persona. El valor de uso es, por esta razón, una propiedad cualitativa, pero no puede ser tratada como magnitud cuantitativa.[1]

Valor de cambio. Indicamos por éste la segunda propiedad de la mercancía, es decir, su permutabilidad.

(1) Resulta especialmente importante tratar con magnitudes cuantitativas mensurables en la investigación científica. El objetivo de cualquier ciencia es la exposición orgánica de un grupo determinado de hechos o fenómenos adquiridos por nuestra experiencia, de manera que resulten evidentes las relaciones que constantemente se manifiestan entre los mismos hechos. La experiencia científica de tales relaciones se llama ley. La forma más completa y satisfactoria de una ley científica es la de una relación entre cantidades mensurables (fórmula matemática). Para que la

¿Es cuantitativamente mensurable el valor de cambio? Y si lo es, ¿a qué magnitudes conocidas se le debe referir? Se responde afirmativamente a la primera pregunta, porque si bien a primera vista se presentan muchos cambios aislados entre gran cantidad de mercancías distintas, en todas estas relaciones debe existir algo en común.

---

magnitud sea medible, debe poderse referir a otra magnitud ya conocida, y en tal referencia reside esencialmente la ley. Ejemplo: si se mide el espacio (longitud) en metros, el tiempo en segundos, se mide la velocidad tomando como unidad la de un metro en un segundo; y se aplica la ley de que *velocidad = espacio: tiempo.*

Algunas leyes traducen relaciones, correspondientes a la experiencia, entre magnitudes ya conocidas: tenemos entonces un nuevo descubrimiento; otras, como la del ejemplo, se limitan a introducir por deducción una nueva magnitud, y tienen el valor de convenciones teóricas; sin embargo, la aplicación a los fenómenos de sus consecuencias lógicas decidirá respecto a su mayor o menor validez. Por esta razón, no todas las convenciones que definen magnitudes por el modo de medirlas o referirlas a otras, son de hecho posibles, sino que tomadas inicialmente como hipótesis son finalmente confirmadas o rechazadas al aplicarse a los hechos experimentales. Por ejemplo, con la hipótesis atómica, se introdujo la noción de la magnitud «peso atómico», y mientras que durante mucho tiempo se pensó que era un recurso cómodo para hacer cuadrar las fórmulas químicas, los estudios posteriores basados en datos experimentales permitieron afirmar la existencia real de los átomos y determinar su peso, tanto absoluto como relativo, con referencia al del hidrógeno tomado como unidad.

Anticipando una conclusión que podrá formar parte de investigaciones sobre «teoría del conocimiento» en el sistema marxista, hagamos notar que tratar la entidad sobre la cual se investiga con medidas numéricas y relaciones matemáticas entre sus medidas cuantitativas, conduce a hacer las nociones y las relaciones, así como su posesión y manejo, menos individuales, más impersonales y valiosas colectivamente. La pura apreciación cualitativa contenida en juicios y opiniones expresadas en palabras de lenguaje común, está marcada por la impronta personal en cuanto las palabras y sus relaciones asumen diverso valor en cada hombre, según las precedentes tendencias y predisposiciones materiales, emotivas y cognoscitivas. Por esto, son personales y subjetivos todos los juicios y principios morales, estéticos, religiosos, políticos, filosóficos, comunicados y difundidos verbalmente o por escrito. Los sistemas cifrados y las relaciones de símbolos matemáticos (algoritmos), con los que están muy poco familia-

En cuanto a la segunda pregunta no podemos referir la medida del valor de cambio a las propiedades específicas que definen al de uso, como el color, sabor, forma, composición química, etc. siendo factible, sin modificar el valor de cambio, permutar la mercancía con otra de cualquier cualidad de uso. *El carácter común a varias mercancías que pueden cambiarse indiferentemente, puede reducirse al mero hecho de que todas son productos del trabajo humano.*

---

rizadas muchas personas que se consideran cultas, tienden a establecer resultados válidos para todos los investigadores, o al menos transferibles a campos más amplios sin que puedan fácilmente ser deformados por interpretaciones particulares.

Este paso en la historia de la sociedad y de sus conocimientos, no es, en modo alguno, sencillo; es duro y difícil, y no privado de regresiones y errores, pero en este sentido se constituye el método científico moderno.

A tal fin será de gran interés para conferir un valor objetivo real y material al conocimiento humano, el examen de «algoritmos» modernos que han asumido tal poder de trabajar y caminar por «cuenta propia», en cierto sentido *fuera de la conciencia y la inteligencia*, a la manera de verdaderas «máquinas» de conocer. Su ciencia ya no depende del «yo» sino de lo *social*. ¡El *yo* teórico, así como el económico y el jurídico, deben ser aniquilados!

Marx quiso tratar también con método científico los hechos económicos humanos, de igual modo que la ciencia y la filosofía burguesas habían tratado los fenómenos de la naturaleza física.

No usó de modo explícito un algoritmo porque pensaba y trabajaba, exponía y combatía al mismo tiempo; y además de las armas del tiempo moderno, debía y sabía usar las utilizadas para resistir al enemigo: la polémica, la elocuencia, la invectiva, el sarcasmo, con las que tantas veces doblegó a sus contradictores.

—Precisamente en el fragor de esa batalla se construyó la ciencia nueva de la sociedad y de la historia.

Es hora de superar un primer punto: para construir una ciencia del valor, agrade o no a los economistas ideólogos y filosofantes, es necesario introducir una medida, del mismo modo que Galileo y Newton pudieron construir una ciencia de la gravedad midiendo masas, aceleraciones y fuerzas. La fecundidad del nuevo método, al aportar soluciones susceptibles de futuros y más grandiosos desarrollos, eludiendo el establecimiento de «verdades absolutas», extrañas a la ciencia, sepultará para siempre las erróneas especulaciones del pasado sobre tales problemas.

2. El valor de cambio

Nos proponemos entonces medir el valor de cambio refiriéndolo al trabajo, magnitud mensurable común. El trabajo humano sólo es mensurable como tiempo de trabajo.

No es necesario decir que no se trata del tiempo de trabajo empleado ocasionalmente para producir una mercancía determinada, que puede variar por miles de circunstancias, sino del tiempo de trabajo medio necesario para *reproducirla* sistemáticamente, es decir, del tiempo de trabajo socialmente necesario.

El valor de cambio es la capacidad de la mercancía para ser cambiada por otra en una relación dada, y es magnitud mensurable.

El número que medirá el valor de cambio en relación con una unidad de medida convenida, es siempre proporcional al tiempo de trabajo social medio necesario para producir una determinada mercancía, o sea, el número mismo es el resultado de este tiempo dividido por el tiempo de trabajo necesario para producir la unidad de valor de cambio.

La fuerza productiva del trabajo medio varía si varían los procedimientos de la técnica. Cuando ésto ocurre varía el valor de cambio de las mercancías del tipo dado. Bien entendido, que varía asimismo para las mercancías todavía existentes, producidas con el sistema no perfeccionado y con tiempo de trabajo más prolongado.

De esto se deduce que es también errónea la fórmula de que el valor sea trabajo cristalizado, y es necesario formular la ley en los términos precisos antes enunciados.

En la mercancía, el trabajo está representado bajo dos formas: el valor de uso está en relación con la calidad particular del trabajo necesario; el valor de cambio está en relación con la cantidad de tiempo de trabajo humano genérico necesario para reproducirlo.

Hablando de tiempo y de fuerza de trabajo nos referimos aquí al trabajo simple, que debe distinguirse del trabajo

complejo y cualificado. En el curso del tratamiento se reduce siempre el trabajo complejo al trabajo simple, como se apreciará mejor después.

Formas del valor. La mercancía tiene dos formas (es decir se presenta —puede ser considerada— se trata de dos modos, bajo dos aspectos): su forma natural principalmente física y material, y la forma-valor.

¿Y bajo qué forma nos aparece el valor? En la práctica, empíricamente, como dato experimental, el valor nos llega ante los ojos en forma de dinero, que en el fondo es el precio. Se trata de llegar a este dato práctico, familiar a todo el mundo, con un análisis deductivo que parta de la mera propiedad de cambiarse que tienen las mercancías, porque hemos establecido que, en la medida en que se cambian, en esa misma medida tienen valor (de cambio).

3. Forma del valor simple y total o desarrollada

Partamos del hecho más elemental del cambio entre dos partidas de mercancías.

x Mercancía A = y Mercancía B.

El valor aparece aquí en una primera firma que llamaremos simple o particular. Tenemos una igualdad, con dos *miembros*. Si bien, como en cualquier igualdad cuantitativa, podemos cambiarlos de lugar, sin embargo, las expresiones x Mercancía A e y Mercancía B tienen carácter diferente. Expresan las mismas cantidades de valor, pero la cantidad y de la Mercancía B sirve para definir cuánto vale la mercancía A. Por esto llamaremos al primer miembro *forma relativa* y al segundo *forma equivalente*.

Valor x Mercancía A = Valor y Mercancía B = valor V
forma relativa forma equivalente del valor V
(forma simple del valor)

Si quisiéramos expresar con un número la magnitud absoluta en el valor V, o sea, expresarlo según una unidad de medida general aplicable a todas las mercancías A-B-C-D, etc. no podríamos hacerlo partiendo de los datos de la fórmula simple. Claro que podemos deducir de ésta la relación:

Valor de x unidades Mercancía A = Valor de y unidades Mercancía B = Valor V, pero ello no nos permite decir cuál es el valor de una unidad (kg., etc.) de A porque eso depende del valor de B. Ahora bien, puede cambiar el valor de A tanto como el de B, al cambiar el tiempo de trabajo necesario para A y para B, y en tal caso la relación $y:x$ cambia, y por tanto tendríamos diferentes expresiones del valor buscado, es decir, no estaríamos aún cerca de la medida absoluta.

Con la forma *simple* la mercancía que nos interesa no encuentra más que un solo equivalente, y no llegamos a una medida general del valor. Ahora bien, supongamos conocer todos los equivalentes de la mercancía A expresados por las restantes mercancías que hay en el mercado.

Valor de x Mercancía A = Valor de y Mercancía B = = Valor de z Mercancía C, etc, etc.

Para tener una idea de todo el mercado (piénsese en la época del trueque en especie) tendríamos que saber escribir, para cada mercancía la forma *desarrollada* ya aludida. Si las mercancías son n, ésta se compone de n-1 igualdades, y en total las igualdades serían n(n-1). Ejemplo: para 10 mercancías debemos conocer 90 relaciones.

4. Forma general del valor y forma equivalente.

Las n(n-1) o las 90 relaciones no son, empero, todas independientes, y se hallan todas contenidas en las n-1 ó 9 de la forma desarrollada. Entonces, no nos queda sino invertir ésta y referir el valor de todas las demás mercancías n-1 al de la mercancía A, convertida en único equivalente o equivalente general, teniendo:

y Mercancía B = *z* Mercancía C = *m* Mercancía D... = *x* Mercancía A.

En la práctica esto significa que, generalizado el trueque en especie, y para no recordar 90 relaciones, sino sólo 9, se elige una mercancía como equivalente común de todas las demás.

No disponemos todavía de una expresión absoluta en la medida o cantidad de valor, pero tenemos una medida, por así decirlo, oficial, expresada en las cantidades de mercancía equivalente que corresponden a cada mercancía especial. Así por ej. los primitivos que comercian con ganado y demás expresan el valor en libras de sal.

Con el desarrollo del comercio, la mercancía equivalente no sólo adquiere un papel mnemotécnico, sino que de hecho se cambia con todas las demás mercancías, al perderse el contacto directo entre los individuos que realizan el trueque. La forma simple (p. ej. una vaca = 3 cabras) ya no se realiza, pero sí el cambio entre 1 vaca y 30 libras de sal y después entre 10 libras de sal y 1 cabra. Es decir, el comerciante se interpone entre el que vende la vaca y el que compra la cabra, los cuales están alejados materialmente; y lleva consigo la mercancía o la sal equivalente al alcance de cada uno. La sal circula ya no sólo a efectos de consumo, sino mucho más a menudo para facilitar la circulación de todas las demás mercancías.

Era necesario, sin embargo, que la mercancía equivalente

fuera de fácil transporte, de poco volumen y absolutamente inalterable. Tales requisitos se encontraron en el oro que se convirtió en el equivalente general, con lo que se pasó a la forma dinero del valor.

5. Carácter histórico-social de la cuestión.

En este punto del análisis del valor, Marx introduce un capítulo sobre el *«carácter fetichista de la mercancía»*. Tal capítulo es de índole histórica y polémica y presupone una enunciación de la doctrina del *determinismo* económico, que no constituye el objeto de *El Capital*, pero que es inseparable de la doctrina marxista sobre el carácter de la economía capitalista.

La inserción del citado capítulo no es una disgresión y no es caso de resumirlo, sino que más bien debería desarrollarse ampliamente.

Al hacer el análisis de las formas del valor, hemos aplicado el método *científico* positivo. Pero el objeto de la investigación no eran hechos de carácter absoluto e inmanente, como p. ej.: la naturaleza de los elementos químicos, descubierta en 1800, pero valiosa para estudiar tanto las condiciones de la nebulosa originaria como las del lejano futuro del universo. Hemos tenido que descender al terreno histórico para explicar los pasos de nuestra investigación, vinculando la forma simple del valor con la época del trueque en especie, la forma general con la del comercio, etc. etc. Por esta razón los resultados a los que tendemos, no tienen carácter inmanente, sino relativo a las diversas épocas y grados de desarrollo de la sociedad.

No basta con reconocer en el trabajo y en el tiempo de trabajo la medida de las cantidades de valor sin un análisis susceptible de aplicar esta clave a las diversas economías.

Lo que resulta establecido por primera vez debido a la investigación marxista es que el valor de cambio no es una

propiedad absoluta de las cosas, sino el modo de presentarse de las relaciones de organización social. Las cosas son mercancías porque existe un sistema dado de relaciones entre quienes las producen y las consumen. Es natural pues que los economistas que nos han precedido, vieran por el contrario en la mercancía un dato básico del cual partir, ya que ellos toman como relaciones definitivas y *naturales* las ordenaciones que corresponden a la sociedad en que viven y a los intereses de clase que representan. Y aquí se manifiesta la doctrina de la dependencia de las opiniones con relación al estadio de desarrollo económico social y también la doctrina de la lucha de clases.

Ya de entrada, la polémica con los economistas tradicionales no se plantea sobre un terreno común: éstos se convierten en objeto pasivo, incluso en adversarios, antes que en colaboradores de la investigación. Lo que aducen en adelante y quizá por mucho tiempo tales economistas no merecerá nuestra atención, con el mismo derecho que tuvieron los fundadores de la mecánica y de la astronomía moderna para no considerar material de trabajo los temas o los procedimientos bíblicos y peripatéticos. No entendiendo esto es inútil intentar comprender cómo el análisis, que parte del hecho mínimo del trueque entre dos objetos, llega hasta la doctrina de la plusvalía que debe aportar la clave de la interpretación positiva e histórica del mecanismo productivo contemporáneo.

Por tanto, nosotros despojamos a la mercancía de su carácter fetichista, al descubrir las leyes que la asignan un valor y que nos indican la manera de medirlo, en las relaciones entre los hombres y los grupos de hombres para los cuales no son sino mercancía y valor.

Al mismo tiempo despojamos de su carácter fetichista al dinero: «Sin que intervengamos para nada, las mercancías hallan bien pronto su propia forma de valor en un cuerpo de mercancías existente fuera y junto a ellas. Cosas como el oro y la plata, tal como salen de la entraña de la tierra, se

convierten en la encarnación inmediata de todo trabajo humano. De aquí la magia del dinero. El comportamiento atomizado de los hombres en el proceso de producción ocial, y por tanto, la forma material, objetiva, indepen- iente de su propio control y de su consciente actuación ndividual, de sus relaciones de producción, se revelan en primer lugar en el hecho de que los productos de su trabajo asumen a escala general la forma de mercancías. El enigma del fetiche dinero es, pues, simplemente el enigma del fetiche mercancía que se hace visible y deslumbrante ante la vista». (Cap. II: «El proceso de cambio»).

6. La circulación-valor y precio.

Hemos tratado de definir el valor como cantidad mensurable para tratarla con el método científico y hallar las leyes relativas a él. Hemos anticipado como hipótesis la conclusión de que la cantidad de valor es proporcional al tiempo de trabajo social medio. Procediendo con posterioridad al análisis de los hechos experimentales, hemos ido aplicando y verificando la hipótesis. Hemos llegado finalmente a la mercancía equivalente general y, un paso después, a la moneda.

Dejamos de lado estas observaciones sobre el *mono* o *bimetalismo*.

El oro con su cantidad y su peso, expresado en la terminología monetaria, indica, pues, con una cierta unidad de medida el valor de las mercancías.

En conclusión, hemos llegado buscando hasta el valor del oro, o sea, con nuestra hipótesis, al tiempo de trabajo necesario para producir el oro, si bien, el término de comparación es variable y por ello pueden producirse oscilaciones generales de obvia interpretación.

El precio expresa la relación entre el valor de la mercancía considerada y el valor de la unidad del oro

(pongamos, según la relación originaria: 1 libra = esterlina).

O, lo que es igual, el precio, según nosotros, expresa la relación entre el tiempo de trabajo necesario para la mercancía y el tiempo de trabajo necesario para la libra de oro.

Cuando hablamos de *tiempo de trabajo necesario* tenemos que distinguirlo del tiempo de trabajo que ha hecho falta efectivamente para casos específicos, que puede ser mayor o menor por errores, o por razones secretas del productor. Además de por otras consideraciones, el precio puede expresar más o menos el valor abstracto de la mercancía por las circunstancias excepcionales de la alienación.

Si, por ejemplo, sólo empleando el tiempo *medianamente* necesario, todos los productores aprovisionan un mercado determinado de una cantidad de mercancía X que excede al consumo, pongamos en un 20%, habrá habido un error en la división social del trabajo; el 20% de éste se habrá perdido, y lo mismo podrá suceder en forma de descenso *provisional* del precio por debajo del valor, haciendo perder a los productores el 20% de su tiempo de trabajo, como en el caso del que por impericia emplea 6 horas en lugar de 5 y viceversa, puede producirse un beneficio, es decir, la subida del precio por encima del valor.

No debe confundirse este caso con el del descenso de los precios debido a nuevos inventos técnicos que disminuyen el tiempo de trabajo necesario; porque en tal caso, es precisamente el *valor* el que ha bajado y ya no recobrará su anterior nivel. En los casos precedentes, conocidos fenómenos que provocan la apertura de nuevas empresas o el cierre de viejas, tienden a restablecer la nivelación entre precios y valores.

(El caballo vencedor del Derby tiene un precio elevadísimo porque entre veinte caballos competidores que han exigido iguales cuidados, 'tiempo de trabajo , sólo uno

puede alcanzar aquel precio. El beneficio de uno suma igual que las pérdidas de otros diecinueve, pero ello no impide que subsista la relación entre el valor de un caballo y el tiempo de trabajo empleado en su cría y cuidado. Se trata solamente de una producción, la cual, por motivos técnicos no da una serie de objetos iguales sino muy diversos, por circunstancias no previsibles cuando se inicia la empresa).

Por consiguiente se puede hablar de una cantidad *valor* que no coincide necesariamente con la forma *precio*, pero que es su base, pudiendo el precio oscilar más o menos en torno a ella. Una investigación oportuna logrará determinarla.

Del mismo modo, en las ciencias físicas es difícil a primera vista establecer la *masa* de un cuerpo dado, pongamos por ejemplo, de una bola de madera. Se aprecia que ésta tiende a caer y ello permite medir el peso; pero éste varía según que estemos en el polo o en el ecuador, a nivel del mar o en una montaña, en el vacío o en el aire, o en fin, se hace francamente negativo si pongo la bola en agua. Esto no impide que la cantidad constante de masa sea presumible, censurable o utilizable al formular las leyes, a cuya luz quedará aclarada la razón de todas las variaciones de peso que al principio ofrecían una contradictoria variedad de datos. Un perfeccionamiento ulterior de los resultados científicos, por los cuales se establecerá que la masa de un cuerpo en movimiento varía de acuerdo con su velocidad, no será óbice para que con todo derecho sea introducida y tratada esta *magnitud* en el campo de los fenómenos considerados en la investigación.

Nace la ciencia mecánica cuando se sabe medir la masa, dada en cierto sentido no concreto y sensible; nace la ciencia económica con la medida de la magnitud valor, en tanto que no se hace ciencia si se pretende limitarse a conocer y a registrar *precios* contingentes, con el pretexto de que sólo éstos se miden y fijan realmente en cifras.

Seguiremos ahora el análisis del mercado, examinando el curso de la mercancía. El poseedor la lleva al mercado, la cede a cambio de cierta cantidad de dinero que no le sirve para su uso, sino sólo para adquirir otras mercancías. El ciclo es el siguiente: Mercancía → Dinero → Mercancía (M → D → M)

La segunda parte de este ciclo (D → M) es para el poseedor de la otra mercancía la primera parte (M → D) de otro ciclo, y así indefinidamente. El conjunto de todos estos ciclos, cada uno de los cuales tiene una mitad común con otro, representa la circulación, según el esquema:

M_1—»—D—»—M_2—D»—M_3—»—D»—M_4—»— etc.

7. Curso del dinero

En el movimiento de circulación de la mercancía, el dinero pasa a su vez de mano en mano, pero mientras toda mercancía llega al mercado desde el exterior y enseguida sale, el dinero por el contrario permanece siempre.

Evidentemente no es necesario tanto dinero en circulación como representa la suma de los precios de todas las compraventas de un período dado, sino, al circular las piezas de oro más veces, una suma menor. Se llama *velocidad de circulación* en un tiempo dado, al cociente entre la suma de todos los precios (cifra de negocios) practicados en dicho tiempo y la masa de dinero disponible.

Debe tenerse en cuenta, tratándose de dinero, la transición de la forma pura de la cantidad de oro a la forma de la moneda de oro que puede bajar con su peso por debajo del valor teórico y después a la moneda de plata y de metal no noble con valor en parte convencional, y por fin al papel moneda con valor puramente figurativo: todas ellas formas que en condiciones normales, no alteran las relaciones de circulación entre dinero y mercancías.

El dinero, sin embargo, puede asumir otras funciones

además de la de mera medida del valor de las mercancías o de vehículo para su intercambio. Tales formas son: la *tesorización* o acumulación; el *depósito para hacer frente a pagos* anticipados o retardados respecto al momento en que la mercancía cambia de poseedor (juego del débito y del crédito); *la moneda universal* o elemento de compensación para los intercambios entre naciones, en los cuales los trasiegos de oro, precisamente, compensan los desequilibrios de las balanzas comerciales, siendo en este caso el oro la única moneda de validez efectivamente mundial. En nuestros días, cosa que no se daba en los tiempos de las investigaciones de Marx, no es ya sólo el oro sino que también una moneda de papel está asumiendo la validez mundial y circula sin cambiarse con otras monedas nacionales: *el dólar.*

El estudio detallado de estos fenómenos económicos no es indispensable antes de proceder al de la transformación del dinero en capital, que se considera como punto de partida de las leyes de circulación, en las cuales están en juego la mercancía y el dinero.

SECCION II

TRANSFORMACION DEL DINERO EN CAPITAL

8. De la circulación monetaria a la aparición de la plusvalía

La fórmula de la circulación monetaria de la mercancía es, por tanto, M → D → M, si se considera a aquél que lleva mercancía para cambiarla por otra de distinto valor de uso, pero que tiene, salvo circunstancias secundarias, la misma cantidad de valor (de cambio). Para éste, el dinero es sólo signo del valor y vehículo de cambio. Pero en el conjunto del sistema mercantil, la moneda introduce de inmediato nuevas relaciones y nuevos personajes, cuya intervención hace posible a los demás el intercambio de los valores de uso. Estos emplean el dinero para comprar mercancías que revenden a cambio de otro dinero. La circulación, desde este segundo punto de vista, está representada por la fórmula D → M → D. La intervención de esta segunda cuadrilla de personajes no se explica sin un móvil.

Este no reside en la búsqueda de los valores de uso, porque su dinero devuelve finalmente dinero sin cambios cualitativos. Por consiguiente, no puede haber objetivo o impulso más que en un cambio cuantitativo. Mientras en el caso M → D → M con valor constante explica la razón de ser del movimiento, no se explicaría ya en el caso D → M → D si la suma de dinero fuese la misma después

de la compra y la reventa. No pudiendo ser la filantropía o cualquier otra fuerza ideal el motor de los portadores de dinero, éste se determina en el hecho de que, en general, el dinero aparece en la segunda vuelta en mayor cantidad que en la primera. La fórmula se convierte así en $D \rightarrow M \rightarrow D'$ en la cual $D' = D + AD$ es decir, al primitivo dinero D se ha añadido un aumento o incremento ΔD (Delta D). Tal aumento recibe el nombre de *plusvalía* o *sobrevalor*.

El objetivo y la causa del movimiento de dinero en los intercambios para el poseedor de éste es la producción de dicha plusvalía, que inmediatamente sumada al valor pre-existente vuelve a entrar en el ciclo para aumentarse a su vez.

Es así como el dinero, de simple símbolo de valor o vehículo de cambio, se convierte forzosamente en *capital*.

El capital es valor cuya característica es aumentarse continuamente.

Un sistema mercantil, una vez superada la etapa del trueque en especie, debe desembocar en el capitalismo.

En esta definición resumida en la fórmula $D \rightarrow M \rightarrow D'$ parece considerarse sólo el *capital comercial*, o sea el que está en manos de los portadores de dinero que por profesión frecuentan el mercado ofreciendo mercancías adquiridas a los productores.

Pero también el *capital industrial* es dinero que se transforma en mercancía y se vuelve dinero con la venta de ésta última, lo que será objeto de posterior estudio.

En el comienzo de esta sección, Marx establece (en una de las referencias históricas fundamentales que apoyan el desarrollo ilustrativo del proceso capitalista) que «el capital aparece solamente allí donde la producción y la circulación de mercancías, el comercio, ha alcanzado un cierto desarrollo. La *historia moderna* de la vida del capital se remonta a la creación del comercio y del mercado mundial en el siglo XVI.»

La forma pura $D \rightarrow D'$ representa pues la *usura*, en la

cual no hay tránsito a través de la mercancía. Por usura entendemos cualquier colocación de dinero por interés.

A D → D podemos reducir la fórmula de la *tesorización* que sustrae el dinero a la circulación, pero que por eso mismo le impide la posibilidad de generar plusvalía, y en consecuencia no puede considerarse todavía como forma capital.

9. Investigación del origen de la plusvaía

La plusvalía, es decir, el aumento Δ D que ha sufrido la suma D al convertirse en D' no ha podido ni podrá nunca ser explicada en el campo de la mera circulación.

Todas las tentativas hechas en este sentido, caen ante el hecho elemental de que la circulación consta de una serie de intercambios entre equivalentes.

Pueden señalarse muchas excepciones a esta ley, pero no bastan para explicar por qué, *no de modo excepcional* sino de modo regular, se verifica el aumento de D a D'.

Si se atribuye a la compra la virtud de provocar un desequilibrio en favor de quien acarrea el dinero, o bien tal virtud se atribuye a la venta, ya sea en el simple giro D → M → D, o en la totalidad de la circulación, todo interesado aparece como vendedor tantas veces como comprador, las supuestas diferencias se compensan de modo paritario. Lo mismo sucedería si todos los precios bajaran o subieran en conjunto.

La explicación de que el permutante que compra para consumir paga más caro que el que vende lo que ha producido, no aclara sin embargo nada porque el consumidor obtiene su dinero del hecho de haber sido a su vez productor. Se debería pues suponer la existencia de consumidores que extraen el valor por otro procedimiento que no es el trabajo productivo, es decir no mediante el intercambio.

Tal clase recibiría por consiguiente el dinero, debido no a la circulación, sino extorsionando materialmente en su favor la mercancía o el dinero de los demás, explicación inadecuada en la época mercantil. Tampoco valdría pensar en compraventas excepcionalmente desproporcionadas o incluso fraudulentas, porque de este modo se explicarían bien traspasos de valores especiales de unas a otras manos, pero en modo alguno la formación de una mínima parte de plusvalía.

Hagamos un paréntesis para demostrar que tampoco el régimen de *sindicato* o incluso de *monopolio* de los productores puede explicar la génesis normal de plusvalía en la esfera circulatoria. Si en el régimen mercantil ordinario de la *libre competencia* un productor de la mercancía A fuese dueño de elevar el precio, habría llevado a cabo una plusvalía. Pero esto no ocurre nunca, al ser evidente que los compradores le abandonarían para volverse hacia los demás vendedores de la misma mercancía, de manera que este juego, aparte de los fenómenos secundarios, mantiene todos los precios a un nivel mínimo correspondiente al valor de cambio. Ahora bien, podría decirse, todos o parte de los productores de la mercancía A se ponen de acuerdo para elevar arbitrariamente el precio. He aquí cómo se elude el juego de la competencia y se realiza una plusvalía puramente circulatoria.

A tal objeción replicamos que si deseamos sustituir en el análisis el sistema general y típico de libre competencia por un sistema estable de monopolios y no una etapa de transición que estará siempre por estudiar, pero que sirve para la aplicación y no para la investigación de las leyes generales, entonces nos vemos obligados a considerar que todos los grupos de los productores acabarán por monopolizarse vendiéndose recíprocamente las mercancías a precios superelevados pero que recaerán en un equilibrio de compensación. De este modo nos encontraremos en el mismo punto. Los monopolizadores más avanzados habrán

llevado a cabo en una etapa intermedia una apropiación de valores a cargo de los monopolizadores retardados, pero no producida por la plusvalía.

En conclusión, el problema se reduce a estos términos aparentemente contradictorios: en la vinculación, los cambios se efectúan sólo entre *equivalentes:* el dinero circulante como capital a través de la circulación no sale *aumentado.*

Al buscar la solución no debe perderse de vista que para una sociedad económica capitalista con orden estable y normal, los dos enunciados tienen valor sistemático, es decir, se realizan en la gran mayoría de los casos, de manera que citar casos particulares y momentos de inestabilidad no puede servir para eludir la necesidad de dar una solución general al «sistema de ecuaciones» que podríamos representar de este modo:

Valor de D = valor de M
valor de M = valor de D'
valor de D' mayor que el valor de D.

Veremos por qué las ecuaciones no son incompatibles, como se vería si les diésemos un sentido *puramente aritmético* o, en otras palabras, por qué esta patente contradicción con las reglas lógicas formales del *silogismo* (contradicción que, como Marx recuerda, Aristóteles señala, pero no sabe explicar ni podía hacerlo con los datos de su tiempo) actúa en la realidad de la vida económica, dado que en ésta se genera el capital.

10. La mercancía «fuerza de trabajo»

¿En qué etapa del proceso pudo surgir el aumento del valor? No pudo nacer del dinero por sí mismo, porque una cantidad de dinero permanece materialmente inalterable. Por tanto, el aumento surge del cambio de dinero con

mercancía. No puede surgir del segundo acto M → D' como no puede surgir del primero D → M, si son cambios entre equivalentes.

El descubrimiento fundamental de Marx es éste: el umento de valor no puede surgir de esos dos cambios; urge sin embargo, del *uso de la mercancía*, en cuanto existe en el mercado una mercancía cuyo *uso* coincide con un sistemático aumento de su valor de cambio.

Si el uso de una mercancía produce valor y si éste corresponde a disponibilidad de tiempo de trabajo, la misteriosa mercancía en cuestión debe ser tal que ponga a su disposición trabajo humano: tal mercancía es precisamente el trabajo humano, o más exactamente, la fuerza del trabajo.

En ciertas condiciones históricas, mientras quien compra una mercancía cualquiera la revende en general por la misma suma de dinero (valor), quien compra fuerza de trabajo la paga a una cierta cantidad mientras la revende sistemáticamente por una cifra mayor. Las que el comprador de fuerza de trabajo revende son en realidad mercancías materiales a las que ha hecho sufrir transformaciones aplicando la fuerza de trabajo adquirida. Ello ocurre cuando el trabajador, o poseedor de fuerza de trabajo, por las condiciones jurídicas y sociales no puede tomar contacto con la mercancía a transformar (materia prima), sea porque no siendo poseedor de dinero no puede anticipar el valor de la materia prima misma, bien porque se necesitan para la transformación laboral medios técnicos (instrumentos de trabajo, concentración de gran número de trabajadores) que son monopolio ajeno (de los poseedores de dinero o de capital).

Existe además otra condición: la de que el trabajador sea *libre*, porque debe ser poseedor de su propia fuerza de trabajo para poder venderla por partes (perídos de tiempo). Si pudiera o tuviera que vender o ceder toda su fuerza de

trabajo de una sola vez se convertiría él mismo en mercancía (esclavismo).

Por consiguiente, en ciertas condiciones históricas que no siempre se han dado, y que no pueden pretender sobrevivir siempre en el porvenir (condiciones que llamamos propias de la época capitalista), se lleva a cabo la producción de plusvalía y su acumulación en el capital mediante la compraventa de la fuerza de trabajo, o lo que es lo mismo, mediante la organización del asalariado por parte de quienes poseen el dinero y los instrumentos técnicos del trabajo.

La plusvalía y el capital como fenómenos económicos aparecen más tarde que el cambio o el valor del cambio, y también después que la moneda.

Al principio (recorriendo muy rápidamente las principales fases históricas de la economía) cada uno consume por sí mismo lo que ha producido; los productos no son aún mercancías y no tienen otro valor que el valor de uso. Después aparece, si bien en una mínima proporción de las mercancías producidas, el trueque, es decir, un embrión de división del trabajo productivo. Al aumentar el volumen de los cambios, aparece la mercancía equivalente general, y, posteriormente, la moneda. Estamos en pleno dominio del valor de cambio y de la mercadería, pero no es que nos hallemos ya en presencia de producción de plusvalía y de capitalismo.

Parecería que el lucro logrado por los comerciantes de productos ajenos, que aparece con el intercambio y acaso también antes que la moneda, es ya una plusvalía realizada por no productores. Pero esto es erróneo, porque el transporte de las mercancías desde el lugar de producción al de consumo es un acto productivo en cuanto exige tiempo de trabajo humano. El pequeño comerciante que lo lleva a cabo con sus propios medios tiene una imagen social paralela a la del artesano que vende su producto más caro que la materia prima, al haber añadido trabajo y valor (de

cambio), pero sin que se pueda hablar de plusvalía. Incluso si el comerciante hace las cosas en grande gracias al trabajo de los esclavos, no hay aquí tampoco plusvalía, sino simple apropiación de fuerza de trabajo humana (como en el caso e los animales domésticos). Cuando el comerciante empie-e a emplear asalariados a efectos del comercio, entonces ealizará plusvalía, pero no en el ámbito de la circulación, sino en el de una empresa organizada de manera capitalista. No se debe confundir la plusvalía, hecho normal general, *fenómeno siempre de signo positivo*, con los beneficios producto del acaparamiento y la especulación que son fenómenos de doble signo compensados con una masa igual de pérdidas en el campo de la circulación.

Repetimos que se puede hablar de plusvalía siempre que en el mercado aparezcan los *trabajadores libres* frente al capitalista poseedor de los medios de producción.

«Lo que caracteriza a la época capitalista —afirma Marx— es el hecho de que, para el mismo obrero, la fuerza de trabajo asume la forma de una mercancía que le pertenece, y por esta razón su trabajo adquiere forma de trabajo asalariado».

11. Compra de la fuerza de trabajo

¿Cómo se establece la cifra de pago de la mercancía fuerza de trabajo (salario)? Como en cualquier otra mercancía, quien la busca la paga al mínimo posible, o sea, recurre allí donde se la ofrecen a mejores condiciones; así que el precio tiende a alcanzar un mínimo, determinado por el tiempo de trabajo necesario para producir esa mercancía.

La fuerza de trabajo es también mercancía en este sentido, porque para producirla el trabajador debe lograr cubrir el desgaste de su propio organismo, o sea, debe buscarse: los medios personales de subsistencia, como alimentos y un mínimo de satisfacción de otras necesidades;

2.°, los medios de subsistencia para su familia (sin la cual se extinguiría la clase trabajadora); 3.° la educación profesional, que implica también tiempo y gastos. Este mínimo se reduce a una suma de mercancías que, reclamadas a los productores y asimismo a los poseedores, deben ser pagadas a un precio determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlas (he ahí nuestra hipótesis fundamental). Este precio será reclamado por el trabajador para alienar su fuerza de trabajo (en condiciones *medias*, es decir, prescindiendo de las interferencias de fenómenos excepcionales).

Realizada así la compraventa de fuerza de trabajo el capitalista, convertido ya en el dueño, la emplea. No tomamos aquí en cuenta el otro beneficio derivado de emplearla *antes* de haberla pagado efectivamente, gracias a la costumbre de pagar los salarios en períodos terminados.

El empleo de la fuerza de trabajo, adquirida al precio *justo*, se hace aplicándola a materias primas igualmente adquiridas al precio justo.

Para comprender cómo el precio *justo* de venta de las mercancías acabadas que quedan a disposición del capitalista, *supera* a la suma de los justiprecios pagados (origen de la plusvalía), es necesario pasar del campo de la circulación, donde todo funciona en nombre de la equivalencia pura y de la plena libertad, al estudio del campo de la producción, donde por el contrario se descubren las bases de la *desequivalencia* o plusvalía y de la división en clases.

SECCIONES III - IV

LA PLUSVALIA[2]

12. Características del trabajo en la época capitalista

Cualquier proceso de trabajo, independientemente del tipo de organización social, consta de tres elementos: actividad personal del hombre o fuerza de trabajo; objeto del trabajo o materia prima (hallada en la naturaleza, pero siempre unida a un trabajo precedente); medios de trabajo o instrumentos de producción. En el caso de los trabajadores autónomos (artesanos), estos poseen la propia fuerza de trabajo, la materia prima y los instrumentos de trabajo. En consecuencia, el resultado del proceso laboral o *producto*, les pertenece.

En el sistema capitalista, al trabajador sólo le pertenece

(2) El título en la obra original es *La producción de la plusvalía absoluta*, en la Sección III y *La producción de la plusvalía relativa*, en la Sección IV.

Los nuevos títulos responden al intento de dar mayor claridad a los conceptos. Pero la clarificación no puede ir en menoscabo del rigor, y por esta razón hacemos uso de mayor cantidad de fórmulas matemáticas que en el original. Se trata no sólo de hacer comprender con menos dificultad las tesis de Marx, sino sobre todo de restablecer, de manera no impugnable por los falsificadores y adversarios, el significado exacto. En el texto, sólo con gran pericia se puede llegar a entender bien cuando se tratan científicamente *modelos* necesariamente teóricos del fenómeno, y cuando se trata de amplias exposiciones histórico-narrativas.

la fuerza de trabajo; pero la vende, así que se hace su propietario el capitalista. A éste pertenecen también las materias primas e instrumentos de trabajo; de modo que le pertenecen los productos por pleno derecho.

La transformación del dinero en capital, la formación de plusvalía, son inherentes a la separación del trabajador del instrumento de trabajo y del producto de su trabajo.

13. El nacimiento de la plusvalía

Consideremos pues, el proceso productivo desde el punto de vista del capitalista. Este va al mercado y vuelve habiendo adquirido a su justo precio y valor tanto las materias primas como los instrumentos y la fuerza de trabajo.

Aplica la fuerza de trabajo de sus obreros por medio de los instrumentos de trabajo a la materia prima y así recibe una cierta cantidad de productos. Luego vuelve al mercado y los vende.

Preocupémonos de examinar cuantitativamente semejante movimiento de valor.

Llamemos F al valor de la fuerza de trabajo (salarios pagados), S al valor de la parte de los instrumentos productivos gastada en el grupo de operaciones que consideramos; M al valor de las materias primas empleadas y P al valor de los productos obtenidos.

Está claro que P contiene íntegramente los valores S y M, es decir, instrumentos productivos y materia prima adquirida en el mercado. De acuerdo con nuestra hipótesis fundamental tales valores dependen del tiempo de trabajo necesario para producir tales instrumentos y materias.

En cuanto al valor de la fuerza de trabajo F, está, como hemos visto, en relación con el tiempo de trabajo necesario para reproducir los medios de subsistencia de los trabajadores.

Sin embargo, mientras que toda mercancía, como las materias y los instrumentos, posee un valor de cambio en cuanto que posee a su vez un valor de uso, pero de manera ue ambos valores no comparables ni comunicables entre sí . ej.: se puede reducir el valor de un kilo de azúcar a tres horas de trabajo, pero no se puede referir su valor de uso como alimento a un tiempo de trabajo, sino sólo a las cualidades químicas y orgánicas del azúcar) para la especial mercancía fuerza de trabajo, aunque el valor de cambio o precio de mercado deriva como siempre de un tiempo de trabajo (necesario para los medios de subsistencia, como ya queda dicho), también el valor de uso se presta a ser medido en tiempo de trabajo, porque el uso de esta mercancía es justamente el trabajo: *uso* por parte del capitalista comprador; *trabajo* por parte del asalariado vendedor.

Debiendo, pues, constar el valor de P (Producto) del tiempo de trabajo necesario para reunir todos los factores considerados, es evidente que tendremos, tiempo de trabajo para P = tiempo de trabajo para M + tiempo de trabajo para S + tiempo de trabajo efectivo aportado por los asalariados.

Una igualdad entre tiempos de trabajo se traduce en una igualdad entre los valores relativos de cambio, pero para la mercancía fuerza de trabajo ya no debemos considerar su valor de cambio (salario), sino el de uso, al reducirse éste a un tiempo de trabajo. Para fijar las ideas, si cada hora de trabajo corresponde al valor de tres liras, y si el obrero ha trabajado diez horas, el tiempo de trabajo de la materia prima, puesto que vale M liras, será M:3; de los instrumentos productivos S:3; del producto, P:3. La relación entre los tiempos de trabajo escrita antes se traduce en:

$$\frac{P}{3} = \frac{M}{3} + \frac{S}{3} + 10 \quad \text{(Todo expresado en horas)}$$

Volviendo a los valores: P = M + S + 10 x 3 (expresado en liras).

Esto es lo que obtiene el capitalista de la venta d producto. La cifra M y la cifra S las ha costeado integr mente puesto que significan valores de cambio, es deci precios del mercado.

Pero la cifra 10 x 3 no representa el valor de cambio, sino más bien el valor de uso de la fuerza de trabajo (10 horas de trabajo realmente prestado, por 3 liras, relación general para medir los valores en tiempo de trabajo).

¿Cuánto le cuestan al capitalista esas 10 horas de fuerza de trabajo? Su costo lo hemos indicado con F, que es su valor de cambio o su precio (salario). Ahora bien, al depender tal valor de los medios de subsistencia y del tiempo absorbido por estos es independiente del tiempo de 10 horas deducido del *consumo* y no de la producción de la fuerza de trabajo. Si otro grupo de trabajadores fuese empleado en procurar alimentos, vestidos, etc. a los obreros del capitalista que trabajan 10 horas, es evidente que bastaría para cada uno y por cada jornada un menor tiempo de trabajo: pongamos 6 horas. Aparte de la nueva plusvalía que correspondería a los susodichos trabajadores si estuvieran a su vez asalariados, es decir, suponiendo que fueran trabajadores autónomos, el precio F sería determinado por aquellas 6 horas multiplicadas por 3 liras.

Que el tiempo de 6 horas nos haya resultado inferior al de 10 horas no es una suposición nuestra, sino un hecho deducible, no sólo de cálculos apropiados, aunque laboriosos, sino del dato mismo de la existencia del capitalismo y de sus beneficios, que nos estamos esforzando en localizar partiendo de nuestra hipótesis sobre el trabajo. Entonces, el costo F para la fuerza de trabajo es 6 x3. El costo total resultará:

$$M + S + 6 X 3$$

El importe de la venta del producto era.

$$P = M + S + 10 X 3$$

Beneficio:

$$(M + S + 10 X 3) — (M + S + 6 X 3) = 12$$

Resulta para el capitalista un beneficio de 12 liras que representa la plusvalía en la operación productiva considerada.

14. Recapitulación de la demostración

La cuestión que nos hemos formulado desde el principio es la de representar con leyes cuantitativas los fenómenos de la economía actual.

La experiencia nos aporta los siguientes datos de hecho:

a) tenemos una economía mercantil, es decir, los productos del trabajo se convierten en mercancías susceptibles de cambio, y éste se verifica por medio del equivalente general llamado moneda;

b) quien posee el dinero, puede utilizarlo para acaparar los instrumentos de producción y obtener de la producción por medio de asalariados un beneficio o plusvalía (tenemos ahora una economía capitalista).

Aceptando el dato de hecho de que la medida del valor de cambio está expresada por la cantidad de dinero que se da por una mercancía, es decir, por su precio en el mercado, en las condiciones medias, normales y generales, hemos enunciado la hipótesis de que tal valor es proporcional al tiempo de trabajo necesario para reproducir aquella mercancía siempre en condiciones medias, normales y generales.

Examinados analíticamente los fenómenos del cambio,

desde el trueque a la introducción de la mercancía equivalente general a la función de la moneda, eliminadas todas las objeciones relativas a cambios especiales y a circunstancias excepcionales y todas aquellas desviaciones que pued sobrevenir, hemos demostrado que en el campo circulato *no tienen lugar más que cambios entre equivalentes.*

No obstante, para explicar el hecho de que el poseedor del dinero se convierta en poseedor del capital y logra un beneficio que tiene como origen y culminación cambios en el mercado, hemos descubierto y enunciado que esto se debe a la adquisición de una mercancía especial, la fuerza de trabajo, la cual, mientras que para su reproducción exige un tiempo dado de trabajo, en su consumo pone a disposición un tiempo de trabajo mayor.

Tal mercancía se paga de hecho y en conformidad con nuestra hipótesis, a un precio (salario) proporcional a su tiempo de trabajo de reproducción (subsistencia). Sin embargo, transmite al producto un tiempo de trabajo *mayor* y con éste un valor de cambio mayor, de donde saca la plusvalía.

La significación de todo esto en el campo social es la siguiente: cuando el trabajador (artesano) consigue no separarse de los instrumentos de trabajo ni del producto del trabajo y vende éste en su beneficio exclusivo, recupera en el valor de cambio de éste la totalidad de su tiempo de trabajo.

Pero cuando, por la acumulación de dinero, por una parte (de la que por ahora no discutimos los orígenes: esclavismo, feudalismo territorial, etc.) y por la otra, debido al descubrimiento de medios técnicos que disminuyen el tiempo de trabajo necesario para un producto dado con el uso de máquinas y la concentración de muchos obreros, aparece el capitalismo, el precio del producto del artesano desciende: de hecho su valor de cambio se adapta al mínimo tiempo de trabajo necesario técnicamente. Poco

importa en el mercado que el artesano, con procedimientos superados, haya empleado más tiempo.

Supongamos que los precios descienden tanto que no egan a compensar las necesidades mínimas del artesano, or ejemplo, debiendo éste ceder al precio de tres horas de rabajo el producto de un trabajo de 12 horas, mientras sus medios de subsistencia representan seis horas. Para vivir, el artesano no le quedará otro remedio que vender su fuerza de trabajo por su valor de cambio en seis horas, trabajando doce horas para el capitalista, el cual, cuadruplicando el rendimiento de su trabajo, está en situación de pagar como seis la fuerza de trabajo que en el mercado no conseguía traducirse sino en tres horas.

Hemos explicado, por tanto satisfactoriamente el fenómeno fundamental de la economía capitalista en relación con las que la han precedido, formulando una importante consecuencia de la teoría del valor (enunciada por primera vez por Ricardo) en la doctrina de la plusvalía (descubrimiento central de Marx ya contenido en las tesis: *en el mercado se produce cambio entre equivalentes; todo el beneficio del capital surge de la adquisición y del empleo de la fuerza de trabajo*; y de tal doctrina quedan por formular las leyes cuantitativas[3].

---

(3) Toda esta primera enunciación de la formación de la plusvalía, se ve apoyada y valorada en la obra de Marx con una sugestiva descripción de la relación entre patrono y obrero, a través de una polémica con la economía oficial burguesa y con los vacíos conceptos éticos y jurídicos que están en la base de las instituciones actuales, o mejor, de la apologética de éstas. Subraya paso a paso aquellas de sus constataciones y de sus postulados, que son admitidos por los economistas comunes y donde están las insidias y los trucos que les llevan a evitar sus rigurosas y científicas conclusiones, por prejuicio o intereses de escuela y de clase.

En sus referencias históricas, Marx subraya con eficacia incomparable las tesis que encontraremos a continuación y que son esenciales en el marxismo, de que no en todas las épocas sociales ha existido la extorsión de plusvalía, en cuanto ésta no existe en las comunidades primitivas, ni en la producción autónoma, individual y familiar del pequeño artesano, y del

15. Capital constante y capital variable

Como hemos visto, el dinero anticipado por el capitalista para adquirir los medios de producción (materias primas instrumentos de trabajo. Las materias primas son de dc clases: algunas están en el propio producto, otras desaparecen en el proceso de producción, como los combustibles, se denominan auxiliares; los instrumentos de trabajo, como máquinas, instalaciones, edificios, son elementos a considerar por la fracción de desgaste que resulta de su valor total y de su duración) se mantiene íntegramente en el precio del

---

pequeño campesino propietario libre, es decir, no sujeto a diezmos y encomiendas. Por el contrario, sí existe en diversas formas en la esclavitud, en la servidumbre feudal, en el asalariado, etc. Tales fundamentos preparan la demostración de que el hecho del plustrabajo y de la plusvalía, y por tanto de la explotación, al no ser inseparable de cualquier tipo de economía, como pretende el teórico burgués, *podrá* desaparecer en la economía futura.

En la brillante crítica de tipo ético jurídico, en la cual el autor finge tomar en serio dialéctica y sutilmente las normas morales de la filosofía burguesa y las del derecho actual, reduciéndolas al absurdo y al ridículo, se muestra la equidad legal ética y cristiana de todo cuanto llega al mercado, con cambios en los que cada uno vende al justo precio lo que le corresponde de derecho y es finalmente desvelada la «monstruosidad» oculta en el secreto del proceso productivo. Con el fin de aportar los materiales para el juicio sobre las *superestructuras* filosóficas, religiosas, morales y políticas del mundo capitalista, se subraya taxativamente que son dos las condiciones por las cuales el juego de la apropiación de la plusvalía es posible cada vez que el capitalista entra en contacto con el trabajador y para que se aplique a una escala cada vez más amplia en el proceso histórico. Estas consisten en la *libertad* del trabajador en un doble sentido. Este debe ser libre de alienar la propia fuerza de trabajo y por esta razón debe ser despedazada por el nuevo derecho (para el cual todos los ciudadanos son iguales ante la ley), la servidumbre feudal que vinculaba a los hombres a la tierra y la ordenación corporativa que le ligaba al oficio y al taller; en segundo lugar, debe ser librado de cualquier posibilidad de poseer por cuenta propia instrumentos de trabajo y pequeños aprovisionamientos de materias primas como cuando era artesano o campesino y ello por medio de la expropiación inicial de los pequeños productores, de la que ha nacido ferozmente el capitalismo.

producto. Por esta razón, a esta parte del capital le damos el nombre de *capital constante*.

Por el contrario, el dinero anticipado como salario de los obreros, o sea, para la adquisición de la fuerza de trabajo, se recupera en la venta de los productos aumentado con la plusvalía y le llamaremos *capital variable.*

Resumiremos el balance de la operación capitalista en dos fórmulas:

Costos: M + S + F (materias primas más desgaste de herramientas, de instrumentos más salarios).

Ingresos: M + S + F + plusvalía = P. (valor de los productos).

Tendremos: M + S = capital constante, que indicamos con *c* y F = capital variable, que indicamos con *v*.

Al mismo tiempo, se demuestra que tal proceso, aún siendo infame, era necesario para conducir a las formas de producción de mayor intensidad y rendimiento impuestas por los modernos medios técnicos. Pero toda la adquisición de estos elementos críticos y descriptivos del actual modo de producción y de la vía por la que se puso en marcha, sirve de base a la tesis de que sus aspectos dinámicos, como la aplicación de los descubrimientos científicos y del maquinismo y el principio del trabajo asociado y coordinado de un número cada vez mayor de productores, no son inseparables de la extorsión de la plusvalía y del monopolio de los medios de producción y de cambio por parte de la clase capitalista.

El estudio de la obra de Marx y su uso como argumento y medio de propaganda y de lucha de clases y de partido, puede hacerse después de haber adquirido la línea central de la investigación y deducción cuyo esquema hemos tratado de esbozar, haciéndolo, aunque árido, claro, y siguiendo después el desarrollo de la «narración» de Marx, parándonos en todas las que parecen disgresiones, pero que son en realidad síntesis y anticipos de las posiciones programáticas y políticas de los comunistas.

Esto desmiente la presunción idiota de que el verdadero «espíritu» del marxismo sea una fría descripción de los fenómenos económicos del mundo social, cuidándose bien de no arriesgar previsiones y propósitos para socavarlo.

Llamando K al capital total anticipado, *p* a la plusvalía, K' al capital obtenido al final, tendremos:

$$K = c + v$$
$$K' = c + v + p = K + p$$

16. Tasa de plusvalía

Más que conocer caso a caso la cantidad absoluta de la plusvalía lograda por el capitalista, nos interesa conocer la relación que guarda la plusvalía con el capital que lo ha producido.

Es importantísimo poner de relieve que el capital que efectivamente es susceptible de producir plúsvalía, es el anticipado para la fuerza de trabajo, es decir el capital variable *v*. En cuanto al capital constante *c* éste reaparece íntegramente en el producto y no da por sí mismo lugar a ningún incremento.

Es por esta razón por lo que, queriendo definir una cantidad cuya medida nos dé idea de la intensidad de producción de plusvalía, Marx asume como *tasa de plusvalía*, no la relación de ésta con todo el capital, sino sólo la relación con el capital variable.

Por consiguiente, indicando con *s* la tasa de plusvalía,

$$s = \frac{P}{v}$$

En el ejemplo cuantitativo dado por nosotros, *v* era F, es decir, 6 X 3 = 18 liras. La plusvalía era 10 X 3 — 6 X 3 = = 12 liras. La tasa de plusvalía es

$$S = \frac{P}{v} = \frac{12}{18} = 66\%$$

Pasando ahora a examinar el tiempo de trabajo y refiriéndonos, para fijar las ideas a una sola jornada de un solo obrero y al número de horas de ésa, que llamaremos *t* (en el ejemplo diez horas) se define una nueva cantidad: *el trabajo necesario* y el *tiempo* relativo de trabajo necesario. Se entiende por tal el tiempo o número de horas que el obrero debería trabajar para transmitir al producto un valor igual al que le ha sido pagado por su fuerza de trabajo. En nuestro caso, el obrero ha sido pagado a razón de 18 L., o sea, seis horas de trabajo. Si trabajase seis horas, reproduciría exactamente el valor que le es pagado como salario, o sea el equivalente a su subsistencia; en tal caso desaparecería la plusvalía y con ello la razón de ser de la empresa capitalista. Pero el obrero trabaja diez horas en lugar de seis y nosotros dividimos las 10 horas en seis de trabajo necesario y en 4 que llamaremos de *plustrabajo*, llamando también a este tiempo: *tiempo de trabajo extra*.

Repetimos: tiempo de trabajo necesario es aquél que bastaría para reproducir el valor del salario; tiempo de plustrabajo o de trabajo extra, aquél que el obrero trabaja de más y que produce la diferencia de valor o plusvalía en beneficio del capitalista.

Si los valores son proporcionales a los tiempos de trabajo en que se producen, identificándose para una jornada el salario con el capital *variable*, se tiene.

$$\frac{\text{tiempo de plustrabajo}}{\text{tiempo de trabajo necesario}} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{capital variable o salarios}}$$

Estas dos relaciones se reducen a la ya aludida como ejemplo de plusvalía, de donde deriva el teorema: el plustrabajo dividido por el trabajo necesario da la tasa de plusvalía.

En nuestro ejemplo la proporción descrita será:

$$\frac{4}{6} = \frac{12}{18} = \text{tasa de plusvalía } 66\%$$

17. Ley general de plusvalía.

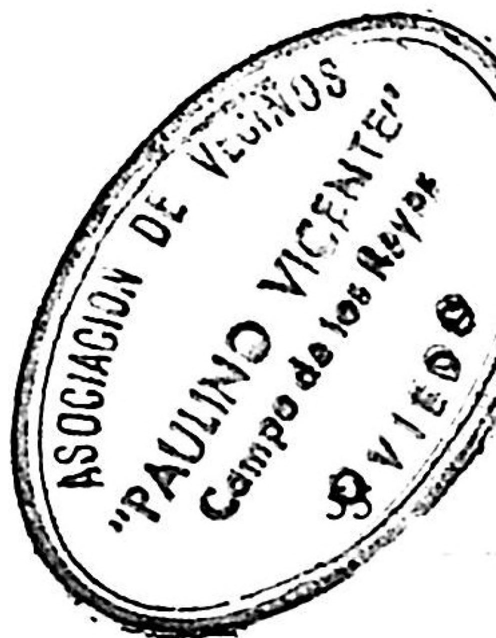
No obstante, será conveniente demostrar esta cuestión de modo más general. Recapitulemos las notaciones, recordando que nos referimos a un solo obrero y a una sola jornada de trabajo.

v capital variable o salario diario.
p plusvalía.
s tasa de plusvalía, o sea, p dividido por v
t número de horas de trabajo.
n horas de trabajo necesarias.
e horas de trabajo extra.

El obrero transmite al producto el valor total (hecha abstracción del capital constante) $v + p$ trabajando t horas. Por consiguiente el obrero en una hora produce el valor: $\frac{v + p}{t}$ a la producción de valor por hora.

Por definición, en n horas, el obrero produce el valor v.
Por consiguiente, tenemos:
v = n X producción de valor horaria

$$v = n \frac{v + p}{t}$$



El tiempo de trabajo necesario *n* es por consiguiente:

$$n = \frac{vt}{v+p}$$

Vamos ahora a qué corresponde el tiempo del plustrabajo *e:*

$$e = t - n = t - \frac{vt}{v+p} = \frac{t\,(v+p) - vt}{v+p} =$$

$$= \frac{vt + pt - vt}{v+p} = \frac{pt}{v+p}$$

El problema era encontrar la relación entre *e* (plustrabajo) y *n* (trabajo necesario); dividiendo las respectivas fórmulas una por otra, tenemos:

$$\frac{e}{n} = \frac{\dfrac{p\,t}{v+p}}{\dfrac{v\,t}{v+p}} = \frac{p\,t}{v\,t} = \frac{p}{v} = s$$

Queda por tanto demostrada la proporción fundamental que aquí repetimos para mayor claridad: el plustrabajo es al trabajo necesario como la plusvalía es al capital salario; esta relación común es la tasa de plusvalía.

18. Demostración de la ley general

Para demostrar que referir la plusvalía al salario solo y no a todo el capital no es una convención arbitraria, pongamos el ejemplo de una empresa en la que llegue a alterarse la

proporción del capital constante con el capital variable, permaneciendo inalterado el valor de cambio o precio de los productos, el de las materias primas e instrumentos de trabajo, además el salario y la jornada de trabajo. Aunqu el precio del producto acabado debe permanecer igual a representar un tiempo de trabajo, no debemos imaginar u cambio en los procedimientos técnicos de producción; pero podemos elegir un ejemplo (por otra parte convincente, incluso para los que no comparten nuestra teoría del valor) en el que la empresa llegue a incorporar también una fase precedente de la elaboración, produciendo directamente lo que antes adquiría en el mercado.

Así, por ejemplo, una fábrica de acero que en principio adquiría hierro colado para convertirlo en acero, emprende la elaboración directa del mineral de hierro del que proviene la fundición.

Es indudable que el capitalista gastará menos en materias primas, al cortar el mineral bastante menos que el hierro colado y, si bien habrá un relativo aumento de los instrumentos de trabajo, disminuirá la cuota de capital constante respecto al total.

También se reconoce fácilmente que el capitalista obtendrá un beneficio mayor, dado que acumulará el beneficio de dos empresas preexistentes. Además, obtendrá un beneficio mayor a igualdad de capital total anticipado, porque si bien por cada kilo de acero tendrá ahora también el gravamen de la nueva instalación productora de hierro colado, este gravamen lo pagaba también anteriormente en el precio de mercado del hierro colado, incrementado aún más por el beneficio del productor del mismo.

En otros términos, el capital anticipado para una operación productiva está siempre incluido en el precio de venta del relativo stock de producos y por ello, en paridad de potencialidad financiera, el capitalista podrá producir el mismo número, si no más, de kilos de acero. Pero en tal cifra se ve aumentada su ganancia; y ésto porque el capital

invertido para obtener el kilo de acero contiene ya menos gastos por materias primas y más gastos por adquisición de fuerza de trabajo. Por consiguiente, es la cantidad del capital salario la que, en paridad de trato de los trabajadores, en paridad de condiciones del mercado, varía proporcionalmente con la ganancia del capitalista. Se debe por ello referir la plusvalía a la masa del capital salario solo, no a la de todo el capital.

Esto es también válido socialmente hablando, porque sobre las varias cuotas de capital constante revierten otras de plusvalía de los procesos de trabajo precedentes, supuesto que se hayan efectuado con el mecanismo capitalista. El capital hierro colado estaba en lo que respecta a la parte no representada por el mineral de hierro y el deterioro de las instalaciones del vendedor de hierro colado, afectado por la plusvalía acumulada por éste; el capital-mineral de hierro, para el capitalista de la empresa minera estaba afectado por la plusvalía obtenida del plus trabajo de los mineros; igual puede decirse respecto de las instalaciones mecánicas de la industria del acero—, del hierro colado, de las minas, apareciendo finalmente satisfactoria fuera de las «gracias» sobre los pescadores de perlas y similares nuestra explicación, la cual, tanto cualitativa como cuantitativamente, descubre en todo valor de cambio un tiempo de trabajo y en todo beneficio un plustrabajo.

Marx advierte del peligro de caer en el grosero error de confundir la *tasa de plusvalía* con la *tasa de beneficio*. La economía vulgar entiende por tasa de beneficio la relación entre la ganancia neta del capitalista (diferencia entre los ingresos y los gastos en un cierto período, por ejemplo: en un año, a condición de que no se altere el valor (patrimonial) de todas las instalaciones y compensado todo pasivo) y el valor total del capital invertido en las instalaciones aumentado con la cantidad de dinero que debe tenerse en reserva para hacer frente a las adquisiciones de materias primas, al pago de los salarios, etc.

La economía vulgar distingue también en el beneficio un interés puramente comercial a pagar por los capitales invertidos y una diferencia ulterior o beneficio propiamente dicho del empresario.

No consideramos ahora oportuno llevar más adelante l confrontación entre semejante cómputo y los cálculc efectuados por nosotros. Baste tener en cuenta que la consideración del tiempo es absorbida, al haber tenido presente nosotros un ciclo completo de trabajo, por ejemplo el que da como resultado la obtención de un kilo de acero. Cuanto más aumenta la intensidad en el tiempo y la extensión de tal acto productivo, más aumenta la ganancia del empresario y, en general, también la tasa de beneficio.

La tasa de plusvalía depende por el contrario del grado de explotación de la fuerza de trabajo y es siempre mucho más alta; los fáciles ejemplos numéricos de Marx muestran que a una tasa de beneficio, por ejemplo del 10 al 15 %, puede corresponder una tasa de plusvalía incluso del 100%.

Sin embargo, como ejercicio de aplicación de cuanto precede se podría efectuar el cálculo del beneficio en una empresa que se transformase de la forma indicada en el ejemplo de la fábrica de acero, suponiendo cifras concretas para los precios y para la cantidad de minerales, hierro colado, acero, para los salarios, las horas de trabajo, la jornada anual de trabajo, etc. (V. apart. 20).

19. Distribución del valor del producto en partes proporcionales de la cantidad de producto o de la jornada de trabajo.

Hemos ofrecido inicialmente el ejemplo del producto de valor P, el cual se componía del valor de materias primas e instrumentos deteriorados ($M + S = c$, capital constante) y del valor generado en la jornada de diez horas de trabajo (o *valor añadido* al capital constante por las 10 horas de

trabajo del obrero). Haciamos corresponder el valor de cambio de 3 Liras a cada hora de trabajo; supongamos ahora que el valor c sea de 60 Liras. Entonces tendremos:

$$P = c + 10 \times 3 = 60 + 30 = 90 \text{ liras.}$$

Además, de las 30 liras de valor añadidas por el obrero, 18 = 6 X 3, representaban el salario o capital variable, v, 12 = 4 X 3 representaban la plusvalía p:

$$\begin{matrix} P & & c & & v & & p \\ 90 & = & 60 & + & 18 & + & 12 \end{matrix}$$

Supongamos ahora que el producto del precio de 90 liras pesa 1.800 Kg. Como tenemos:

$$(90 = 60 + 18 + 12) \text{ liras}$$

podemos poner:

$$(1{,}800 = 1{,}200 + 0{,}360 + 0{,}240) \text{ kilos}$$

Entonces habremos representado en partes proporcionales del producto los elementos que constituyen el valor.

1.200 Kilos = 60 liras representan el capital constante, 0.360 kilos = 18 liras representan el capital salario (o capital variable), 0.240 kilos = 12 liras representa la plusvalía. Sumando estas dos últimas partes, 0.600 kilos = = 30 liras = 10 horas de trabajo representarían el valor total producido por el trabajo (tanto por el trabajo necesario como por el plustrabajo); es decir, representarían el valor añadido por 10 horas de trabajo al valor de las materias primas e instrumentos deteriorados.

Esta subdivisión es legítima pero enteramente convencional. No interpreta el proceso productivo, en cuanto que, si es verdad que las 60 liras preexisten a la aplicación del trabajo en tanto que eran materia prima y máquinas, en

cuanto parte del producto ni una lira, ni un gramo pueden obtenerse sin trabajo. Tenemos aquí un puro ejercicio convencionl; es necesario convencerse de que nuestra con clusión es de naturaleza muy diversa respecto a la distr bución de las 30 liras de valor trabajo en salario y plusvalí distribución dada por una ley que se adapta exactamente los caracteres técnicos, económicos, históricos y sociales del fenómeno estudiado.

Análogamente dividiremos no ya los 1,800 kilos, sino las diez horas empledas en producirlos en partes proporcionales a los elementos del valor. Al igual que subsiste, sin variar otrs condiciones, la proporcionalidad entre cantidades de producto y sus valores, subsiste la proporcionalidad entre valor del producto (cantidad) y tiempo de trabajo. En na hora, saldrían de las manos del obrero 180 gramos de peso y 9 liras de valor, o sea, la décima parte de 1,800 y de 90.

Por tanto, a la distribución

$$(90 = 60 + 18 + 12) \text{ liras}$$

corresponde la otra:

$$(10 = 6{,}66 + 2 + 1{,}33) \text{ horas} \quad \text{(y decimales de hora)}$$
$$10 \text{ h.} = 6 \text{ h. } 40' + 2 \text{ h.} + 1 \text{ h. } 20'$$

Por tanto, 6 h. 40' representarán el capital constante, 2 h. el capital variable y 1 h. 20' la plusvalía.

Esta representación puede interpretarse de manera capciosa (V. en Marx «La última hora del Señor») si se dice que de las 10 horas el obrero trabaja para el capitalista solamente 1 h. 20'.

Con semejante argumentación se quería demostrar que la jornada de 8 horas arruinaría al capitalista. Este argumento sería uno más en favor de la jornada de 8 horas, pero la experiencia ha demostrado que las 8 horas son perfectamente compatibles con la producción de plusvalía.

Aquel argumento equivale a suponer que el obrero

produce también las materias primas y los instrumentos, cuyo valor representa por el contrario tiempos de trabajo preexistentes.

La distribución exacta, acorde con nuestra teoría, es la siguiente:

(90 = 60 + 18 + 12) liras = valor del producto.

(30 = 20 + 6 + 4) horas de trabajo = valor expresado en tiempos de trabajo.

20 horas son el trabajo obtenido como valor en el capital constante adquirido por el capitalista,

6 horas el trabajo necesario (pagado)

4 horas el trabajo extra (no pagado).

La reducción de la jornada a 8 horas no quitaría más que 2 de las 4 horas de plustrabajo supuesto que fenómenos concomitantes (aumentos de productividad del trabajo) no reduzcan paralelamente el tiempo de trabajo absorbido por los medios de subsistencia, o sea, el trabajo necesario.

20. Apéndice. Cálculo de la empresa del tiempo del ejemplo del capítulo 18.

Tratamiento general del caso de una empresa que absorba una elaboración precedente, como demostración de la legitimidad de referir la plusvalía sólo al capital variable.

Supongamos que una empresa dada, p. ej., una fábrica de acero, absorbe a una empresa que anteriormente le vendía las materias primas que necesitaba, (por ejemplo, una mina de hierro), originando de este modo una tercera empresa unificada. Como notaciones utilizaremos los mismos símbolos para designar las categorías propias de cada una de las tres empresas, aunque distinguiéndolas por medio de una comilla para la empresa absorbida y de dos comillas para la empresa unificada.

Símbolos adoptados:	primera empresa	empresa precedente absorvida	empresa unificada
Valor de las instalaciones fijas	a	a'	a''
Cuota anual de amortización	q	q'	q''
Costo de la materia prima	m	m'	m''
Costo de la materia auxiliar	h	h'	h''
Capital constante	$c=q+m+h$	$c'=q'+m'+h'$	$c''=q''+m''+h''$
Salario diario	w	w'	w''
Jornadas en un año	g	g'	g''
Número de obreros	o	o'	o''
Capital variable	$v=wgo$	$v'=w'g'o'$	$v''=w''g''o''$
Beneficio neto anual	p	p'	p''
Facturación (o producto)	l	l'	l''

Balance de la primera empresa

La facturación del ejercicio ha sido: l
Los costos del ejercicio han sido: $c+v=q+m+h+wgo$
El resultado del ejercicio ha sido: $p=l-(c+v)$

Balance de la segunda empresa

Facturación: l'
Gastos: $c'+v'=q'+m'+h'+w'g'o'$
Resultado: $p'=l'-(c'+v')$

Pero, por hipótesis, el producto acabado de esta segunda empresa representa la materia prima de la primera empresa; por consiguiente:

$$l' = m$$

y entonces

$$p' = m - (c' + v') \qquad \text{(I)}$$

Balance de la empresa unificada

Facturación: $1''$
Gastos: $c''+v''=q''+m''+h''+w''g''o''$
Resultado: $p''=1''-(c''+v'')$

Ahora bien, por hipótesis, la facturación de la empresa unificada es igual a la de la primera empresa; por esta razón:

$$1''=1$$

y entonces

$$p''=1-(c''+v'') \qquad \text{(II)}$$

Comparación entre la empresa unificada y la primera empresa

El capital constante es la suma de los capitales constantes de las dos empresas fusionadas, con excepción del valor de las materias primas de la primera empresa, que ya no deben ser adquiridas en el exterior, al ser ahora directamente fabricadas por la empresa unificada; por tanto:

$$c''=q+h+m+q'+h'+m'$$

O bien

$$c''=c-m+c'$$

De la ecuación (I) obtenemos

$$c'=m-(p'+v')$$

de donde

$$c''=c-m+m-(p'+v')$$
$$c''=c-(p'+v') \qquad \text{(III)}$$

El capital variable es la suma de los capitales variables de las dos empresas fusionadas:

$$v''=v+v' \qquad \text{(IV)}$$

El beneficio ya ha sido expresado en la ecuación (II)

$$p'' = 1-(c''+v'')$$

Sustituyamos ahora en esta expresión c'' y v'' por los valores respectivos que hemos calculado con las ecuaciones (III y IV)

$$\begin{aligned} p'' &= 1-c''-v'' \\ &= 1-c+p'+v'-v-v' \\ &= 1-c-v+p' \\ &= 1-(c+v)+p' \\ &= p+p' \end{aligned}$$

El capital total utilizado en la empresa unificada es:

$$c''+v''$$

Sustituyamos c'' y v'' por los respectivos valores calculados con las ecuaciones (III) y (IV)

$$\begin{aligned} c''+v'' &= c-p'-v'+v+v' \\ &= c+v-p' \end{aligned}$$

Por tanto y en resumen, se ha comprobado que:
— el capital constante ha disminuido en (p'+v')
— el capital total utilizado ha disminuido en p'
— el capital variable ha aumentado en v'
— el resultado (beneficios) ha aumentado en p'

El aumento de la ganancia o plusvalía, que ha pasado de p a p'' = p+p' no puede, pues, más que ser efecto exclusivo del capital aumentado, es decir, del capital variable. Por esta razón, es justo que tomemos como tasa de plusvalía la relación de ésta sólo con el capital variable que la ha determinado. Si la pusiéramos en relación con el

capital constante y con el capital total, llegaríamos al absurdo de comprobar entre los dos términos de la relación una proporcionalidad no directa, sino inversa[4].

21. Duración de la jornada de trabajo

La duración de la jornada de trabajo es variable. Tiene un mínimo que en régimen capitalista no alcanzará jamás el tiempo de trabajo necesario y un máximo que depende de los límites físicos de la resistencia del trabajador. Situándose plenamente en el terreno de la economía capitalista al considerar la fuerza de trabajo como una mercancía y el salario como su precio equivalente, el trabajador, igual que cualquier otro vendedor, tiene derecho a ser tutelado por las leyes al establecer la cantidad de mercancía que vende, es

---

(4) No debe considerarse demasiado árida esta sucesión de fórmulas. Pretende ser una demostración de la validez de la ley general de la plusvalía aportada por Marx, en la representación de la empresa económica de tipo capitalista. Esto se desarrolla en el final de la sección III, que establece la definición de la plusvalía. Al final de la Sección V y antes de pasar a tratar la acumulación del capital, en un pequeño capítulo resumen de las diversas fórmulas de la plusvalía, Marx contrapone los dos grupos de fórmulas que *enfrentan* la economía clásica burguesa a la economía marxista (cap. XVI del texto original).

Ambas se fundan en admitir que el valor proviene del trabajo. Pero la cuestión se plantea de modo muy diferente cuando se trata de responder a la pregunta: ¿Qué parte de la jornada de trabajo hace el obrero para sí mismo, y qué parte para el dueño de la empresa?

En ambos planteamientos se puede hablar de trabajo necesario para la primera parte, que es la plenamente retribuida, y de plustrabajo para la segunda parte (del tiempo de trabajo), que es aquella cuyo equivalente pasa a constituir el beneficio del poseedor de la empresa.

Según el economista burgués, las fórmulas son:

$$\frac{\text{Plustrabajo}}{\text{Trabajo necesario}} = \frac{\text{Plusvalía}}{\text{Costo del producto}}$$

decir, el tiempo que se compromete a trabajar durante la jornada. Si no fuese así, no sólo se violaría el precepto de igualdad jurídica entre quienes participan en el mercado, sino que al debilitarse el organismo del obrero disminuiría el número de años en que tendría fuerza para trabajar, sustrayéndosele así en buena parte su única propiedad privada: la fuerza de trabajo. La degradación física de la clase obrera, se volvería con el tiempo en contra de los propios capitalistas, si bien al empresario individual no le preocupa otra cosa sino la caza del máximo de tiempo de trabajo.

De aquí, la lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo, ampliamente descrita por Marx en capítulos que más que resumir, habría que poner al día hasta la época actual.

La misma fracción la hallamos escribiendo en el numerador el *marge* de ganancia en una producción dada, o sea, el excedente del preci obtenido sobre el *costo total* y en el denominador ese mismo *costo*.

Si un automóvil, pongamos por caso, cuesta, entre materiales, salarios, usura, máquinas, etc. cien mil, y se vende por 110.000, la empresa ganará el 10%. Se pretende entonces que el obrero ha sido explotado solamente en el 10% de su tiempo de trabajo. Si ha trabajado 11 horas, por diez ha recibido su salario justo, y ha trabajado solamente una hora para el capitalista.

La economía oficial moderna, con sus pretensiones de positiva exactitud recalca siempre esta tesis, y por ende niega la teoría de la plusvalía de Marx, considerándola como un brillante ejercicio polémico, pero no como ciencia.

En ésta, por el contrario, las fórmulas toman una dirección diferente y son (partiendo de la misma relación inicial):

$$\frac{\text{Plustrabajo}}{\text{Trabajo necesario}} = \frac{\text{Plusvalía}}{\text{Capital variable}} = \frac{\text{Plusvalía}}{\text{Gastos variables}}$$

El grado de explotación, es decir, la cantidad de trabajo no pagado, se pone en relación no con la totalidad de los costos, es decir, con la totalidad del capital anticipado, sino sólo con los gastos por salarios, llamado por nosotros parte variable del capital total.

Nos interesa ante todo ver a qué conclusiones teóricas nos lleva semejante exposición. Lejos de concluir en la apología de las leyes sociales, Marx ironiza sobre la reducción del pomposo catálogo de los derechos humanos al mezquino resultado, para el trabajador, de saber por cuánto tiempo se ha «libremente» vendido, y cuánto tiempo residual le pertenece.

Pero este resultado, si bien imposibilita el aniquilamiento físico de la clase obrera, no impide, como sabemos, que también una gran parte del tiempo legalmente vendido, (el plustrabajo) sea tiempo no pagado.

Lo que les hace falta a los obreros (Cap. VIII/7) no es el conocer el límite para la jornada de trabajo, sino el «levantar como clase una potente barrera que les impida la enta de sí mismos y de su progenie hasta la muerte y la

---

La diferencia entre las dos versiones es enorme. Cuantitativamente, como demuestra Marx aquí y en otros estudios, implica que la tasa de plusvalía no sólo es mucho más elevada, sino que puede superar incluso el 100%, su límite teórico máximo, en la fórmula de la economía burguesa. Si en ese automóvil se han gastado en salarios sobre las 100.000 sólo veinte mil, la tasa asciende del 10 al 50%, al venir dada por la relación del beneficio de 10.000 al capital variable de 20.000. Un tercio de la jornada no ha sido pagado. Existen ejemplos de tasas como uno de la agricultura inglesa de la época, del 300%.

Cuantitativamente, por tanto, la fórmula de la economía corriente se presta a mostrar la relación entre el asalariado y el capitalista como forma de libre asociación, mientras en las fórmulas marxistas se muestra el carácter fundamentalmente antagónico de esa relación.

Con nuestro cálculo sobre la fusión de dos empresas hemos querido demostrar cómo la institución de la relación cuantitativa entre plusvalía y capital-salario no es una exigencia de escuela, sino que es la única que puede dar cuenta del fenómeno estudiado, en cuanto éste, que en cada ciclo aparece como capital constante en manos del propietario de empresa, no es sino el producto acumulado de capitales salarios precedentes que han dado lugar a otras plusvalías precedentes por trabajo no retribuido.

El fraude y la tendenciosidad se hallan, precisamente en la presentación normal de los *balances* de las empresas productivas (incluso las no privadas), aceptados como evidentes y fieles a la economía académica y a la legalidad burguesa.

exclavitud mediante un contrato voluntario con el capital». Estas palabras no deben interpretarse en el sentido banal de la introducción de la jornada legal de trabajo o del contrato colectivo e incluso del salario fijado por ley, sino en el sentido de la abolición histórica del principio que hace del trabajo una mercancía y de la posibilidad de vender libremente una sola hora de trabajo, es decir de la abolición del capitalismo.

22. Plustrabajo y capitalismo.

Hemos dicho que la producción de plusvalía aparece con el régimen capitalista en el sentido preciso en que la plusvalía es una diferencia de valor en las mercancías que aparece después de una serie de cambios en el mercado.

Pero incluso antes de que la fuerza de trabajo fuese tratada como una mercancía en los mercados (libres), el trabajador se veía obligado de diversas maneras a otorgar gran parte de su tiempo gratuitamente (plustrabajo), como ocurría en la economía esclavista, feudal, etc. Sin embargo hace observar Marx que cuando la forma de una sociedad no es mercantil o lo es escasamente, es decir, cuando las mercancías interesan más por su valor de uso que por el de cambio, la ordenación social no da lugar a un excesivo apetito de plustrabajo. El propietario de esclavos no tiene interés en hacerlos trabajar más allá de cierto límite, porque en general consume y no vende los productos del esclavo, mientras que si este muere o queda inválido tendría que pagar en dinero un nuevo esclavo. El propietario feudal hace trabajar gratuitamente en su propia tierra al campesino en las jornadas de encomienda; por muy inhumano que parezca este sistema, produce una tasa de plustrabajo inferior a la del moderno capitalismo (cap. VIII—2).

23. El capital y la plusvalía

Hasta este punto el análisis se hace imaginando que el capitalista paga siempre al mismo precio la fuerza de trabajo (salario constante) y que este precio expresa exactamente el valor.

En estas condiciones, es decir, manteniéndose quieto el tiempo de trabajo necesario, el capital, para satisfacer su necesidad de obtener la máxima plusvalía, y ya que esto viene dada por:

Capital variable X tasa de plusvalía,

no puede sino seguir una de estas dos opciones:

1.° Incrementar la tasa de plusvalía, es decir, el plustrabajo, o sea, la jornada de trabajo (pero ya hemos visto que históricamente se tiende a la disminución);

2.° Aumentar el capital variable, y ello se puede lograr aumentando el número de los obreros. En este sentido el capital da siempre nuevos pasos adelante transformando en obreros a los artesanos, a los pequeños propietarios, etc., aprovechando el aumento de la población, el urbanismo, la colonización. Sin embargo, a pesar de esta tendencia al aumento de la masa del capital variable, único medio para aumentar la masa de la plusvalía, se observa que el capital se ve cada vez más obligado a asumir en la producción moderna, en gran parte, la forma de capital constante. Pero un análisis posterior demostrará que la contradicción con la ley de la dependencia entre capital variable y plusvalía es sólo aparente[5].

---

(5) Como la plusvalía acumulada se convierte en nuevo capital y la plusvalía surge del capital invertido en trabajo, existe un límite a la acumulación dado por la potencialidad de toda la población trabajadora que tiende a aumentar con el número de los habitantes del planeta o al menos, con la parte de la misma en que se ha difundido la «civilización» capitalista, y con la proporción de proletarios sobre los ciudadanos, dada la progresiva expropiación de las clases medias.

Ahora bien, ¿no puede parecer que la enorme masa de los *capitales*

Sin dejar de afirmar que la creación de la plusvalía es la característica del capitalismo, hay que hacer alguna otra observación sobre las condiciones iniciales necesarias para que aparezca el fenómeno capitalista. El nuevo patrón ha de tener medios financieros suficientes para emplear a un número mínimo de obreros, de modo que pueda garantizarse una plusvalía suficiente no sólo para mejorar su nivel personal de vida, sino también para guardar un margen de dinero al objeto de transformarlo posteriormente en capital.

Tales mínimos son muy variables de acuerdo con las condiciones sociales; he aquí un ejemplo de distinción puramente cuantitativa que da lugar a una diferencia cualitativa (entre artesano o tendero, y capitalista).

Sin embargo, no es condición indispensable para el establecimiento de relaciones de tipo capitalista, la trans-

---

constantes, es decir, capitales compuestos por instalaciones y por las *reservas* de mercancías, (productos), se ve incrementada en el mundo moderno de modo más impresionante todavía con las jornadas de trabajo disponibles? ¿Y no contradice ésto la formulación marxista?

Ciertamente no responderemos ahora a esta cuestión, porque debemos primero exponer y entender toda la doctrina de la acumulación, (sec. VII), y también la escuela de la doctrina marxista sobre el imperialismo.

Pero es interesante considerar como una solución «conservadora», es decir, que prolongue los tiempos del ciclo capitalista, consiste en la destrucción del capital constante producido, es decir, instalaciones y recursos, y en la reducción de países ya ricos. avanzados en el sentido industrial, a países verdaderamente devastados, destruyendo sus instalaciones (fábricas, ferrocarriles, barcos, maquinaria, construcciones de todo tipo, etc.). De este modo, la reconstitución de esa enorme masa de capital *muerto* permite una ulterior carrera alocada en la inversión de capital variable, es decir, de trabajo humano viviente y explotado.

Las guerras llevan a la práctica esta eliminación de instalaciones, recursos y mercancías, mientras que la destrucción de brazos obreros no sobrepasa a su producción, debido al incremento del prolífico animal-hombre.

Se entra después en la civilizadísima *reconstrucción* (el mayor negocio del siglo para los burgueses:un aspecto todavía más criminal de la barbarie capitalista que la propia destrucción bélica) basada en la insaciable creación de nueva plusvalía.

formación técnica de los procedimientos de producción. El capitalismo surgió utilizando en los comienzos la técnica tradicional. Se produjeron mucho después las revoluciones en el campo de la técnica, el maquinismo y el empleo de las fuerzas mecánicas. Tales innovaciones, para nosotros, por una parte son suscitadas con ritmo cada vez más acelerado por las necesidades del capitalismo, y por otra parte significan las condiciones que hacen técnica y económicamente posible la abolición del mismo.

SECCION V

CAPITALISMO Y POTENCIACION DEL TRABAJO

24. La plusvalía relativa

En toda ciencia, al objeto de analizar un fenómeno, y y que éste presenta en general multitud de magnitud variables, se simplifica en primer lugar el problema hacienc variar solamente algunas, y considerando las demás con tantes. Así, por ejemplo, la ley de la caída de los cuerpos asume una forma más simple cuando se supone constante la aceleración de la gravedad, es decir, la intensidad de la atracción terrestre. Pero, dando un paso adelante, que sería indispensable para ser exactos, cuando el cuerpo, en vez de caer desde una pequeña altura, partiese desde la órbita lunar, por ejemplo, debe tenerse en cuenta que, al cambiar en la caída la distancia entre el cuerpo y el centro de la tierra, la fuerza atractiva y la aceleración van creciendo. Debido a que se conoce esta ley de la aceleración, que crece inversamente al cuadrado de las distancias, se sabe estudiar también la caída con aceleración variable, tanto como la caída con aceleración constante, sólo que los resultados son más complicados. De manera análoga, mientras que nosotros hemos estudiado hasta ahora la producción de plusvalía en la hipótesis que fijan la constancia de todos los valores, es decir, de las mercancías, del dinero, de la fuerza de trabajo, (y ésto significa que nosotros considerábamos

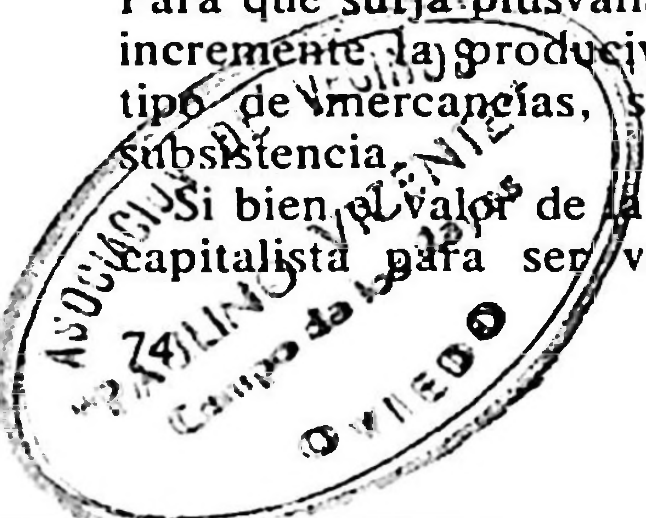
invariable el quantum de trabajo medio necesario para producir cada mercancía, el oro y los medios de subsistencia), ahora daremos un nuevo paso adelante, y supondremos que puede variar el valor de cambio de los medios de subsistencia necesarios al trabajador y, por consiguiente, el valor de la fuerza de trabajo y el salario.

En los análisis precedentes eran variables la cantidad del capital, el número de los obreros, la duración de la jornada de trabajo y el tiempo del plustrabajo, permaneciendo invariable el trabajo necesario. Hemos visto que la tasa de plusvalía podía crecer sólo si crece la jornada de trabajo y, su masa, sólo si crece su propia tasa o la masa de capital salarios, cosa posible sólo aumentando el número de obreros. La plusvalía producida en tal hipótesis es denominada por Marx plusvalía absoluta.

Ahora supondremos que pueda variar, con el valor de cambio de los medios de subsistencia, el salario, y por tanto el tiempo de trabajo necesario. Llamaremos plusvalía relativa a la que tiene su origen no ya en la simple prolongación de la jornada de trabajo, sino en la disminución del salario y del tiempo de trabajo necesario.

No se formula todavía aquí la hipótesis de la reducción del salario impuesta, aun manteniéndose quieto el valor de la fuerza de trabajo, hecho no raro pero que presenta, sin embargo, carácter de excepción respecto a la generalidad de nuestro estudio. Hablamos de una disminución del salario a igualdad de consumo del trabajador, debida a la disminución del coste (valor) de cuanto él consume. Esto puede solamente acaecer si aumenta la productividad del trabajo en las empresas que producen los medios de subsistencia. Para que surja plusvalía relativa es, pues, necesario que se incremente la productividad del trabajo, no de cualquier tipo de mercancías, sino de aquellas que entran en la subsistencia.

Si bien el valor de la mercancía elaborada en la empresa capitalista para ser vendida ha sido considerado hasta



ahora por nosotros como una constante, planteémonos la objeción: ¿cómo se explica que el capitalista, que puede introducir una innovación que aumenta la productividad del trabajo, aun dejando inalterados el salario y los tiempos de trabajo, logra un beneficio más elevado?

En tal caso y durante cierto tiempo, el capitalista podrá vender a los antiguos precios, o a poco menos, ya que al poder producir más y debiendo acaparar un mercado más extenso, tendrá que eliminar a otros productores con una disminución relativa de precios. Pero tal beneficio será transitorio, porque bien pronto la competencia obligará a sus rivales a introducir el nuevo método de producción y le obligará a adoptar un precio disminuido. Para que pueda abreviar el tiempo de trabajo necesario, el aumento de productividad deberá afectar a aquellas mercancías que forman parte de los medios de subsistencia del trabajador dándose entonces un aumento definitivo de la plusvalía. Esto a menos que la clase obrera no consiga elevar su nivel de vida, es decir la masa de su consumo, otra variación de magnitudes que todavía no consideramos en nuestro examen.

De cualquier modo, en nuestro caso del capitalista que ha transformado su técnica, incluso en el período transitorio no ha hecho otra cosa que elevar el valor «de uso» de la fuerza de trabajo de sus obreros respecto a la media social; ellos le dan no ya trabajo sencillo, sino complejo, y por tanto de mayor valor por hora de aplicación. He aquí cómo sin modificar el salario se ha disminuido el tiempo de trabajo necesario, que sería aquél en que el trabajador reproduciría su salario si pudiera vender él mismo los productos, recibiendo el beneficio de los nuevos perfeccionamientos (deducidas, por supuesto, las cuotas de capital constante). Por ello, también en ese período transitorio la mayor plusvalía deriva de mayor plustrabajo.

25. Colaboración[6]

Las etapas a través de las cuales el capitalismo logra cada vez mayor plusvalía relativa, aumentando la productividad del trabajo más allá del límite que podía alcanzar el trabajador independiente, artesano, se pueden reducir a las siguientes: colaboración de los obreros, manufactura, maquinismo.

Tomando los oficios tal como son en régimen de producción artesana, con la misma distribución y las mismas capacidades de trabajo e instrumentos o utensilios de cada oficio, se puede sin embargo realizar un aumento de productividad juntando durante el tiempo de trabajo a gran número de obreros. Con tal procedimiento, no sólo se compensan las desviaciones individuales en más o en menos respecto a la potencialidad productiva media, sino que consigue efectivamente efectuar las mismas operaciones en una suma menor de tiempos.

Tenemos así la colaboración simple, la cual asume sin todavía modificarla, la misma división técnica del trabajo alcanzado en el régimen artesanal. Sin embargo, por el hecho de la colaboración, se incrementa el rendimiento medio del trabajo humano; éste es un beneficio social, el primero que es necesario atribuir al mérito histórico del capitalismo; éste, sin embargo, no lleva a cabo la colaboración bajo este impulso social, sino con objeto de intensificar la producción de plusvalía.

Por otra parte, no es necesario creer que sea indispensable la ordenación capitalista para la sociedad que intente gozar de los beneficios de la colaboración. Ejemplos de colaboración a vasta escala ya han ofrecido antiguos

---

(6) Preferimos en vez de la palabra *cooperación*, que podía confundirse con las organizaciones cooperativas de producción (fenómenos más que secundarios en medio de las innumerables empresas capitalistas privadas), la palabra *colaboración*, esperando que no se confunda tampoco con el significado de la conocida expresión de colaboración de clases.

regímenes en los que jefes militares dinásticas o sacerdotes podían disponer de grandes masas de fuerza de trabajo (asirios, egipcios, etc.). De manera similar debe presumirse que si bien no se puede producir plusvalía sin colaboración, se pueda conservar la conquista social de la colaboración, superando también la etapa de la producción de plusvalía.

26. Manufactura

Cuando se pasa a la manufactura, se constata un cambio radical: la técnica productiva de los artesanos no cambia sustancialmene, pero a cambio se revoluciona, en el sentido de una mayor productividad la vieja división del trabajo.

La manufactura realiza éste de dos modos. 1) Par producir objetos en los que deben trabajar obreros c diversos oficios (ejemplo, el de la carroza, en la que hac falta el herrero, el carpintero, el sastre, el pintor, etc.) esto obreros son reunidos todos en el mismo establecimiento, donde siempre ejercían no la totalidad de su profesión sino solamente aquella actividad particular necesaria para el objeto en cuestión. En este primer caso, la manufactura reune varios oficios separados, restringiendo empero grandemente la esfera de aplicación de cada uno. Cada obrero adquiere así mayor habilidad y productividad en la función especial en que se concentra. 2) Para producir un objeto que antes necesitaba el trabajo de un solo oficio (ejemplo, el de la aguja) la manufactura fracciona las distintas operaciones sucesivas de tal oficio dividiéndolas entre obreros que se especializan así en esta sola actividad. De este modo, un oficio se fracciona en muchos otros.

En ambos casos, paralelamente a la especialización del obrero, se lleva a cabo la especialización del utensilio que, debiendo servir para una sola operación, asume la forma que permite realizarla más rápidamente.

Estas dos formas se llaman forma heterogénea y forma orgánica de la manufactura.

Además de disminuir el tiempo de trabajo necesario por las razones ya apuntadas, la manufactura lo disminuye también porque crea una distinción que el régimen artesano medieval intentaba rechazar: la desarrollada entre obreros especializados y obreros manuales, que ejecutan mecánicamente siempre los mismos gestos. Para esta segunda categoría, al eliminarse o disminuir los gastos para el período de aprendizaje, se consigue una disminución del valor de la fuerza de trabajo y un aumento de plusvalía.

La manufactura representa un paso adelante en la división del trabajo. Pero éste es un proceso comenzado mucho antes y que se puede examinar en relación con la totalidad de las sociedades.

La base fundamental de una división social del trabajo, acompañada necesariamente por intercambio de las mercancías, es el hecho fundamental de la separación entre ciudad y campo. Este hecho está ya avanzado en la economía feudal: mientras los campesinos permanecen diseminados en el territorio del cual es árbitro el señor feudal, los artesanos se concentran en las ciudades con un sistema de vida material intelectual y político muy diferente.

En tanto que esta división del trabajo artesanal supone una gran diseminación de los medios productivos entre muchísimos productores-comerciantes independientes, la división del trabajo de tipo manufacturero exige la concentración de muchos medios de producción en las manos de pocos capitalistas.

¿No sería posible conciliar la gran ventaja de la división social del trabajo con una organización social general sin capitalismo? No sólo es posible como programa para el porvenir, sino que existen en el pasado ejemplos de comunidades que vivieron sobre la base de una división del trabajo organizada entre los oficios y de la posesión común de la tierra. (India antigua, etc.).

Por esta razón, afirma Marx que, mientras la división social del trabajo se halla en las formas más diferentes de sociedad, su forma manufacturera es creación del capitalismo, aunque sus beneficios reales sobrevivirán al propio capitalismo.

Los antiguos escritores de economía exaltan la división social del trabajo porque aumenta el rendimiento de la actividad humana. Se fijaban más en la calidad y el valor de uso que en la cantidad y el valor de cambio.

Con la época manufacturera, aparece la economía política como ciencia especial.

Sus escritores consideran los problemas desde el punto de vista del capitalismo, es decir, consideran la división de' trabajo como un medio para producir más, aumentar l plusvalía y la acumulación del capital, a lo que llam elevación de la riqueza nacional.

27. Maquinismo

La manufactura, surgida sobre la estrecha base de los viejos oficios se vuelve bien pronto insuficiente y se produce el paso a la etapa del maquinismo, la cual se inicia con la aparición de los talleres mecánicos donde se emplean las herramientas y los primeros aparatos más complejos, adoptados ya en algunas manufacturas.

La introducción de la máquina, aunque representa a su vez (como las otras dos primeras etapas: colaboración y manufactura) un decisivo paso adelante para el rendimiento del trabajo humano y social, se determina bajo el impulso de la tendencia capitalista a disminuir el precio de las mercancías y a producir más plusvalía relativa.

Por máquina, en el sentido económico, no se puede entender lo que es máquina en mecánica y en física, es decir, cualquier dispositivo que modifica la intensidad, la dirección o el punto de aplicación de la fuerza entrante. El

troquel, la palanca, etc. son físicamente máquinas, pero, económicamente son simples utensilios. Ni siquiera puede definirse como máquina un aparato movido no ya por el hombre, sino por otros agentes: animales, el agua, el vapor, etc. Al hablar de máquinas, distinguiremos entre máquinas herramienta y máquinas motrices. Estas proporcionan por medio de agentes mecánicos y energía calorífica, química, eléctrica, etc. un movimiento dado que, transmitido oportunamente, hace actuar la máquina herramienta u operativa, de modo que ésta ejecute actos y movimientos confiados otrora a la mano del hombre, provista de un utensilio relativamente sencillo.

Pero también máquinas-herramienta que tienen como fuerza motriz la energía humana, merecen económicamente el nombre de máquinas en tanto que el hombre realice un movimiento simple y continuo.

Aquí la intervención humana se hace puramente accidental, pudiendo ser sustituida por un motor mecánico, como por ejemplo, aplicando a una máquina de coser un motor eléctrico.

Debe entenderse bien que, según los casos, el obrero interviene siempre, bien para guiar o rectificar el movimiento de la máquina herramienta o para dirigir la máquina motriz, como p. ej. al dirigir el tejido que ha de ser cosido bajo la aguja de la máquina o accionando el interruptor del motor.

Las primeras eran máquinas-herramienta y el obrero debía proporcionar la energía física para moverlas; se empezó a sustituir el hombre por la bestia, siguió luego la antigua práctica de obtener energía por medio de los cursos de agua y del viento, pero la verdadera revolución mecánica llegó con la invención de la máquina de vapor, capaz de accionar al mismo tiempo gran número de máquinas herramienta. Sigue después la aplicación industrial de la electricidad que permite utilizar a distancia la energía hidráulica.

Se plantea la cuestión de si nuestra teoría del valor, efecto del trabajo y la plusvalía, efecto del plustrabajo, sirven para traducir bien el hecho económico del empleo de máquinas y si explica cómo éste se convierte en una fuente de plusvalía relativa.

La máquina ocupa un lugar entre los elementos del capital constante. O sea, transmite al producto una parte de su propio valor, tanto más pequeña cuanto mayor sea su resistencia al desgaste y su duración y tanto mayor cuanto más grande sea su consumo de combustible, lubricante, etc., valor que nosotros contaremos, no obstante, entre los de las materias primas (indirectas) que también van a incorporarse al producto como capital constante. Por consiguiente, la máquina parecería que añade algo al valor y al precio del producto.

Para nosotros, el valor de la máquina depende del trabajo social medio que ha hecho falta para su producción. Cuanto menos costosa sea la máquina, menos consume en paridad de energía y más productiva resulta en el sentido de que se añade menos por tal concepto al valor del producto.

Es indudable que la máquina contiene más trabajo y es por ello bastante más costosa que los sencillos utensilios del artesano, o también de la manufactura.

Por esta razón, en el maquinismo, el medio de trabajo parecería aportar mayor valor en la formación del valor del producto. Sin embargo, en compensación de este hecho, se comprueba que la máquina, al sustituir en paridad de producto a un número elevado de trabajadores, disminuye los gastos salariales, por lo que en conjunto puede haber disminución en el valor del producto. Por ello, si bien las instalaciones productivas del maquinismo implican mayores gastos que los de la manufactura en relación con el mismo valor de productos, si el rendimiento del maquinismo es tal que el valor (suma de trabajo necesario) de los productos resulta disminuido, el gravamen de las instalaciones mecánicas calculado en valor absoluto puede llegar a ser menor.

28. Sustitución de operarios por máquinas

Se trata de preguntarse si la máquina hace ahorrar gastos trabajo en proporción mayor de lo que aumenta el gasto por conservación de las instalaciones. Este beneficio puede darse aunque, como sucede siempre, la máquina cuesta bastante más que la herramienta.

Volviendo a usar los símbolos ya conocidos (véase & 20) recordemos el beneficio de la empresa:

$$p = l - (c + v) = 1 - (q + m + h + wgo)$$

o sea: las entradas (*l*, venta de los productos) menos los gastos (cuota *q* de amortización anual de las instalaciones fijas, más materias primas *m*, más materias auxiliares *h*, más número *o* de obreros por *g* días laborables anuales por salario diario *w*) igual al beneficio total.

Recordemos también que el capital variable viene dado por: $v = wgo$; y la tasa de plusvalía por:

$$s = \frac{p}{v}$$

En esta empresa se introduce una máquina del valor a' con la cuota anual de amortización q'. Dicha máquina consume materias auxiliares (por ejemplo: carbón) de valor h'. Ella permite eliminar o' obreros, pagados wgo' al año. El capitalista gasta en la misma vertical de menos: wgo'; de más: q' + h'.

Este hallará conveniente aplicar la máquina en cuanto ocurra que:

$$wgo' > q' + h'$$

Incluso cuando no exista diferencia entre las dos partidas y el capitalista no esté aún decidido a introducir la

máquina, sería un beneficio social emplearla. En efecto, mientras que la partida wgo' representa salarios pagados, o sea valor de fuerzas de trabajo, la partida q' + h' representa precio pagado en el mercado, es decir, valor correspondiente al trabajo totalmente pagado (trabajo necesario pagado a obreros y plusvalía obtenida por el otro capitalista productor de máquinas, etc.). Socialmente, convendría la sustitución porque en las máquinas y materias auxiliares han sido invertidas bastantes menos jornadas de trabajo que las go' ahorradas, a igualdad de producto.

Veamos ahora qué pasa con la plusvalía. Admitiendo incluso que el capitalista introduzca la máquina a pura igualdad de gastos, el capital variable descenderá de wgo a wg (o — o').

La tasa de plusvalía crecerá pues

$$\text{de } \frac{P}{v} = \frac{P}{wgo} \text{ a } \frac{P}{wg\,(o - o')}$$

que tiene el numerador menor, y por lo tanto es mayor (por ej.: si los obreros de 100 han pasado a ser 50, la tasa de plusvalía habrá sido duplicada).

Tenemos pues plusvalía relativa, o sea plusvalía aumentada (por ahora sólo en la tasa) sin prolongar la jornada de trabajo.

Podría parecer que esto no interesa nada al capitalista, ya que él solamente ha transferido parte de sus inversiones de capital variable a capital constante sin que (por ahora) aumente el beneficio. Pero esto no es más que aparente. Aparte de la completa comparación entre el análisis marxista y el sistema de contabilidad capitalista reservada por Marx al III libro y que nosotros trataremos no de reducir más adelante a alguna pequeña fórmula, la suma de capital constante q' + h' con la que nuestro capitalista, dejando invariable la masa de la plusvalía p, ha sustituido un igual

gasto salarial, es a su vez producto de otro trabajo, que antes no era ejecutado (esto es, antes de que se necesitaran las máquinas y el carbón). Sobre tal suma de producto, otro capital (otro como poseedor, pero que en realidad es el mismo que antes se invertía en el salario de los obreros o') ha realizado otra plusvalía, y por lo tanto la plusvalía total ha aumentado. Consideremos ahora que exista un amplio beneficio en la sustitución del gasto en salarios, por el gasto en máquinas como corresponde en realidad a la difusión del maquinismo. El beneficio p, si continuara siendo el mismo el precio de los productos vendidos, crecería mucho, y la tasa de plusvalía (beneficio dividido por gasto en salarios) aumentará por dos motivos, por el aumento del dividendo y por la disminución del divisor.

En realidad, el efecto del maquinismo, cuando éste se haya generalizado suficientemente, es el de hacer producir las mercancías a menor costo, o sea con menor suma de trabajo. Y, efectivamente, alcanzado el equilibrio y vueltos de nuevo a las condiciones generales de nuestra hipótesis de investigación de que en el mercado se pague todo al justo valor generado por el tiempo de trabajo, los productos de la empresa en cuestión descenderán de precio en proporción al menor trabajo que contienen. Deberán descender obligatoriamente no porque tal fuera precisamente el fin del capitalista, sino porque la competencia le obligará. Sin embargo, éste no tendrá que arrepentirse de la innovación. He aquí por qué. En el producto figuraba un trabajo que ahora ha disminuido en go' jornadas laborables. Es verdad que figuran en éste las jornadas laborables contenidas en q' + h', pero éstas son muchas menos, *a*) por efecto de plustrabajo que figura en la segunda partida; *b*) porque hemos supuesto a ésta inferior a wgo'. Por lo tanto el producto se pagará a un precio inferior; el costo de producción disminuido hará rebajar el precio en la relación:

$$\frac{q+h+m+q'+h'+wg(o-o') \quad \text{(nuevo costo de producción)}}{q+h+m+wgo \quad \text{(costo de producc. anterior)}}$$

Parecería, pues, que el beneficio también en el segundo caso vuelva a descender al valor p.

Pero si nosotros establecemos la hipótesis de un equilibrio general sucedido con la difusión del maquinismo, tenemos por consecuencia que los mismos fenómenos considerados para la empresa particular que nos ocupa, se han efectuado en todas las demás con la consiguiente reducción también en el precio, no sólo de los nuevos productos *a'* (máquina) *h'* (carbón) sino incluso en los viejos adquiridos por *a* y *h* y además en los medios de subsistencia y, por lo tanto, en los salarios *v*. Por efecto de tal compensación general, el descenso de los precios se hará sin disminuir el beneficio ni el aumento aportado a éste por el hecho de la introducción de las máquinas. La masa de la plusvalía permanecerá, pues, aumentada a pesar de la disminución del precio de los productos, la tasa de plusvalía aumentará también y la producción de plusvalía relativa habrá alcanzado su apogeo.

Todo esto sin considerar aún los efectos histórico-sociales del maquinismo en el aumento general de la masa de los consumos y en el del número de trabajadores absorbidos por la industria.

Efectos secundarios de la máquina, todos contribuyentes a acrecentar la plusvalía, son: a) la posibilidad de utilizar el trabajo de las mujeres y de los niños; b) la posibilidad de prolongar la jornada de trabajo, exigiendo el trabajo mismo menos esfuerzos y menos atenciones; c) la intensificación del trabajo, o sea, su aumentado rendimiento a igualdad de dedicación del obrero, cosa que puede también compensar la forzada reducción de las horas de trabajo diarias.

29. Otros caracteres del maquinismo

Una de las consecuencias de la introducción de las máquinas fue el despido inmediato de gran número de obreros, que causó verdaderas revueltas seguidas de la destrucción de las máquinas por el furor del pueblo. Ejemplo clásico es el movimiento de los *ludistas* a principios del siglo XIX en Inglaterra, reprimido por el Gobierno con extraordinaria violencia.

La aparición de la manufactura capitalista no había producido conflictos análogos, porque si bien hubo oposición a los nuevos talleres por parte de las corporaciones de artesanos, no se produjo un conflicto entre asalariados y capitalistas.

Bien distintas fueron las consecuencias de la introducción de las máquinas, que dio lugar a verdaderas tragedias de la miseria.

Los obreros no podían comprender cómo aquellos inconvenientes no derivaban de la técnica del maquinismo, sino de su empleo social.

Muchos economistas burgueses de la época de la introducción de las máquinas, se preocupaban de justificar y defender el sistema mecánico a pesar de todos sus inconvenientes, pero naturalmente intentaban hacerlo sin confesar que tales inconvenientes se debían a la gestión capitalista del maquinismo. Entre otras cosas, formularon la llamada *teoría de la compensación*, según la cual, la disminución de gastos en obreros (salarios) obtenida mediante la máquina, es una liberación de capital que puede ser empleado en otro lado «dando trabajo» a otros obreros. Tal razonamiento hace recordar ese otro, según el cual los capitalistas, al consumir gran parte del producto colectivo del trabajo humano, dan a los trabajadores mayores ocasiones de trabajar y así ganarse la vida. Casi como si se propusiera no consumir igualmente ese producto en mayor

cantidad con un sistema más equitativo de distribución, sino renunciar a producirlo.

Volviendo a la teoría de la compensación, basta hacer notar que, como ya hemos visto, aunque la disminución del gasto en salarios sea mayor que el valor de la máquina adquirida, el primero representa un número de jornadas de trabajo muy superior, mientras que en el valor de la máquina y en el de la diferencia ahorrada o bien invertida por el capitalista, figuran gastos en salarios sólo por una fracción, siendo cubierto el remanente por inversiones en otro capital constante por plusvalía. Pero los economistas en cuestión se sitúan en el terreno de la repercusión en el mercado del trabajo y de las subsistencias, desde el punto de vista de su ley de la oferta y la demanda.

No obstante, también en este terreno se podría hacer una crítica. Disminuyendo los gastos por salarios y la adquisición de bienes de subsistencia por parte de los obreros parados, habrá mayor oferta de bienes de consumo y bajarán de precio. Pero también habrá mayor oferta de fuerza de trabajo y descenderán de precio y, en las empresas que producen bienes de consumo, la menor demanda producirá otros despidos.

El enigma de las contradicciones del maquinismo no puede resolverse más que condenando la aplicación social capitalista. La sociedad debería ahorrar con las máquinas una gran cantidad de trabajo, permaneciendo, en la peor de las hipótesis, invariable la masa de los alimentos, pero, incluso más probablemente, creciendo ésta. El resultado medio sería: menores esfuerzos y mayores alimentos; pero el maquinismo, generando plusvalía relativa, separa al trabajador efectivo de sus alimentos y substrae más amplia cuota en beneficio de los no trabajadores.

En realidad, también en régimen capitalista a la introducción del maquinismo y sus bruscas repercusiones le han seguido fenómenos que han permitido (salvada siempre la extracción intensificada de plusvalía), extender la demanda

de trabajadores, con el surgir de nuevas industrias antes desconocidas y conectadas a la producción de máquinas o a otras exigencias del sistema mecánico (ferrocarriles, navegación a motor, automovilismo, iluminación y calefacción a gas y eléctrica, fotografía y cinematografía, telegrafía, radiotelegrafía y radiofonía, navegación aérea, etc., etc.).

No se trata de continuar un análisis de la revolución aportada por el maquinismo en la producción. Las relaciones entre los diferentes mercados se alteran; los países donde primero se desarrolla la industria, pueden inundar con sus productos a bajo precio los mercados extranjeros y los demás países deben limitarse a producir materias primas y subsistencias para los industrializados. La mano de obra disponible gracias a las máquinas, da gran impulso a la emigración y a la colonización. En la época en que Marx escribía, los Estados Unidos estaban en esa relación con Inglaterra, o sea, absorbían población y productos de la industria, devolviendo productos agrícolas y materias primas. Hoy esta relación ha cambiado por completo y, si no se ha invertido precisamente, crea, sin embargo, en la industria americana una competidora capaz de superar a la europea.

Así pues, no vamos a tratar aquí la teoría de las crisis de superproducción y los fenómenos estrechamente conexionados a todo lo referente al imperialismo industrial y colonial-militar.

En una palabra, la gran industria, desde su aparición altera de arriba a abajo la división social del trabajo.

Igualmente dejamos de resumir aquí los conocidos problemas originados por el régimen de fábrica y que son objeto de las reivindicaciones de las organizaciones profesionales y de la llamada legislación social (disciplina, higiene, protección contra los accidentes, invalidez, paro, trabajo nocturno, trabajo de las mujeres y de los adolescentes, etc.)

30. Gran industria y agricultura

En el texto de Marx existe, en fin, una alusión a los reflejos de la gran industria sobre la agricultura, tema cuyo desarrollo tiene lugar en otra parte. Marx subraya que se repite acentuado el daño que los nuevos métodos acarrean al productor a causa de la aplicación capitalista de los nuevos recursos técnicos; pero añade la tesis de que la explotación intensiva agota además la fertilidad acumulada en la tierra. Este proceso es evitado por el posterior descubrimiento del fertilizante químico que permite reintegrar artificialmente las pérdidas del terreno; sin embargo, el argumento social de Marx conserva su valor en cuanto quiere decir que la aplicación del maquinismo a la tierra difícilmente llegará a ser aplicable por parte del capitalismo, aunque también éste ha podido superar relativamente las contradicciones de su aplicación a la industria. Para realizar la revolución técnica agraria es necesario que la aplicación de la técnica mecánica sea hecha sobre una base social y con directivas centrales en vez de privadas. Este punto de vista se confirma por el contraste entre la marcha adelante de la industria y el estado aún atrasado de gran parte de la agricultura mundial. Y concuerda también con dicho punto de vista la orientación programática de la socialización del capital industrial como etapa netamente anticipada sobre la industrialización de la agricultura. «La producción capitalista —concluye Marx— desarrolla la técnica y la combinación del proceso de producción social únicamente minando al mismo tiempo las fuentes originarias de toda riqueza (la tierra y el trabajador)».

31. Vicisitudes históricas de la producción de plusvalía. Evolución de la ciencia económica

Resumiendo lo dicho hasta ahora, hemos analizado el intercambio de las mercancías, reconociendo en la mercancía un producto del trabajo humano el cual, en vez de ser consumido por aquel mismo que lo ha producido, es ofrecido por él a cambio de otro producto que necesita; cualquiera que sea el mecanismo o el intermediario, la regla de este intercambio es que éste se efectúa entre objetos que cuestan como media el mismo tiempo de trabajo.

El conjunto de aquellos que trabajan e intercambian, presenta relaciones cada vez más complejas y, a un cierto nivel después que el intercambio se ha generalizado, se ha extendido la división del trabajo e introducido la moneda, parece asistirse al fracaso de nuestra regla en cuanto que a través de los cambios surgen diferencias de valor, o sea, plusvalía. Existen algunos (entre los poseedores de dinero) que vienen al mercado y se vuelven a ir «con una ganancia», o sea con una suma de productos superior a la que habían aportado.

También antes de la época mercantil e incluso en otros terrenos distintos del mercado existía (y existe) quien realizaba semejante beneficio con productos que no eran suyos; pero en tales casos le eran entregados directamente sin compensación correlativa material y con base en relaciones sociales que mostraban con evidencia el carácter de relaciones de fuerza; se trataba de tribus rapaces, de jefes militares, señores feudales, de dueños de esclavos, etc.

Pero desde que la plusvalía aparece en el terreno mercantil y parece lograda a través de relaciones pacíficas y legítimas, reconocemos la aparición del capitalismo. Tal plusvalía no parecería una apropiación de productos ajenos y, por consiguiente, de trabajo ajeno.

En todas las épocas, el plustrabajo ha permitido a algunos individuos e incluso a comunidades evitar que todo

cuanto era producido fuera consumido, consintiendo esa acumulación de cosas materiales necesarias para la vida de sociedades cada vez más avanzadas, que se llama comunmente riqueza.

En la antigüedad aparecía evidente a los primeros intentos de teorizar los hechos económicos, que toda plusvalía surgía de trabajo apropiado sin gasto (nosotros decimos de plustrabajo) y se reconocía el origen de las riquezas en el trabajo.

Naturalmente, existen riquezas no producidas por el hombre sino ofrecidas por la Naturaleza, pero únicamente pueden ser disfrutadas sin trabajo por poblaciones poco densas aún y de necesidades primitivas. Sin embargo, cuando la economía se basó no en el trabajo de los esclavos o de los vencidos en guerra, sino en el de los campesinos que, para el cristiano señor feudal, eran moralmente hombres como él, se teorizó la producción de la riqueza como un don de la naturaleza queriendo disimular la relación de fuerza, por la cual el propietario terrateniente obligaba al campesino además de trabajar para su consumo propio, a suministrar un plustrabajo y un plusproducto para él.

Esta concepción de que sea únicamente la producción agraria la que dé una plusvalía, se mantiene en la escuela de los *fisiócratas*.

Cuando a la economía agraria vino a sobreponerse, después de los grandes descubrimientos geográficos, la difusión mundial del comercio, surgió la escuela *mercantilista* sosteniendo el absurdo de que ni la Naturaleza ni el trabajo, sino el simple cambio, es el que produce la riqueza; la plusvalía surge en cada cambio; la ley fundamental es la negación de la nuestra: todo cambio se efectúa entre no equivalentes.

Pero aparece el capitalismo y, con él, nuevas doctrinas económicas y nuevas explicaciones de la plusvalía y del origen de las riquezas. La gran actividad de los talleres

manufactureros e industriales lleva a constatar la verdad de que toda riqueza nace del trabajo. Ricardo hace triunfar esta teoría y su escuela proclama que la plusvalía surge de la fuerza productiva del trabajo (*Economía política clásica*).

En este punto, los teóricos de la clase capitalista no son ya los de una casta revolucionaria sino los de una casta conservadora. No pueden avanzar más en la investigación científica de la verdad.

Si la nueva sociedad mercantil e industrial ha destrozado definitivamente todo freno feudal y teocrático al desarrollo moderno de las ciencias de la naturaleza, está lejos de convenirle el quitar los frenos al desarrollo de las ciencias de la sociedad.

Ricardo y los suyos saben que el valor viene del trabajo, pero no se atreverán a concluir que la plusvalía viene del plustrabajo, porque entonces el beneficio capitalista no tendría su causa en una propiedad inmediata del trabajo organizado moderno, sino sólo en la superposición a éste de una coacción.

Por consiguiente, mientras que los economistas oficiales contemporáneos de Marx sostendrán con toda suerte de razonamientos que la plusvalía es un hecho «natural» y «necesario» inherente al trabajo productivo, y que por tanto la sociedad se desarrollará sin abolirlo nunca, las múltiples escuelas sucesivas so pretexto de objetividad y de verdadero sentido científico positivo, irán recogiendo un cúmulo de material, pero negándose a traer síntesis simplificadoras. El beneficio llegará a convertirse en una verificación de caja, una diferencia económica entre las dos partidas, pero sus causas se podrán reconocer con sabia elasticidad en todas partes, en la explotación de los recursos naturales, en el trabajo, en las vicisitudes del intercambio y así sucesivamente. Se sostendrá que la economía no es susceptible de la enunciación de las leyes científicas, o incluso de hipótesis causales, con el famoso argumento de que está en juego el hecho imponderable de la acción humana, y se querrá

reducirla a una simple estadística. Análogamente, se podrán impugnar las construcciones de la mecánica y de la química, porque tras innumerables observaciones y experiencias, ninguno ha visto nunca la realización pura de la ley de la inercia (que existiría en el absurdo práctico del movimiento perpetuo) o un pedazo de material real, las relaciones de cuyos componentes tradujeran matemáticamente sin errores los datos de la teoría molecular.

En cambio la solución marxista es cristalina: el valor y la riqueza proceden del trabajo y los cambios se efectúan sólo entre equivalentes; la plusvalía no se produce necesariamente donde exista trabajo productivo e intercambios de productos, y no es característica necesaria de una alta división social del trabajo; ésta representa plustrabajo, o sea trabajo no pagado y la condición necesaria para que sea producida es una relación social de fuerza que separa al trabajador del instrumento de producción y del producto, y que lo obliga a alienar su fuerza de trabajo como único medio para procurarse las subsistencias.

La causa y la medida del beneficio capitalista residen en una apropiacion del plustrabajo. Es falsa la tesis de que no pueda existir trabajo productivo si no es donde se produce plusvalía. Marx procede con un método que los críticos vulgares definen como frío análisis del capitalismo exento de aprobación o condena que concluye previendo la ulterior evolución gradual del capitalismo mismo; el mismo hecho de que el *Capital* no sea un manifiesto programático o un memorial de reivindicaciones, les induce a creer que acepta como programa la tolerancia del régimen capitalista y figuren como reivindicaciones satisfactorias y deseables por parte de la clase obrera las medidas legislativas inglesas y de otros países, expuestas al hacer la crónica de las fase del desarrollo burgués y analizadas a fin de demostrar que se comprueba la teoría económica cuya enunciación y demostración es el objeto del autor. El grosero o premeditado equívoco se basa en el hecho de que el libro procede con

método científico, y el método científico aplicado por éste y por la escuela a que ha dado lugar en la economía, la sociología y la historia, consiste en descartar, como faltos de todo valor, todos los preconceptos ideológicos de naturaleza moral. Se trata, en el trabajo de investigación, de aceptar los hechos tal como son, extraer sus leyes y, bajo la guía de éstas, seguir y prever la marcha. No viene al caso decir ahora cómo y por qué esta tarea no contradice en lo más mínimo a la de una intervención activa, no de fuerzas ideales o de individualidades inspiradas y creadoras, sino de colectividades que operan en un campo amplio o estrecho según el sucederse de las situaciones.

Decimos esto porque tenemos aquí un ejemplo de cómo se debe entender y leer la obra de Marx.

El hecho de la plusvalía es investigado primeramente según los métodos de la ciencia experimental en base a una hipótesis que explica y mide bien los datos de hecho comprobados. Por lo tanto, se examina la tesis, recordada ahora, que muestra la plusvalía como inseparable del trabajo productivo. Se la confronta antes con los datos del pasado: no es verdad que, una vez aparecido el trabajo productivo, haya aparecido con él la plusvalía: mientras que el productor permanece en posesión de su instrumento de trabajo, está en condiciones de procurarse las materias primas y sigue siendo dueño de enajenar o no sus propios productos, o en todo caso los enajena en su exclusivo beneficio; trabaja tanto cuanto basta para procurarse las cosas de las que tiene necesidad, o sea, únicamente por el tiempo de trabajo necesario. En los principios de la sociedad, si las fuerzas de trabajo adquiridas son mínimas, también son mínimas las necesidades y especialmente allí donde el clima y la fertilidad del suelo son favorables, el tiempo de trabajo necesario es bajo. Es preciso una intervención de fuerza, que someta los miembros de la sociedad unos a otros para imponer a algunos el trabajar un tiempo suplementario en beneficio ajeno. Si es verdad,

pues, que se necesita un cierto grado de productividad del trabajo para que aparezca el hecho de la plusvalía, no es verdad que ésta tenga su causa inmediata en el trabajo, porque históricamente encontramos ejemplos de trabajo sin plusvalía. Realizada así la confrontación con los datos de la Historia que bastan para desmentir la pretendida y metafísica necesidad de la plusvalía y del beneficio, el tercer punto de la deducción es un corolario evidente; será posible que la plusvalía desaparezca y con ella el capitalismo, conservándose la productividad del trabajo con los formidables incrementos recibidos a través de las varias fases analizadas.

«La eliminación de la forma de producción capitalista permitirá reducir la jornada laborable al trabajo necesario... Dada la intensidad y la fuerza productiva del trabajo, la parte de jornada laborable necesaria para la producción material será mucho más breve, y la parte de tiempo conquistada para la libre actividad mental y social de los individuos será tanto mayor, cuanto más proporcionalmente sea distribuido el trabajo entre todos los miembros de la sociedad capaces de trabajar, y cuanto menos descargue una capa social sobre la espalda de las demás la necesidad natural del trabajo»

No se trata pues de «paños calientes» o de preconizar pequeños cambios secundarios del orden económico, sino que se trata de la posición más radical que pueda pensarse, o sea, de la supresión del capitalismo mismo, quitando de en medio las pretendidas demostraciones de la necesidad e inmanencia social de las bases sobre las que se rige. En otro lugar se trata el punto siguiente, es decir, que tal paso es no sólo posible sino necesario, y en otro punto más, cuando se afrontan problemas no ya únicamente de ciencia sino de acción, será demostrado cómo y con qué fuerzas se ejercerá una acción positiva en tal sentido, cuya exigencia no contradice en ningún modo a la consolidada determinación histórica.

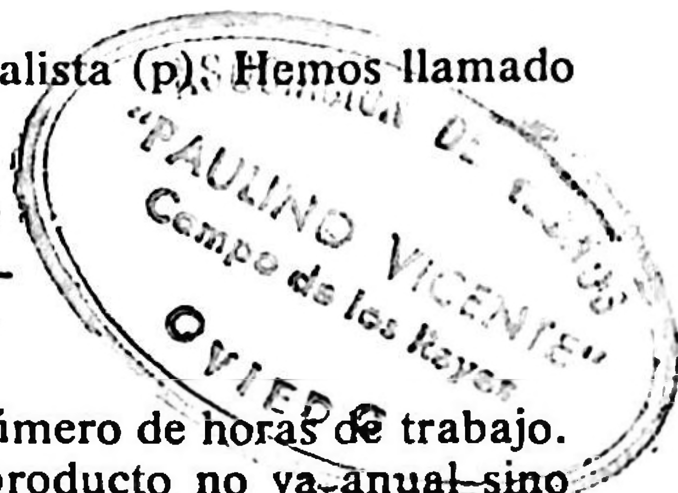
32. Reparto del valor producido por el trabajo entre el capitalista y el asalariado

Ahora que hemos seguido sumaríamente la variación histórica de la duración de la jornada de trabajo y de la productividad técnica de la misma, consideremos cuantitativamente las leyes de estas variaciones. En todo cuanto sigue, consideramos constante el valor del dinero que se asume como medida del valor de cualquier otra mercancía: esto es, suponemos que procurarse un kg. de oro cuesta siempre el mismo tiempo de trabajo medio y que el kg. de oro representa siempre el mismo número de unidad monetaria. Quede así siempre fija, por ejemplo, la equivalencia de una hora de trabajo con 3 liras.

A las cantidades antes consideradas añadámosles una nueva: la *productividad* del trabajo, o sea, su capacidad para producir en la unidad de tiempo más o menos productos. Llamamos a tal cantidad *m* queriendo referirnos con ella al grado de productividad media social del trabajo. Llamamos en cambio *intensidad* del trabajo a su productividad en una empresa determinada, en cuanto pueda ser más o menos alta que la productividad media general, y llamaremos *i* a tal intensidad. Así mientras que la productividad media de una hora de trabajo puede equivaler a *x* gramos de hierro, *y* gramos de algodón, 2 gramos de oro, 3 liras; en cambio, si un obrero en una determinada empresa está en condiciones, por su habilidad o por medios productivos superiores, de producir 2 *x* gramos de hierro, 2 *y* gramos de algodón, etc., o sea 2 horas de trabajo medio, diremos que la intensidad es doble de la media.

Dejando completamente aparte el capital constante cuyo valor se mantiene inalterado en el producto, consideremos la parte de valor de los productos debida al trabajo, compuesta como siempre por el capital variable o gastos salariales o compensación del trabajador (v) y por la

plusvalía o apropiación del capitalista (p). Hemos llamado tasa de plusvalía a la relación.



$$s = \frac{p}{v}$$

Llamemos como siempre *t* al número de horas de trabajo. Llamemos ahora *l* al valor del producto no ya anual sino diario, y prescindamos del capital constante (esto es supongamos: c = O). Tendremos:

$$l = v + p = t \times 3$$

I) (Caso 3.° del cap. XVI) — Varía la duración del trabajo. En vez de *t* horas de trabajo, *t'* horas. El valor de los productos se transformará en: l' = t' X 3. Esto es, se ha variado la suma de las cuotas del asalariado y del capitalista. ¿Cuál habrá sido la variación de cada una de éstas? En general, el salario permanecerá constante, y todo el aumento recaerá sobre la plusvalía (suponiendo que la variación sea un aumento). Sin embargo, en cierto límite, si los trabajadores ofrecen más horas de actividad, consumirán mayores subsistencias y será necesario aumentar los salarios si no se quiere ver disminuida la intensidad y productividad que por ahora suponemos constante.

Por consiguiente, a un aumento de la jornada corresponde un aumento del valor producido, un cierto aumento del salario y un correspondiente aumento de plusvalía.

II) (Caso 2.° del cap. XVI) — Que varíe también la intensidad del trabajo pero las jornada sea constante.

En una determinada empresa, sin prolongar las horas de trabajo, se llega a obtener más productos en el mismo tiempo, de modo que la intensidad del trabajo aumenta. También esta vez obtendremos más productos. No existien-

do razón para que su precio cambie en el mercado, se facturará más, o sea, l' = v' + p'.

Este aumento del conjunto v' + p' debe repartirse entre el salario y la plusvalía. Existirá un cierto aumento de salario porque el trabajador, trabajando el mismo tiempo pero más intensamente, consume más y puede ofrecerse a otros patrones sustituyendo a otro obrero que produzca menos. Sin embargo, si la aumentada intensidad dependiese toda de un secreto de trabajo del capitalista, éste podría dejar también inalterado el salario (v' = v) y pasar toda la diferencia a la plusvalía.

3.º) (Caso 1.º del cap. XVI) Permaneciendo constante la jornada de trabajo y prescindiendo de variaciones particulares de la intensidad, que aumente la productividad media del trabajo en todo el campo productivo.

Como siempre la cantidad de los productos de P se ransforma en P' = zP no obstante ser siempre el resultado le *t* horas de trabajo *medio*. Pero ya que dicha variación por hipótesis afecta a todas las mercancías, comprendidas las materias primas, los instrumentos productivos y las subsistencias, descenderán todos los precios y, con éstos, el de la fuerza trabajo. Todos los precios descenderán en la relación

$$\frac{1}{z}$$

El gasto en salarios se transforma en: $v' = \frac{v}{z}$

Entonces, el resultado de la venta del producto será l' = 1. Por ello, la jornada de trabajo produce mayor producto pero el mismo valor:

$$p' + v' = l' = l = p + v$$

El conjunto de la plusvalía y del salario no ha variado. Pero hemos visto que el salario ha disminuido de v a:

$$v' = \frac{v}{z}$$

Por consiguiente, la plusvalía ha aumentado:

$$p' = l' - v' = l - v' = p + v - v' =$$

$$= p + v - \frac{v}{z} = p + v\left(1 - \frac{1}{z}\right)$$

¿Cómo habrá variado la tasa de plusvalía? Habrá aumentado con mucha más razón, al ser p' mayor que p: v' menor que v. Por lo tanto, disminuye el valor de la fuerza trabajo, crece la plusvalía y su tasa. Esta se transforma en:

$$s' = \frac{p'}{v'} = \frac{p + v\left(1 - \frac{1}{z}\right)}{\frac{v}{z}} =$$

$$= \frac{zp + zv\left(1 - \frac{1}{z}\right)}{v} = \frac{zp}{v} + z\left(1 - \frac{1}{z}\right) = \frac{zp}{v} + z - 1$$

o sea: $s' = zs + z - 1.$

Siendo z — 1 más que la unidad, tenemos que la tasa de plusvalía ha variado más que proporcionalmente a la productividad, porque además de corresponder a la vieja

tasa *s* multiplicada por z, se debe añadir la posterior cantidad positiva (z — 1). El error de Ricardo fue que, no obstante entrever el aumento de la tasa de plusvalía, lo creyó proporcional al aumento de la productividad y a la reducción del salario.

Ejemplo numérico aclaratorio: Puesto el salario *v* en 18 liras, la plusvalía en 12 liras y el producto total en 30 liras (6 horas, 4 horas, 10 horas), que aumente la productividad en un 100%. Obtendremos siempre 30 liras porque mientras que el producto será duplicado, pongamos 20 kg. en vez de 10, el precio será 1,50 en vez de 3 liras el kg. El salario descenderá paralelamente de 18 a 9 liras, la plusvalía aumentará de 12 a 21, o sea crecerá menos del 100%. La tasa de plusvalía era antes de $\frac{12}{18}$ = 66 %, se ransforma ahora $\frac{21}{9}$ = 233 %. La tasa ha aumentado en ıa proporción $\frac{233}{66}$ o sea en el 350%, correspondiente a un aumento de productividad del 100%.

Los tres casos examinados pueden combinarse a placer con variaciones simultáneas de todas las magnitudes (4.° caso).

Cuando, como en el primer caso, los precios generales no cambian, el salario o precio de la fuerza de trabajo no varía más que como consecuencia de un mayor plustrabajo o consumo de fuerza; es decir, es el aumento de la plusvalía la causa de un relativo aumento del salario. Si, en cambio, varían los precios al variar la productividad general, es la variación de los salarios la que causa directamente la variación inversa de la plusvalía. El capitalismo hace que el *crecimiento de la fuerza productiva* no se traduzca en una disminución del *trabajo medio* sino en un aumento de la proporción entre las ganancias de una clase privilegiada y la compensación del trabajo; esto, aparte de los otros enormes «costos» sociales provocados para mantener tal estado de cosas.

33. Ley general de la plusvalía

Para comenzar, recordemos solamente que la expresión exacta que en nuestra teoría designa el salario, o sea la suma de dinero pagada por el capitalista al obrero por una jornada de trabajo, es: precio de la fuerza trabajo, *o sea, valor de la fuerza trabajo*. La economía clásica se afanaba en buscar el valor del trabajo análogamente al de cualquier otra mercancía. Con ello, se cae en el equívoco de definir como valor de la jornada de trabajo el valor transmitido a los productos por la actividad diaria del trabajador. Ahora nosotros sabemos que tal valor, correspondiente al consumo de la mercancía «fuerza de trabajo», es muy superior al valor de aquella (esto es: valor de adquisición, valor de mercado, por lo tanto *precio* de esa fuerza de trabajo).

En vano se trató de resolver la contradicción huyendo de la constatación de que existe una parte de trabajo no pagado, refiriéndose a las posibles oscilaciones del precio del salario análogas a las oscilaciones de cualquier otro precio por efecto de la oferta y la demanda. Semejante ley provoca mayores o menores oscilaciones respecto a una cantidad media que es el valor de cambio. Admitido que la abundancia de una mercancía con respecto a la necesidad de ella obligue a los incautos o desgraciados productores a

venderla a precio rebajado, tal fenómeno acompañado de la reducción de la producción, o bien el fenómeno inverso, son fenómenos que vuelven a conducir al equilibrio y es precisamente la *cifra de equilibrio* del precio lo que llamamos valor y lo que tratamos de explicar.

Lo mismo para la mercancía fuerza de trabajo y para el salario. Independientemente del juego de la oferta y la demanda (como independientemente de ulteriores fenómenos a estudiar, como sería la resistencia sindical obrera y patronal), en régimen de equilibrio este salario está *siempre* fuertemente por debajo de la cantidad de valor suministrado por el trabajo. En vano, pues, la economía clásica trata de hacer creer que en toda adquisición en el mercado pueda existir un beneficio (sobreprecio) y así ocasionalmente en la adquisición de la fuerza de trabajo, permaneciendo la plusvalía como un producto milagroso del capital. Bajo la guía de estas directivas generales, pueden estudiarse las diferentes formas de salario (pagas horarias o a destajo), las oscilaciones de los salarios de país a país y de época a época (capítulos XVII — XX).

Ley general

Como conclusión del primer estudio sobre el procedimiento de la producción capitalista desarrollado en los apuntes precedentes, recordaremos otra vez la expresión de la ley fundamental descubierta por Marx.

$$\frac{p}{v} = s = \text{Tasa de plusvalía} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{capital variable}} =$$

$$= \frac{\text{plusvalía}}{\text{valor de la fuerza trabajo}} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}} = \frac{\text{tiempo de plustrabajo}}{\text{tiempo de trabajo necesario}}$$

«El capital no es solamente el poder disponer del trabajo; es esencialmente el poder disponer de trabajo no retribuido. Toda plusvalía, bajo cualquier forma particular de beneficio, interés, renta etc., que se cristalice a continuación, es por esencia materialización de tiempo de trabajo no pagado».

«El misterio de la autovalorización del capital se resuelve en su poder de disponer de una determinada cantidad de trabajo ajeno no retribuido».

SECCION VII

A— LA ACUMULACION DEL CAPITAL

34. Reproducción del capital

El proceso capitalista se realiza en tres fases: la primera se efectúa en el mercado, conversión del dinero en mercancías de producción y fuerza de trabajo; la segunda es la producción propiamente dicha. La tercera, que se desenvuelve también en el mercado, es la transformación de los productos obtenidos en dinero. El conjunto de estas fases, que se repite indefinidamente, se llama circulación del capital (como ya hablamos de circulación de las mercancías y de la circulación del dinero).

A través de este proceso, vuelve a las manos del capitalista el capital primitivo más una plusvalía. Esta puede tener distintos destinos. Ante todo, en determinados casos, el capitalista empresario debe dividirlo con otros capitalistas, con el propietario inmobiliario, etc. En segundo lugar, la plusvalía puede ser o consumida por el capitalista o empleada de nuevo como capital.

Por ahora se hablará simplemente de la acumulación del capital, o sea de su formación inicial, de su conservación y de su crecimiento por medio de parte de la plusvalía. Llamamos *acumulación originaria o primitiva* a la primera formación del capital; *reproducción simple*, su conservación en cantidad constante; *reproducción progresiva o ampliada* a su continuo incremento por añadírsele parte de plusvalía.

35. Reproducción simple

Supongamos que el capitalista emplee como fondo de consumo personal y para su propia familia toda la plusvalía suministrada en cada acto de circulación, volviendo a adquirir medios de producción y fuerza trabajo siempre en la misma cantidad. Se dice entonces que éste vive con la *renta* de su propio capital (aunque con la palabra renta se indique a veces el total de la plusvalía, aunque no sea consumida toda por el capitalista).

Suele decirse que el capitalista ha anticipado los gastos para la producción y entre éstos el salario que permite a los obreros vivir y conservar sus propias fuerzas de trabajo. Pero el gasto salarial o capital variable no es más que un aspecto histórico particular del llamado fondo de mantenimiento del trabajo que en todo sistema económico asegura la perpetuación de la producción. Esto, aún siendo una necesidad social, se hacía en formas no aún capitalistas, como por ejemplo el pequeño campesino o el artesano, el cual trabajaba cada día lo suficiente para disponer de los productos necesarios para su mantenimiento. En realidad, el capital, habiendo separado a los trabajadores de los medios de producción, se apodera de todos sus productos y no sólo no anticipa, sino que les devuelve, cumplido el ciclo, sólo una parte de los productos mismos, convirtiendo la otra en plusvalía. Cuando nosotros consideramos la circulación del capital en el caso de la reproducción simple, y cuando haya alcanzado un régimen constante, desaparece cualquier anticipación que pueda ser alegada por teorías morales o jurídicas, como justificación de la plusvalía.

Cierto que si, en vez del régimen ya establecido, consideramos el período inicial, debe ser constatada una anticipación de valor. Esta debía representar trabajo sin plusvalía; se afirma, que consiste en trabajo de los mismos capitalistas en otros tiempos. Se puede aceptar esta explicación, de momento, hasta que hablemos de la acumulación primitiva.

Supongamos un capital de 100 liras que dé en cada ciclo una plusvalía de 20 liras. Admitido que las 100 liras representen trabajo del capitalista y su derecho a consumir otro tanto sin que se hable de plusvalía surgida por trabajo ajeno no pagado, se explica a continuación como puede el capitalista, repitiendo cinco ciclos productivos, transformar en renta cinco veces la plusvalía de 20 liras. Este habría entonces consumido sus primitivas 100 liras de valor de trabajo. Pero después de dicho consumo no sólo subsisten aún las 100 liras de capital que él podría consumir a su capricho, sino que además éstas son susceptibles de producir indefinidamente otra plusvalía. Por lo tanto, admitido que las 100 liras hayan sido efectivamente anticipadas una vez como trabajo suministrado o consumo ahorrado por el capitalista, ello no explica porqué tal anticipo sea retirado no ya solo una vez, sino dos, tres, cuatro, mil y en teoría infinitas veces. Por consiguiente, la anticipación, en cuanto implica una restitución, no puede explicar el hecho de la plusvalía.

En otros términos, la simple reproducción, por poco que el capitalista quiera consumir, basta para transformar antes o después cualquier capital anticipado en capital acumulado. Por tanto, todo el capital es plusvalía capitalizada, como toda la plusvalía es trabajo no pagado. El trabajo inicial de los miembros de la clase capitalista, si se quiere admitirlo, está cubierto por las pocas primeras anualidades de renta (plusvalía dedicada al consumo). El mecanismo capitalista, creador de plusvalía, no ha surgido, pues, por el simple hecho de que alguno ha conseguido trabajar y no consumir. Otra cosa muy diferente ha hecho falta para que se iniciara la producción de plusvalía; ha sido necesaria la separación forzada del trabajador de los medios de producción y de los productos, que le obligó a transformarse en asalariado. La pretendida transformación del trabajador artesano, vinculado por mil reglamentos medievales, en trabajador libre de contratar la venta de su fuerza de

trabajo, significa en realidad una condición del dominio de la clase capitalista sobre la clase obrera, expresión a la que nosotros damos un significado material en cuanto produce una sustracción material de trabajo y de producción, como cualquier otra forma histórica de apropiación de plustrabajo. En la reproducción simple, el capital se reproduce a sí mismo pero sobre todo, el dejar al obrero sólo cuanto basta para su estricta subsistencia y el excluirle, salvo casos excepcionalísimos, de la posibilidad de acumular y anticipar a su vez trabajo y valor, reproduce, o sea conserva y defiende (sólo con el hecho de la simple reproducción, y con el respeto de las leyes estatales que garantizan el intercambio entre poseedores privados, dejando teóricamente a todos igual derecho) las relaciones sociales de fuerza propias del régimen capitalista.

36. Reproducción progresiva, o ampliada

Si en vez de gastar la plusvalía, se la emplea añadiéndola al capital, se tiene un capital aumentado que dará una plusvalía mayor. Si, por ejemplo, se han anticipado en un ciclo productivo 250 mil liras de las cuales 200 mil son de capital constante y 50 mil de salarios, y si la tasa de plusvalía es del 100% se obtendrán 50 mil liras de plusvalía y el capital ascenderá a 300 mil liras. Empleándolo en otro ciclo, el capital variable será de 50 mil liras y de otras tantas la nueva plusvalía. La próxima vez, el capital podrá ser de 350 mil liras y así sucesivamente.

Generalmente por eso es necesario preguntarse, pasando a examinar el cuadro total de la producción, cómo podrá convertirse en capital la plusvalía realizada en dinero, debiendo para ello encontrarse en el mercado fuerzas de trabajo adicionales y materias primas e instrumentos elaborados en otros actos productivos. En cuanto a la primera exigencia, hemos visto ya cómo el mecanismo capitalista

asegura la producción y el incremento numérico de los trabajadores. En cuanto a los productos aptos para convertirse en capital (esto es, no destinados ni al consumo de los capitalistas ni a las subsistencias de los trabajadores) es necesario que figuren como excedentes en la producción total. Consideremos, para mayor claridad, el período de un año: esta producción total relativa debe componerse así: una parte que reconstituye intacto el capital constante (c), una parte que representa subsistencias intercambiadas por la suma de los salarios o capital variable (v), y por último, la plusvalía (p) o *producto neto*. De éste, una parte se destina al consumo personal de los capitalistas, otra parte, que debe poder transformarse en capital, debe haber sido realizada materialmente en subsistencias adicionales, en materias primas por trabajar, en instrumentos de trabajo y máquinas.

Así si las 250 mil liras fueran todo el capital original, 200 mil liras de productos formarían de nuevo el capital constante; 50.000 serían subsistencias (salarios). Si de las 50.000 liras de plusvalía, 10.000 fueran consumidas por los capitalistas, 40.000 irían a formar nuevo capital, a condición de que del producto total anual del valor de 300.000 liras, existieran materialmente 30 mil liras de medios productivos y 10.000 de subsistencias de más.

Si se pregunta de dónde ha sacado el capitalista las primitivas 250.000 liras, se responde que vienen de su trabajo o del de sus antepasados. Admitido esto por un momento, las cosas no cambian sin embargo para el capital adicional de 40.000. Este no es más que plusvalía, o sea, trabajo no pagado y las mismas fuerzas de trabajo y los medios de producción en los cuales se invertirán las 40.000, son extraídos del producto neto, es decir, de cuanto queda previa restitución al capital de todos sus *anticipos*, por consiguiente, de la plusvalía y del trabajo quitado sin resarcimiento a la clase obrera.

Hemos llegado a la conclusión de que cuanto más trabajo

no pagado ha tomado el capital tanto más tomará. Esto parece contradecir la ley fundamental del intercambio entre equivalentes, que exigiría la fórmula opuesta: cuanto más se ha tomado, más se debe restituir. Es inútil señalar que la solución de la contradicción está en el descubrimiento de la plusvalía, por la que la especial mercancía trabajo, *intercambiada* a su valor, da a quien la *usa* un valor superior.

Esto explica por qué el mismo derecho de propiedad regula la economía mercantil mientras que cada productor dispone de su producto y lo lleva al mercado, y continúa regulándolo incluso después de que el surgir del capitalismo ha separado al productor de sus productos. Sería un error, pues, creer que la producción mercantil pudiera dejar de desenvolverse en sentido capitalista y que la apropiación de plusvalía pueda cesar conservándose el régimen mercantil de intercambio y de distribución (libre comercio).

Esto porque, solamente a partir del momento en que la fuerza trabajo se transforma en mercancía, la producción mercantil se vuelve dominante en la economía y toda riqueza circula por el mercado. El derecho de la propiedad privada viene a identificarse con el de la apropiación capitalista, no sólo en cuanto es derecho de propiedad privada sobre los medios de producción, sino también en cuanto lo es sobre los objetos de consumo. La frase del texto «es gran ilusión la de algunas escuelas socialistas que se imaginan poder quebrantar el régimen del capital aplicando a éste las eternas leyes de la producción mercantil», tendría necesidad de un largo comentario, si en vez de exponer la teoría y la crítica de la economía capitalista, estuvieramos exponiendo o discutiendo programas sociales. El socialismo no es tan sólo la economía en la que *los medios de producción* se transforman de privados en colectivos, sino que sobre todo es aquella en la cual todos *los productos* son colectivos y colectivamente distribuidos; toda circulación con intercambios de salarios entre particulares es abolida y substituida por un mecanismo distributivo central que,

paralelamente a aquel que distribuye el trabajo entre los productores, hace llegar todos los productos al consumidor inmediato, a menos que no lleve a cabo enseguida la disponibilidad ilimitada (servicios gratuitos de los transportes, teléfonos, correos, electricidad y así sucesivamente con todos los demás consumos).

En la mencionada frase está implícita la condena de todas las escuelas corporativas, sindicalistas, libertarias que preconizan asociaciones autónomas de productores profesionales o locales (corporaciones, sindicato, comunas, cooperativas, etc.) y también de aquéllas que admiten un socialismo centralizado en la producción pero que deja subsistir la distribución mercantil[7].

La parte de renta que el capital consume, le sirve para comprar mercancías, que, evidentemente, son objetos de consumo y no medios de producción. La economía burguesa llama trabajadores improductivos a quienes han producido tales mercancías y trabajadores productivos a los que producen mercancías adquiridas como capital.

Esta ha insistido en recomendar al capitalista consumir poco y acumular mucho: claro es que para la producción capitalista acumular no significa atesorar dinero y mercancía, sino invertir el valor en capital, esto es, en medios productivos. La economía clásica ha sostenido siempre que es carácterística de la acumulación el hacer consumir el producto neto (plusvalía) por trabajadores productivos, más que improductivos.

Es errónea, sin embargo, la tesis de Smith y Ricardo según la cual todo el producto neto destinado a acumula-

---

(7) Este párrafo contenido en la redacción original de este trabajo de hace veinte años, basta para mostrar la sustancial identidad de nuestra crítica a las soluciones económicas «constructivas» viejas, nuevas y novísimas de cristiano-sociales, mazzinianos, fascistas, nacional-comunistas, estalinianos y marshallianos.(*)

(*) Recuérdese que las notas que acompañan al texto fueron redactadas por Bordiga en los años 1947-1950. (N.d.T.)

ción es consumido por los trabajadores productivos. Esto querría decir que toda la plusvalía es anticipada como gasto de salarios; hemos visto en cambio que es preciso anticipar la parte como capital constante y parte como capital salarios. Es verdad que también la parte de producto neto invertida en materias primas corresponde a productos de otras elaboraciones que contienen otra parte de capital salarios; pero entonces éstas contienen también otra parte de plusvalía consumida por otros capitalistas.

No se puede, pues, admitir a los capitalistas como buena la tesis de que «toda parte de producto neto destinado a capital es consumido por los trabajadores».

Ni tampoco se trata de intentar reproducir el cuadro general de la circulación de la riqueza, problema complejo y sobremanera difícil.

Llamamos magnitud de la acumulación a la relación entre la parte de plusvalía acumulada como capital y la destinada al consumo del capitalista. Por otra parte, e acumular parte de la plusvalía es una necesidad que e capitalista no puede eludir porque es una necesidad de mismo capital personificado en él y de la competencia de las empresas rivales. Los primeros capitalistas predicaban, pues, enérgicamente la *abstinencia* de un excesivo consumo personal que retrajera capital de la acumulación.

Sin embargo, por efecto de la acumulación misma y del crecido volumen de la plusvalía los capitalistas se permitieron copnsumir cada vez más.

El concepto de la abstinencia se elevó a teoría, pretendiéndose hacer pasar todo capital como valor que el capitalista se ha abstenido de consumir, y toda acumulación como producto de la abstinencia capitalista. Para responder a esta objeción que demostraría como necesaria la existencia del capitalista si se quiere obtener el incremento de la riqueza social, se muestra, ante todo históricamente, que sociedades precapitalistas mostraban la reproducción simple e incluso aquella ampliada sin que existiera plusvalía

capitalista y acumulación de capital, como en las Indias, donde los campesinos eran pequeños propietarios autónomos que pagaban un tributo anual a los señores locales.

También en una economía de este género una parte del producto se dirige hacia producciones nuevas y más grandes, sin que intervenga el capitalista, absteniéndose de comerla.

Tal razonamiento se completa (aun cuando esto no está explícito en el texto) con la conclusión: se podrá muy bien destinar parte del producto social (para fijar las ideas, pongamos el 20%) a medios de producción adicionales, sin ninguna necesidad de atribuirle una cantidad bastante superior (pongamos el 40% al capitalista), porque éste crea tener mérito de haberse abstenido de consumir la parte primitiva, no obstante consumir libremente la diferencia.

17. Variaciones de magnitud de la acumulación

Admitido que se consuma una parte proporcional siempre constante de plusvalía y el resto se capitalice (por ejemplo el 20% y el 80%, respectivamente) la cantidad del capital acumulado dependerá de la cantidad o masa de plusvalía. Influyen, pues, sobre la cantidad de la acumulación las mismas causas. que influyen sobre la cantidad de plusvalía. Estas causas ya han sido examinadas. Siempre, a igualdad del valor de dinero, etc. dichas causas son:

a) *Grado de explotación* de la fuerza obrera o bien tasa de plusvalía, o bien relación entre plustrabajo y trabajo necesario. Observemos a este propósito que, dado el caso de que el capitalista llegue a aumentar la plusvalía (disminuyendo el salario o prolongando la jornada) éste no se verá obligado, para aumentar la fuerza de trabajo empleada, a aumentar al mismo tiempo el capital constante, como sucedería si, no pudiendo modificar la plusvalía, alistara

nuevos obreros en las mismas condiciones que los viejos. Por lo tanto, todo el aumento de capital, generará aumento de producto neto, de plusvalía, de acumulación.

Si la explotación del trabajo comenzara en las industrias extractivas y mineras, que no tienen necesidad de materias primas, la intensificada explotación de la fuerza de trabajo ofrecerá mayor ímpetu a la acumulación. En la agricultura, el efecto es casi análogo, aparte de la necesidad de invertir capital en abonos, por otra parte suministrados hoy por industrias químicas o extractivas. Finalmente, en las manufacturas o en las fábricas, el aumento del gasto en trabajo no presupone, cuando proceda de plusvalía aumentada, aumento de capital constante en instalaciones, sino sólo en adquisición de materias primas, y si éstas provienen del aumentado margen de producto neto de las industrias extractivas y de la agricultura, tendremos como resultado final un impulso poderoso de la acumulación.

b) *Productividad del trabajo.* El aumento de productividad del trabajo origina, como hemos mostrado, aunque no cambie la jornada de trabajo, un aumento de plusvalía. Además, si el valor total del producto no cambia, varía su cantidad material, resultando que a la misma cifra de dinero corresponde más valor de uso y satisfacción de mayores necesidades. Por un lado, tenemos pues, que, crecida la plusvalía crece la acumulación; por otro, una renta menor puede satisfacer las mismas necesidades del capitalista; éste puede, pues, aumentar el porcentaje de capitalización. El nuevo capital acumulado nominalmente conserva el mismo valor pero representa mayor masa de productos, ya sean éstos materias primas, instrumentos o subsistencias destinadas a compensar al trabajador. De aquí, la mayor potencia acumuladora de este capital.

Llamando capital *adicional* al derivado de la plusvalía, tenemos que debido a los progresos científicos y técnicos, la parte de éste invertida en instrumentos de trabajo (instala-

ciones, máquinas) se concreta en tipos más eficientes que los correspondientes al antiguo capital. Este resulta con ello depreciado, pero ya que es preciso renovarlo periódicamente y tal anticipación está ya prevista en todas nuestras deducciones y cálculos, éste es muy pronto renovado.

Menos sensible aún es tal fenómeno para las materias primas, cuyo consumo y renovación es anual si provienen de la agricultura, y por lo general mucho más rápido si provienen de la industria. La química, al descubrir cada vez nuevas materias útiles, algunas de las cuales eran desechos o no-valores, las transforma en elementos adicionales para la acumulación. A medida, pues, que la potencia del trabajo favorece una acumulación acelerada, ésta conserva y vigoriza un primitivo valor capital. Tal propiedad inherente al trabajo humano socialmente dividido y a las conquistas de la ciencia, se presenta falsamente como un atributo del capital que justifica la incesante apropiación de plustrabajo[8].

c) *Relación entre el consumo del capital-instalaciones y su importancia*. Está claro que el capital invertido en instalaciones (fábricas, carreteras, puentes, ferrocarriles, máquinas, naves, mejoras territoriales, canales, instalaciones eléctricas, etc., etc.,) aumenta continuamente, mientras que tiende a disminuir la producción del que se consume, pongamos, en un año. Ese valor enorme, mantenido con esfuerzos relativamente leves, equivale a un servicio gratuito proporcionado por el trabajo de las generaciones pasadas. Mientras que el sentido de este proceso debería hacer entrever la tendencia a la satisfacción de todas las necesida-

(8) Las enormes posibilidades sociales que abre la utilización de las diferentes formas de energía natural, térmica y mecánica, de la energía infratómica, también son absorvidas en el remolino de la acumulación capitalista, bajo las fórmulas del despiadado control y monopolio que llega hasta la esclavización y deshumanización del físico descubridor y experimentador, y de todos cuántos trabajan en el nuevo campo.

des con un mínimo de trabajo social, tal contribución es atribuida por la economía oficial no al trabajo pasado, sino al capital actual, para el cual la plusvalía (beneficio o interés) aparecería como compensación no ya de la abstinencia, sino del trabajo de otros tiempos. Está claro, en cambio, que todos estos procesos de incremento de la riqueza colectiva no son condicionados sino más bien, a partir de una determinada época histórica que estamos viviendo, gravemente obstaculizados por el sistema capitalista.

d) *Magnitud del capital anticipado.* Otra causa que influye sobre la acumulación a igualdad de tasa de plusvalía, es la cantidad del capital anticipado que determina una plusvalía y acumulación correspondiente.

Todas estas causas de acumulación no actúan, pues, d modo uniforme sino con ritmo creciente y acelerado (anál gamente al crecimiento de los intereses compuestos). L línea que puede dar un diagrama de la intensidad d capitalismo no es una recta sino una curva que se dobla cada vez más hacia arriba hasta tender a la dirección vertical. Esto da una idea del hecho de que el capitalismo no puede tener duración indefinida sino que corre con ritmo acelerado hacia su fin.

38. Teoría del pretendido fondo de los salarios

Algunos economistas burgueses pretendían que, si bien la masa total del capital varía, aumentando continuamente, queda constante la fracción de éste que se invierte en subsistencias de los trabajadores, existiendo un límite casi natural (!) por el cual, a pesar de su esfuerzo, los trabajadores no pueden más que disputarse entre ellos este total. Dicha teoría no merece ninguna crítica, siendo sin más

desmentida por los mismos datos de hecho del sistema capitalista.

39. Ley general de la acumulación capitalista

Sabemos que el capital se compone de una parte constante (valor de los medios de producción) y de una parte variable (suma de los salarios). Le llamaremos a esto «composición respecto al valor» o composición orgánica, y «composición técnica» a la división material en medios de producción y en fuerza obrera. Aunque la composición de los capitales varíe mucho según los tipos de industria y varíe también de empresa en empresa de la misma industria, se puede hablar de composición media del capital social refiriéndose a la proporción entre todo el capital variable y todo el capital constante (en un país o en todo el mundo capitalista).

La acumulación hace aumentar continuamente el capital, tanto por la parte constante como por la variable. Aumenta, pues, el gasto total de salarios y ello —exigiendo mayor número de trabajadores— da lugar a la llamada demanda de trabajo. Cada año trabaja un número mayor de asalariados que el precedente. Pero el número de asalariados disponibles u *oferta de trabajo* no es ilimitado, y esto generalmente produce una elevación del nivel de los salarios. De aquí la ley general: *la acumulación tiende a hacer subir el nivel de los salarios*.

Este punto importantísimo exige algunas observaciones. Ante todo, mientras que no nos hemos ocupado todavía del juego de la oferta y la demanda respecto a una mercancía cualquiera, se podría preguntar por qué la consideramos respecto a la fuerza trabajo. Ahora, si es verdad que el precio de una mercancía, en cuanto escasea en el mercado, crece por efecto de la competencia entre muchos compradores que la necesitan, y viceversa, tal fenómeno tiene igual

probabilidad de suceder en un sentido y en otro y es equilibrado bastante fácilmente por la elasticidad de la producción y de la moderna eficiencia de los medios de transporte.

El diagrama de los precios de una mercancía oscila por encima y por debajo de una «línea de compensación» que nosotros consideramos como representante del valor. Muy diferente es el caso de la fuerza de trabajo. Ante todo, su precio-salario, aunque oscile en torno al valor determinado por la suma de las subsistencias, tiene la posibilidad teórica de subir durante todo el espacio del plustrabajo, quedándole al consumidor y al que demanda tal mercancía, el capitalista, un margen de beneficios representado por la plusvalía mayor o menor. Por consiguiente, el subir el salario no significa pagar un premio en pura pérdida porque una mercancía necesaria escasea, sino sólo sufrir para no perder todo el beneficio, una relativa disminució del mismo. Además no es cosa fácil equilibrar el exceso defecto de fuerza de trabajo como el de una mercancí material, al tratarse de un número mayor o menor de hombres aptos para el trabajo que depende de circunstancias en parte no controlables. Por lo tanto, la posibilidad de oscilaciones del salario es de muy diferente importancia económica que la de cualquier otro precio de la lista.

En segundo lugar no debe sorprender la constatación de que el desarrollo general del capitalismo funcione en el sentido de la acumulación y de la elevación de los salarios. Esto ha sucedido históricamente desde principios del siglo XV hasta la época de nuestro texto y ha continuado sucediendo después, pretendiéndose por críticos ignorantes que ello desmienta las leyes de la doctrina que exponemos. Estos confunden de hecho un movimiento de disminución de los salarios, que Marx nunca ha teorizado, con la doctrina de la miseria progresiva la cual se refiere a la sucesiva expropiación de artesanos, pequeños rentistas, pequeños propietarios y pequeños capitalistas y también a

la caída de categorías de obreros no especializados (*unskilled workers*) en un subproletariado.

El aumento de los salarios estaba formalmente previsto, pues, pero otros polemistas y deformadores han querido afirmar que tal fenómeno significa la evolución del capitalismo en el sentido de hacerse más tolerable y civilizado. Dicha tendenciosa tesis está también en contradicción con el texto: «las circunstancias más o menos favorables en que los asalariados se conservan y se reproducen no cambia sin embargo en nada el carácter fundamental de la producción capitalista». Esto queda explicado con decir que la reproducción simple dejaría inalterada la relación social entre capital y salario y los términos de éste; la acumulación aumenta ambos términos en las mismas proporciones; da lugar a más capital y a una clase capitalista más potente. Así como a mayor masa de salario y a un proletariado más numeroso, por lo que la relación de los dos términos sigue siendo la misma y el mismo su contraste. Al acumularse, el capital hace acumularse al proletariado. Restablecida la interpretación justa no viene al caso proseguir el análisis de la cuestión de si las condiciones de la lucha social sean bien o mal influidas por un tratamiento peor de los trabajadores. Sin un régimen muy deprimido se hace intolerable y prepara una explosión, una mayor esfera de necesidades para la clase obrera en el momento en que el capitalismo revela bruscamente su incapacidad de satisfacerla ulteriormente, puede producir una contrarreacción más profunda y más eficaz.

40. Variación de la composición del capital. Concentración Centralización

Se efectúa pues un juego entre la demanda de trabajo del nuevo capital acumulado y la oferta de trabajo limitada por el número de la población, de cuyo seno salen los obreros.

El capital, con su triunfo político en la revolución burguesa, tiende a lanzar brazos al mercado del trabajo para pagarle menos. Este «libera» por ello a los siervos de la gleba y propugna el aumento de la población. Las castas feudales y aristocráticas que frenan tal movimiento encuentran representantes en la oligarquía territorial inglesa centro de la lucha contra la revolución francesa. Representante de aquélla es Malthus el cual, haciendo ostentación de piedad por la miseria de los innumerables trabajadores, obligados a repartirse en porciones cada vez más pequeñas el capital-salario disponible, pero atacando al capitalismo desde un lado reaccionario y diametralmente opuesto al de Marx, predica que mientras que los medios de subsistencia crecen en progresión aritmética, la población tiende a crecer en proporción geométrica lo que provoca cada ve mayor miseria. El remedio preconizado es la abstenci sexual para limitar los nacimientos. No es necesario dec que en cambio, según nuestra escuela, el aumento de población es compensado por el aumento de la potencia productiva social, pero que ésta debe ser desvinculada del dominio del capitalismo para que pueda satisfacer racionalmente las necesidades de todos.

Por consiguiente, se da un movimiento de mejora del salario, pero ello «no destruye las cadenas del asalariado». Además, tal movimiento general no es continuo y sin sacudidas. Incluso cuando los salarios siguen aumentando por la acumulación de capitales cada vez más grandes, aun reduciéndose la tasa de beneficio, no por ello disminuye la acumulación y el aumento de la potencia capitalista. Puede suceder, sin embargo, que el aumento de los salarios sea tal que desaliente a nuevas inversiones de capital y disminuya la acumulación. Se establece así el equilibrio, ya que los salarios vuelven a disminuir relativamente y la acumulación reprende su marcha. Estas oscilaciones son análogas a las «crisis» que atraviesa la producción capitalista. No se crea que estos períodos de desequilibrio dependen de la marcha

de la población; no es la variación de la oferta de trabajo lo que hace variar los salarios e influir sobre la acumulación, sino que es la marcha de la acumulación la que con la demanda de trabajo hace variar el nivel de los salarios y por consiguiente la relación entre el trabajo pagado y el trabajo gratuito de la población obrera disponible. «El aumento del precio del trabajo permanece, pues, confinado dentro de límites que, no sólo dejan intacta la base del sistema capitalista, sino que aseguran también su reproducción a escala creciente». Quien no comprende esto, no comprende el principio mismo y el carácter específico de la producción capitalista (dice dos veces el texto) esto es, que habrá trabajo para el obrero sólo cuando haya plusvalía para el capitalista. Esto basta para mostrar hasta qué punto han sido fieles al texto del que nos ocupamos quienes han calculado la previsión de un aumento gradual de los salarios correspondiente a una disminución gradual de los beneficios y a una eliminación evolucionista del capitalismo.

Al establecer que la acumulación hace elevar el nivel de los salarios, suponíamos que la composición del capital permanecía constante.

En la realidad, no es así ya que, paralelamente al crecimiento de los capitales por efecto de la acumulación, se verifica el progreso técnico en la productividad del trabajo que hace que sean necesarios instrumentos y máquinas más complejas y costosas. Esto es, tiende a crecer la producción del capital constante respecto al variable. El capital constante crece por dos motivos: porque a igualdad de trabajo humano se utilizan máquinas e instalaciones de mayor valor, y porque a igualdad de trabajo, habiéndose producido más, se elaboran más materias primas. Sin embargo, el incremento del capital constante respecto al variable no es tan rápido desde el punto de vista del valor como del técnico.

La acumulación va efectivamente pareja con el incremento de los medios de producción a igualdad de fuerza de

trabajo empleada, pero, mientras que con la acumulación el precio de la fuerza trabajo tiende a crecer, tiende a disminuir en cambio, por haber aumentado la productividad del trabajo, el valor de las máquinas y de las materias primas. El fenómeno en examen queda no anulado sino ralentizado. Además debe notarse que aunque decrezca el capital-salarios en relación al constante, este capital-salarios puede aumentar en magnitud absoluta si ha sido fuerte el aumento de la masa total del capital.

En conclusión, para que exista el tipo específico de producción capitalista, es necesario al principio una cierta acumulación de dinero convertible en capital en las manos de algunos individuos (acumulación primitiva de la que veremos la génesis). Pero si la acumulación genera capitalismo, éste no puede generar más que acumulación, dilatándose cada vez más la proporción de las empresas.

La primitiva formación de capital es la concentración en manos de un individuo no simplemente de una suma de dinero, sino (por medio de ésta) de una suma de medios productivos y subsistencias obreras que antes estaban a disposición, en manera dispersa, de muchos pequeños productores independientes. Por lo tanto, la primera acumulación es una *concentración* de capital. La posterior acumulación provoca más tarde la concentración de los capitales en pocas manos, tendiendo a aumentar cada capital. Sin embargo, junto a esta tendencia de los capitales a crecer, existe otra, en sentido opuesto, a la formación de nuevos pequeños capitales, ya sea porque se repiten los fenómenos de acumulación inicial, o porque con cierta frecuencia grandes capitales se fraccionen, por ejemplo, por herencias.

En un cierto punto del desarrollo del capitalismo, la tendencia a la concentración toma decididamente la delantera respecto a la de la dispersión. Tenemos la fundamental ley de la concentración del capital, no ya en el sentido determinado puramente por la acumulación, sino en un

sentido mucho más relevante en cuanto que centros distintos de acumulación y de concentración se atraen y se reunen entre sí.

He aquí cómo se desarrolla tal fenómeno. Entre capitalista y capitalista se produce la guerra de la competencia a golpes de bajas de precios. Pero el bajo precio se logra, normalmente, aumentando la productividad del trabajo, y ello no puede hacerse dado un cierto grado de explotación de la fuerza obrera, más que perfeccionando y renovando los medios de producción. Esto es posible a condición de que puedan invertirse nuevos grandes capitales. De aquí, el éxito de los grandes capitalistas y la ruina de los pequeños, cuyos capitales intentan primeramente pasar a ramas de producción aún no modernizadas, por consiguiente o se dispersan o pasan a manos de los vencedores. Además, con el capitalismo floreciente puede desarrollarse el crédito, mecanismo que consiente a quien dispone de fuertes capitales, hacer frente a anticipos incluso mayores que el total de los mismos capitales, mientras que no deja tal facultad y tiene bajo presión implacable a los pequeños empresarios. Competencia y crédito concurren en la *centralización* del capital, llamando con dicho término a este segundo fenómeno para distinguirlo de la concentración, efecto inmediato de la acumulación. La concentración se puede efectuar a la misma vez en todas las empresas; la centralización se efectúa en beneficio de algunas y en perjuicio de otras.

La centralización ha permitido hacer surgir gigantescas empresas capitalistas mucho antes de lo que habría podido hacerlo la concentración simple de los capitales individuales. La constitución de sociedades por acciones es una forma de centralización, ya que aquello que indica la madurez del capitalismo es la reunión técnica de grandes masas de medios productivos y no la reunión jurídica de grandes valores en las manos de un solo particular, fenómeno ofrecido abundantemente también por otras

economías (Ciro, Craso, India, etc.). La alusión a las sociedades por acciones está en el texto y muestra de qué puede servir la banal crítica de que la difusión de las sociedades por acciones sea un mentís a la teoría de la centralización.

La centralización, de cualquier modo que se lleve a cabo, acelera la reproducción del capital en nuevas inversiones y perfeccionamientos productivos. Paralelamente, prosigue el fenómeno aludido del crecimiento del capital constante en relación con el variable, de modo que si la demanda de trabajo aumenta por una parte debido a que también lo hace la masa total del capital, por otra tiende a disminuir porque disminuye la proporción del capital-salarios con el total, no sólo por los nuevos capitales invertidos en instalaciones más modernas, sino también por los viejos que no tardan en ponerse al corriente de tales innovaciones.

41. Excedente de población obrera o «ejército industrial de reserva»

Expuesta la cuestión del aumento del capital acompañado de la disminución de la relación de la parte variable con la constante, nos preguntamos si el capital variable en cantidad absoluta, y con éste la demanda de trabajo, tienden a aumentar o a disminuir. En general, el cambio de la composición del capital puede conseguir que exista aumento, que se estacione o que disminuya el fondo de salarios.

El fenómeno puede asumir diversos aspectos en los diferentes ramos de la industria, como puede efectuarse una compensación de la demanda de trabajo entre ellos. Hablando de la introducción del maquinismo hemos examinado ya una cuestión de este género. En una empresa, es introducida la máquina despidiendo a un cierto número de obreros, por lo tanto se tendría una disminución de la

demanda de trabajo. Pero el análisis no queda aquí. Las máquinas, para ser fabricadas, precisan de mano de obra; además, con las máquinas se trabajan más materias primas, originando solicitud de trabajo en industrias de otros ramos. Es verdad que el maquinismo conquista poco a poco también éstas, pero el aumento general de la productividad del trabajo permite la obtención de productos y subsistencias más baratas, disponibilidad de mayor plusvalía y, por lo tanto, nuevas inversiones de capitales. En conclusión, la tendencia general es el aumento del número de asalariados, debido al progreso de la acumulación, y capas cada vez más amplias de la población pasan a engrosar la clase obrera industrial.

Dicho desarrollo, sin embargo, no es en absoluto continuo. Cuando el excesivo deseo de invertir plusvalía en nuevas empresas ha hecho crecer al máximo el número de obreros, los productos se vuelven superabundantes. Apenas encuentra dificultad su distribución al no ser ya éstos solicitados por el consumo, se producen las llamadas crisis de *superproducción*. Grandes masas de mercancías quedan sin vender, los capitalistas reducen o paran la actividad de sus talleres y un gran número de obreros es despedido. Para salir de la crisis, el capitalismo se esfuerza en producir a más bajo costo, utilizando al máximo todos los perfeccionamientos técnicos. A la salida de la crisis, se ha establecido una cierta relación, más baja que la precedente, entre capital variable y capital total. Recomienzan la producción y la acumulación y, con el aumento del capital total, por un cierto tiempo aumenta también el capital-salarios y la demanda de trabajo. Durante este intervalo normal, el número de asalariados vuelve a aumentar y demanda y oferta de trabajo están equilibradas al poco tiempo. Pero no tarda en acercarse otra crisis, de forma que los obreros atraídos en número cada vez mayor son bruscamente despedidos. La sucesión de estas alternativas y la creación de este excedente de asalariados respecto a la exigencia del

capital acumulado, caracteriza la producción capitalista. Los economistas han interpretado de diversas formas este proceso, creyendo encontrar las causas en el aumento de la población y formulando las famosas leyes de población.

La verdadera ley de población de la época capitalista es, sin embargo, sólo ésta: que la acumulación del capital, produciendo un excedente de población obrera o un ejército industrial de reserva, crea una posterior condición de existencia y de desarrollo del capitalismo mismo. Esta reserva se utiliza sucesivamente en los períodos de producción creciente, y, por lo tanto, al estallar la crisis, es desechada. La sucesión de estas crisis se ha presentado durante el siglo XIX en períodos de 10 — 11 años aproximadamente, con tendencia a acortamiento de los períodos.

Señalemos solamente que la Primera Guerra Mundial aunque, a su vez, fue un efecto de la carrera hacia la superproducción industrial, que se esforzaba en evitar la crisis volcándose sobre los mercados exteriores y coloniales («El imperialismo como más reciente fase del capitalismo»), ha representado tanto la explosión de la crisis como el medio de engullir una pletórica actividad industrial. Sus consecuencias fueron una sucesión de crisis parciales hasta el punto de una crisis general más profunda[9].

Es constante preocupación del capitalismo y de sus teóricos la de la formación y conservación del ejército industrial de reserva favorecida al lanzar al trabajo artesanos, campesinos, mujeres, adolescentes, negros, chinos,

(9) Para la Segunda Guerra Mundial, baste notar que ha acentuado sus consecuencias económicas, no sólo en las destrucciones por hechos militares extendidas mucho más allá de los frentes de batalla, sino también en el sistemático desmantelamiento industrial de países vencidos y ocupados. Se abre, pues, una nueva carrera mundial de reacumulación, se forma un gigantesco ejército de reserva de hambrientos, se encubre esta forma máxima de barbarie con la apología de la «reconstrucción» de la que Atila o Gengis Kan se habrían avergonzado.

etc., o bien por la campaña para la intensa prolificación de los trabajadores indígenas. Hasta el reaccionario Malthus se preocupaba por la excesiva reducción de los nacimientos en el seno del proletariado en un país industrial.

No es pues, posible hacer depender el movimiento del capital y la tasa del salario del aumento de las cifras absolutas de la población como pretenden los economistas burgueses.

Estos creían que el nivel de los salarios dependía de la oferta de trabajo correspondiente al crecimiento de las generaciones sucesivas y que la disminución de los salarios, una vez que el capital no podía ocupar ya todos los brazos, diezmara con las privaciones al proletariado reduciendo su fecundidad.

En cambio las variaciones demográficas son fenómenos de arga repercusión a la larga respecto a los frecuentes cambios lel nivel de los salarios que como hemos dicho dependen de a expansión y contracción de la actividad del capital.

En conclusión es absurdo esperar que la solución de las crisis y de las contradicciones del capitalismo pueda surgir del juego de la providencial ley de la oferta y la demanda aplicada al salario. El juego del fenómeno funciona siempre en ventaja de la clase capitalista.

Naturalmente los economistas burgueses han denunciado con escándalo a la violación de la sagrada ley de la oferta y la demanda en cuanto los trabajadores, por medio de la organización económica, han tratado de atenuar los efectos de la recíproca competencia realizando la acción común entre aquellos que tienen trabajo y los que no lo tienen.

No es este el lugar de mostrar que, sin embargo, tampoco la organización sindical puede impedir el desarrollo general del capitalismo ni superar sus principios. Su importancia está en atraer al movimiento de clase a capas cada vez más amplias, según otro texto bien conocido.

42. Formas del excedente de población obrera

El texto llama forma *fluctuante* a aquella en la que los trabajadores excedentes, rechazados por el perfeccionamiento técnico de los talleres, son absorbidos de nuevo por la aumentada potencialidad y producción de éstos. Llama forma *latente* aquella por la que, en las zonas rurales, los perfeccionamientos técnicos dejan disponibles a un gran número de trabajadores que están obligados a volcarse en las ciudades, ofreciéndose a los patrones industriales (fenómeno del urbanismo). Llama forma *estancante* a aquella por la que se forma un exceso en el número de los trabajadores tanto en la industria como en la agricultura, rechazados por los perfeccionamientos y que se ofrecen para trabajos con alto grado de explotación como el llamado trabajo a domicilio (*sweating system*). Por último, el residuo final del excedente de población obrera constituye el pauperismo, que no hay que confundir aún con los vagabundos, delincuentes, mendigos, prostitutas, que constituye las capas no trabajadoras (hampa, mafia, etc.) que tienen gran importancia numérica sobre todo en las modernas metrópolis. Volviendo a la parte del excedente obrero pauperizado, ésta comprende tres categorías: obreros aptos para trabajar pero desocupados, huérfanos e hijos de asistidos por la caridad pública (estas dos categorías están a disposición del capitalismo para entrar de nuevo en servicio activo en los momentos de gran demanda) y por último, los obreros que por edad, invalidez o superación de su oficio quedan inhabilitados para siempre.

Por lo tanto, si es verdad que, con el progreso de la acumulación, el nivel de los salarios tiende generalmente a elevarse para los trabajadores que encuentran ocupación y, si es verdad también que el capital-salarios total y el número de trabajadores tienden a crecer, al mismo tiempo tiene lugar la creación de un ejército de reserva cada vez mayor compuesto por antiguos artesanos y pequeños pro-

pietarios arruinados o expropiados por su transformación en asalariados, pero expuestos con sus descendientes a los riesgos de la desocupación y, por consiguiente, de la miseria más negra, a pesar de las medidas de la caridad, de la legislación social o de la solidaridad obrera.

Cuanto más aumenta el capital total y, por consiguiente, la riqueza nacional y social (en realidad riqueza de la clase capitalista), más aumenta la reserva industrial y, con ésta, el dominio del pauperismo (véanse las enormes masas desocupadas en los países capitalistas de la postguerra). Todo esto constituye la ley de la miseria creciente del proletariado contrapuesta a la creciente riqueza capitalista, no contradicha en absoluto por el crecimiento —a escala histórica— de los salarios para los trabajadores ocupados y tampoco por el mejorado nivel de vida de algunas categorías privilegiadas, ni contrarrestada por medidas legislativas sociales, en el marco del ordenamiento capitalista.

Los escritores burgueses primeramente exhortaban a los trabajadores a reducir su número, si querían no exceder a las necesidades del capital, sabiendo bien que la reducción nunca sería tal como para provocar su alarma. A continuación, admitieron cínicamente que esta pobreza en las clases inferiores era la mejor condición para la prosperidad de la nación. Hoy, después de Marx, no se encuentran ya tales afirmaciones, dominando la hipócrita filantropía social, la demagogia y la exaltación de remedios ilusorios confiados a la asociación y al Estado.

Pero la ley fundamental de la acumulación capitalista continúa siendo la misma: todos los medios para multiplicar las fuerzas colectivas del trabajo que deberían traer consigo una elevación del nivel de vida media, se aplican en daño del trabajador individual y se convierten en medios para someterlo al dominio del capital privado. Cualquiera que sea el nivel de los salarios, el progreso de la acumulación comporta el aumento del excedente relativo de

población obrera; a medida que el capital se acumula, la condición de la clase obrera empeora.

«En la medida en que el capital se acumula, la situación del obrero, *cualquiera que sea su retribución*, debe empeorar. La ley que equilibra constantemente el ejército industrial por una parte y el volumen y la energía de la acumulación por otra, encadena al obrero al capital de manera más sólida que las cuñas de Efesto al clavar a Prometeo a las rocas. Esta ley determina una acumulación de miseria proporcional a la acumulación de capital. La acumulación de riqueza en uno de los polos es, pues, al mismo tiempo, acumulación de miseria, tormento de trabajo, exclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, o sea, por la parte de la clase que produce su propio producto como capital».

B —LA ACUMULACION ORIGINARIA O PRIMITIVO

43. Formas históricas de la propiedad y orígenes del capital

El dinero se transforma en capital, el capital produce plusvalía, ésta se transforma en capital adicional, por lo tanto el capital se produce por el mecanismo mismo del capitalismo. Sin embargo, para que éste hiciera su aparición en la historia, se ha tenido que formar un primer capital en un ambiente no capitalista.

La economía clásica, considerando al capital como valor acumulado, o sea producto de trabajo acumulado, afirma que los primeros capitales se formaron con el trabajo y con el ahorro de sus poseedores.

Ahora bien, si es verdad que todo valor surge de trabajo humano, no es verdad, sin embargo, que el valor producido

por el trabajo quede en manos de quien ha trabajado. Generalmente, en las épocas históricas desarrolladas hasta aquí, el fruto del trabajo ha sido siempre arrancado de las manos del trabajador y su acumulación por parte directa del propio artífice ha sido siempre un caso excepcional.

Contra el idilio que debería reinar en los manuales de economía, en la historia verdadera reina la conquista, la tiranía, la rapiña, o sea, la fuerza bruta.

La existencia de un poder estatal y de las formas jurídicas, incluso prescindiendo de las evidentes y ocultas violaciones, no ha significado nunca la garantía de que el producto quedara atribuido al productor. Las épocas de convulsiones sociales y políticas constituyen, sobre todo, bruscos traspasos entre un régimen legislativo y otro, y las guerras civiles o nacionales representan o conllevan siempre vastas expropiaciones, pero, incluso excluyendo estos paréntesis del derecho en el sentido histórico como hemos excluido los paréntesis en el sentido personal (delincuencia), nosotros no reconocemos en absoluto a los varios sistemas jurídicos que han dominado hasta ahora el carácter de asegurar al productor el pacífico goce de todo el fruto del trabajo.

El derecho está garantizado en su aplicación por la fuerza material del Estado. Nosotros no vemos en el Estado al representante imparcial de intereses colectivos, sino al órgano del dominio de una parte de la sociedad, o sea, de una clase.

Por consiguiente, el derecho es siempre la codificación de las normas que valen para hacer respetar los intereses de aquella clase. Existen, pues, el Estado y la ley precisamente cuando una clase tiene necesidad de ejercitar sobre las demás una continua presión coactiva, y ya que en la base de tales relaciones están los intereses económicos, de realizar precisamente la sistemática expropiación en parte más o menos amplia de las energías productivas de las clases sometidas. Estado y derecho significan, pues, precisamente

un sistema que vale para transmitir el fruto del trabajo de los trabajadores a los no trabajadores.

Para entender la estructura social y las vicisitudes políticas de una determinada época, nosotros nos preguntamos cuáles son las clases enfrentadas, cuál de ellas detenta el poder, o sea el Estado, y antes aún nos preguntamos qué relaciones o formas de la propiedad establece y conserva el sistema en vigor. A su vez, las relaciones de propiedad se explican analizando las fuerzas de producción, o sea los recursos técnicos de que dispone el trabajo y su organización y reparto entre los hombres. Las fuerzas productivas son, en cada época, los recursos materiales y físicos utilizados y los grupos de hombres abocados al trabajo. Estas fuerzas productivas están contenidas en un determinado esquema de las relaciones de propiedad, las cuales están guardadas por la ley y la fuerza estatal. Pero pc complejos motivos, como el crecimiento de la población, transformación de la técnica productiva, por efecto (nuevos inventos, por la apertura de vías de comunicación así sucesivamente, se crean condiciones por las cuales las fuerzas productivas, y, sobre todas, la clase que suministra el trabajo, acaban chocando con las vigentes formas de propiedad. De aquí, una época de revolución social, con la lucha entre la clase que se beneficiaba del viejo sistema y una clase hasta entonces dominada, la infracción de las formas de propiedad, esto es la destrucción del Estado, y el surgir de un nuevo Estado con un derecho diferente.

Volviendo a la cuestión de la primera acumulación capitalista, es a través de un análisis de tal género como se busca la solución, y no ya en la ingenua y tendenciosa afirmación de que el trabajo y la abstinencia crearon el capital originario. Sin embargo, será bueno recapitular antes la aplicación más elemental de cuanto hemos dicho a la historia de la sociedad.

En los comienzos de la actividad laboral y de la vida económica y social, los hombres son pocos mientras que la

tierra disponible es vastísima. Los pueblos están divididos en pequeñas tribus errantes que ejercen una agricultura y un pastoreo primitivos, cultivando en común una zona de tierra ocupada bajo la dirección de un jefe que es primeramente el padre de familia. La propiedad individual y la división en clases no hacen aún su aparición en este período de comunismo primitivo.

La misma movilidad de las tribus trae consigo su encuentro, la extensión de los recursos productivos y de las necesidades, los conflictos y el apresamiento de los vencidos. Aparecen castas militares y sacerdotales; a través de un largo proceso, que no vamos a tratar ahora, pasamos a la esclavitud. Una clase de hombres es obligada a trabajar al servicio de otros, sin posibilidad de negarse o alejarse y puede ser poseída y enajenada como bien privado, habiéndose efectuado ya la subdivisión de la tierra, del ganado y de cualquier otro bien entre los miembros de la clase dominadora, u hombres *libres*.

Sin embargo, en las mismas sociedades antiguas, no todos los hombres libres son propietarios de tierras o de esclavos; sólo una minoría de ellos acaba teniendo dicha propiedad, que le permite vivir sin hacer ningún trabajo; los demás son poseedores de poco suelo que cultivaban con sus propias manos y sin esclavos, o son pequeños artesanos que producen y venden objetos manufacturados. En esta época, la ley y, con ella, la ideología filosófica y moral justifican la explotación del trabajo de los esclavos, su venta y hasta su muerte. La clase de los grandes propietarios (patricios) detenta ordinariamente el Estado, en lucha con la clase de los pequeños cultivadores y artesanos (democracia griega-plebe romana). El fundamento de la producción sigue siendo la agricultura, a pesar de la difusión de la navegación y del comercio y la aparición de poseedores de dinero y hasta de un embrión de capitalismo.

Con las nuevas condiciones surgidas con la caída del Imperio Romano, el cristianismo y la abolición de la

esclavitud, la base de la producción sigue siendo la agraria y la tierra permanece dividida entre grandes propietarios feudales.

Los antiguos esclavos son liberados de acuerdo con el derecho y la nueva moral cristiana y no pueden ser vencidos. Sin embargo, son transformados en siervos de la gleba, o sea, en trabajadores agrícolas que no pueden abandonar el lugar, mientras que el señor feudal disfruta ampliamente de los productos de su trabajo. No obstante, desaparecen en gran parte, reducidos también éstos a siervos de la gleba, los pequeños cultivadores libres y solamente algunos núcleos de artesanos de la ciudad pueden darse un régimen de relativa independencia de la nobleza feudal, organizándose en corporaciones profesionales en los llamados concejos.

En este cuadro de la sociedad feudal, la clase dominante es la de la nobleza terrateniente, sus aliados y sus instrumentos son el clero, el ejército y el Estado monárquico absoluto (pese a los conflictos que han conducido de la descentralización feudal primitiva a la formación de grandes unidades estatales).

En estas diferentes formas sociales, no sólo no encontramos en vigor el mismo derecho y la misma ideología moral, sino que tampoco podremos establecer algunos principios jurídico-morales comunes a todos, que constituirían el pretendido derecho natural. Las mismas relaciones entre los hombres son a veces protegidas y a veces condenadas tanto por la ley escrita como por el sentido moral. Por lo tanto, no hallamos en vigor el famoso principio de que a cada uno le pertenece el producto de su trabajo, principio que debería explicar de manera honesta y pacífica la primera acumulación de capital.

Casi siempre encontramos al trabajador en condiciones de no poder disponer de los medios de producción que emplea y de su producto. Se ve separado por efecto de la fuerza legal, tanto el esclavo antiguo como el siervo de la

gleba medieval como el obrero moderno. Encontramos al trabajador no separado de instrumentos y productos solamente en el comunismo primitivo y en el artesanado de las diferentes épocas así como en el pequeño cultivador propietario; lo que no excluye que también estas capas sociales no deban ceder a otros diversos bajo diferentes formas de tributos, impuestos, usura, derechos parte del propio producto sufriendo una extorsión de plustrabajo.

44. Condiciones para la formación del capitalismo

Es a la sociedad feudal terrateniente a la que sucede directamente el orden capitalista. Para que éste pueda funcionar, es necesario que por una parte exista acumulación de dinero (y esta condición existe desde tiempos antiguos en las manos de terratenientes, comerciantes, usureros, financieros, negreros, etc.) y, por otra parte, que exista una masa de trabajadores separados de los instrumentos de producción y por lo tanto obligados a la venta de la fuerza de trabajo.

La clave de la acumulación primitiva es, pues, el movimiento histórico que ha creado esta separación. El orden feudal la impedía doblemente: con la servidumbre de la gleba, que impedía al campesino y a sus hijos dejar el feudo de origen; con el sistema corporativo que obligaba con reglamentos complicadísimos y especiales magistraturas a los artesanos y a sus hijos a trabajar en una determinada profesión y en pequeñas tiendas con un limitado número de muchachos y aprendices. Las leyes del Estado feudal sancionaban esta situación e impedían la irrupción de la economía capitalista, vejando además a la naciente clase burguesa, formada por comerciantes y banqueros de la ciudad o por antiguos campesinos transformados en artesanos emancipándose de la servidumbre y creando en los «burgos», contrapuestos al castillo del señor, pequeños talleres para la

producción de manufacturas. Esta clase creó una ideología revolucionaria que condenó los vínculos y las restricciones feudales en nombre de toda una teoría filosófica sobre la libertad y la igualdad jurídica, pero esta campaña por la liberación del pueblo representa sólo el equivalente ideológico de la necesidad económica de poner a disposición de la producción una masa de vendedores «libres» de fuerza de trabajo. Por otra parte, las exigencias productivas apremiaban de forma irresistible por las intensificadas comunicaciones mundiales, el creciente comercio y la necesidad de productos de trabajo cada vez más complicados del trabajo. Los capitalistas empresrios tuvieron no sólo que tomar el puesto de los maestros de arte corporativos, sino además de los detentadores feudales de las fuentes de riqueza; su advenimiento se presenta como el resultado de una lucha victoriosa contra el poder de los señores y sus exageradas prerrogativas, contra el régimen corporativo y los obstáculos que éste ponía al libre desarrollo de la producción y a libre especulación del hombre sobre el hombre. Los caballeros de la industria han suplantado a los caballeros de espada; han vencido con medios igualmente viles (el texto quiere decir: conduciendo a la lucha revolucionaria a las nacientes masas inconscientes del proletariado ocultó que el tiempo de la democracia y del régimen representativo político significaban el triunfo del régimen de libre explotación de los asalariados) ue aquellos de los que se sirvió el liberto romano para hacerse patrón de su propio señor (Cap. XXIV, 1). «El punto de partida del desarrollo que genera tanto al obrero asalariado cuanto al capitalista ha sido la servidumbre del trabajador. Su prolongación ha consistido en cambiar la forma de tal servidumbre, en transformar la explotación feudal en explotación capitalista».

Naturalmente, existe también el progreso substancial de haber destrozado los vínculos que se oponían a la introducción del trabajo colectivo y haber introducido una alta división técnica del trabajo.

Nuestra crítica echa a un lado toda la apología democrática de la revolución burguesa y esto es su aspecto fundamental; sin embargo, negando la presentación filosófica y jurídica de tal ideología, ésta no niega el valor histórico y el carácter revolucionario de la introducción del capitalismo, creadora de las condiciones para los ulteriores desarrollos. «Aunque los primeros inicios de la producción del capitalismo, se encuentren esporádicamente desde los siglos XIV y XV en algunas ciudades del Mediterráneo, *la era capitalista* data sólo del *siglo XVI*. Donde ésta entra en escena, la abolición de la servidumbre de la gleba está desde largo tiempo cumplida y ya desde mucho tiempo va palideciendo lo que es la gloria del Medioevo, la existencia de ciudades soberanas».

En este período, toda revolución política refleja el avance del capitalismo. Es una victoria de éste todo acto que expropia a masas de pequeños productores, ya sean éstos artesanos o campesinos.

El proceso asume aspectos diversos. En general, la abolición de la servidumbre de la gleba permite la formación de una difundida pequeña propiedad rural. Pero el capitalismo tiene necesidad de que los antiguos siervos feudales se transformen no en productores independientes, sino en asalariados, y por lo tanto apoya toda medida que prive de la tierra a los pequeños campesinos.

En Italia, el proceso asume formas especiales. Al final del medioevo, la Italia septentrional y parte de la central está en la vanguardia en técnica productiva (como en ciencia y cultura). No sólo el capitalismo bancario y comercial, sino también el manufacturero se desarrollaba antes que en ninguna otra parte, sobre todo en Florencia, Venecia, Pisa, etc. El feudalismo, pues, desaparece más rápidamente y los siervos de la gleba son atraídos a las florecientes ciudades. Los artesanos maestros de arte se han transformado en verdaderos burgueses (burguesía) y los numerosos aprendices en verdaderas maestranzas proletarias, tanto es así que

la lucha entre las dos clases referidas hace su aparición (tumulto de los Ciompi etc.); después los descubrimientos geográficos de fines del siglo XV cambian completamente las corrientes del mercado universal, las manufacturas capitalistas decaen, la clase burguesa se quebranta al nacer, la feudal está falta de energías capaces de confluir en una creación política unitaria, los trabajadores afluyen de nuevo a los campos donde se difunde el pequeño cultivo y el país cae en un estado prolongado de marasmo social y político.

45. La expropiación de los campesinos

Bien distinto es el ejemplo de Inglaterra. Allí, la servidumbre de la gleba desaparece de hecho hacia finales de siglo XIV, la gran mayoría de la población se transforma e pequeños campesinos independientes, aunque su posesić jurídica de la tierra sea justificada bajo los víncul feudales. A los feudatarios les queda, ciertamente, mucha tierra pero éstos la gestionan por medio de un arrendatario independiente (en este caso uno de los primeros tipos de capitalistas a los cuales hacen de asalariados los antiguos siervos de la gleba, en parte jornaleros indigentes, en parte pequeños propietarios a los que queda tiempo libre del cultivo del propio terreno). Mas a los mismos jornaleros se les concedía en uso campos de cuatro acres con una pequeña casa rústica; además éstos participaban del disfrute de vastos bienes de propiedad comunal y a veces de la hacienda pública. Entre tanto, prosperaban las ciudades y se formaba el capitalismo manufacturero e industrial; éste tenía necesidad de brazos y no tardó en obtenerlos. La revolución política hizo del poder regio un instrumento burgués y la nueva burguesía se alió con una nueva aristocracia territorial (*landlords*) la cual, apoyada en ello por el capitalismo, emprendió la expropiación de los pequeños cultivadores, volcando jornaleros en las ciudades.

Con el auxilio de la ley, los grandes propietarios reivindicaban los antiguos feudos, expulsando de ellos a los campesinos y transformándolos en haciendas para la cría de los carneros, para los cuales bastaba poco personal asalariado. Sucesivamente, los *lords* usurpaban también inmensos parques de caza donde antes existían terrenos cultivados. Todo ello tenía como consecuencia la desaparición de la pequeña propiedad rural y la transformación de los campesinos en proletarios. En la parte montañosa de Escocia se conservó durante mucho tiempo la posesión en común de la tierra (hasta finales del siglo XVIII). También aquí los señores, antes jefes puramente nominales, con la complicidad del Estado burgués expropian y expulsan a los desgraciados montañeses. La expoliación de los bienes de la iglesia, la enajenación fraudulenta de los dominios del Estado, el saqueo de los terrenos comunales, la transformación usurpadora y terrorista de la propiedad feudal y patriarcal en propiedad moderna y privada, la guerra a las cabañas; he aquí los idílicos procesos de la acumulación primitiva. Estos han conquistado la tierra para la agricultura capitalista, incorporado el suelo al capital y dejado a la industria de las ciudades los dóciles brazos de un proletariado sin fuego y sin techo (cap. XXIII).

Momentos característicos de la intervención del Estado en favor de la burguesía naciente, además de las medidas expropiadoras de los campesinos, son la legislación ferocísima contra los mendigos y los vagabundos que no quisieran entregarse al trabajo, a base de torturas, azotes, marcas con el hierro al rojo etc. y la legislación sobre el salario que fija un máximo impidiendo absolutamente las coaliciones obreras. Todo este proceso se desarrolla en Inglaterra incluso antes de la revolución política burguesa; los primeros edictos son del 1350, las últimas leyes sobre el salario duran hasta 1813, las atroces leyes contra las coaliciones sindicales se derogan en 1825 pero queda algún vestigio hasta 1859; el

reconocimiento legal de las «Trade Unions» es del 29 de junio de 1871. Pero no es sino de mala gana y bajo la amenazadora presión de las masas como los dos grandes partidos del parlamento inglés renuncian a las leyes contra la coalición, después que el Parlamento mismo ha desarrollado durante un período de cinco siglos el oficio de una Trade Unión de capitalistas contra los obreros (Cap. XXIV, 3).

46. Lucha por la «liberación» de los trabajadores

En Francia encontramos igualmente ferocísimas leyes contra los vagabundos. Allí es más lenta la desaparición de los derechos feudales, y muy tarde llega a formarse una difundida pequeña propiedad rural más resistente que la inglesa también por las distintas características técnicas de la agricultura. Sin embargo, es bastante interesante señalar cómo inmediatamente después del huracán revolucionario que parecía librar junto con la burguesía incluso a su aliado el cuarto estado proletario, se hayan prohibido las asociaciones obreras. Una ley del 14 de junio de 1791 condena cualquier acuerdo entre trabajadores a fin de mejorar sus condiciones de enrolamiento como «lesivo de la libertad y de la declaración de los derechos del hombre». Está clara para nosotros la razón de esta oposición burguesa a la asociación obrera; se trata de permitir el libre juego de la competencia para obtener a menos precio la fuerza de trabajo. El relator en la asamblea es coherente al decir que las asociaciones de personas de la misma profesión «tienden a resucitar las corporaciones abolidas por la revolución» porque en uno y en otro caso, a pesar de la profunda diversidad histórica del fenómeno, se trata de cortapisas al libre acaparamiento de jornaleros por parte del capital. En el marco de la teoría liberal, la prohibición de los sindicatos no es menos adecuado; el estado representativo es el único

organismo que comprende y tutela al mismo título de igualdad a todos los ciudadanos. Cada individuo goza de la libertad quedando aislado frente al solo vínculo con el Estado unitario. Los privilegios de clase han desaparecido jurídicamente; cada asociación de miembros de la misma capa social tiende a formar un estado en el Estado, una casta en la igualdad jurídica general y debe ser prohibida. En economía, el liberalismo quiere el juego ilimitado de los particulares intereses privados; el Estado tutela generalmente los contratos entre particulares pero no puede tolerar acciones y contratos colectivos. El decreto de 1791 es, en efecto, respetado por el Terror y por los Girondinos, por Bonaparte y por la Restauración. Si en época bastante tardía la democracia parlamentaria ha accedido al reconocimiento de los sindicatos, lo ha hecho contradiciendo su doctrina pura, como la contradice toda la legislación de intervención estatal en las relaciones económico-sociales. La contradicción con los principios es la confirmación de la inutilidad de éstos, hechos para la «movilización ideológica» de las masas que se ilusionan de ser libres y soberanas; sin embargo no existe contradicción con los intereses y la política de clase del capital: en la primera época, éste tiene sólo que temer a la reacción y no tiene frenos para procurarse las mejores condiciones económicas para la acumulación, pero en época sucesiva la formación de una fuerte clase obrera plantea al capital el problema de las relaciones no sólo económicas sino también políticas con el proletariado: a pesar de que prohibiendo la coalición se pueda reducir el salario y aumentar la plusvalía y la acumulación, la clase capitalista calcula que ello puede conducir más pronto a una lucha social en la cual sucumba el principio mismo de la plusvalía y de la acumulación; le conviene, por ello, generalmente, consentir los sindicatos así como ordenar por ley a cada capitalista algunos sacrificios que hagan menos intolerable el régimen asalariado.

Pero la gran revolución democrática francesa no fue menos coherente cuando privó a los obreros del derecho de asociación sindical, que cuando instituyó el reclutamiento militar obligatorio; ello a pesar del banal error actual por el cual se considera a la democracia avanzada como antítesis de la reacción antiobrera y del militarismo.

47. Génesis del capitalista agrario

Hemos examinado las condiciones que permitieron la acumulación primitiva con la formación de una clase asalariada. Veamos ahora cómo aparecieron los primeros capitalistas. En Inglaterra apareció primero el capitalista agrario, o sea el gran arrendatario, que el capitalista industrial; hablemos pues del primero.

Una propiedad agrícola puede ser gestionada de varios modos por su poseedor jurídico. En régimen esclavista, éste hace trabajar a esclavos que son propiedad suya; su otra propiedad es la tierra. Aquéllos son dirigidos técnicamente o por otro esclavo o por un liberto, esclavo emancipado a sueldo del patrón. En régimen fuedal la tierra es trabajada por los siervos de la gleba, pero raramente el patrón se preocupa de organizar la gestión. Comúnmente cada familia de campesinos tiene un pequeño campo del cual pasa al patrón una fracción de producto (diezmo); además, el patrón se reserva para sí los trozos de tierra mejores sobre los cuales los campesinos están obligados a trabajar un cierto tiempo (primicia).

Efectuada la emancipación de los siervos de la gleba se hacen posibles diversos casos. La administración directa en economía es posible en cuanto que el propietario no posee únicamente la tierra, sino también el capital-reservas (ganado, semillas, abonos, herramientas, más tarde máquinas, etc.) además de un capital en dinero para anticipar salarios a los campesinos jornaleros, y éstos son dirigidos

por un capataz a sueldo del patrón. Esta fue la primera forma introducida por los *land-lords* ingleses, por cuanto los ex-siervos no fueron sólo jornaleros sino primeramente también pequeños propietarios y usufructuarios de pequeños campos.

Sin embargo, bien pronto el capataz se vuelve aparcero. La aparcería, o mejor dicho colonia aparcera, es aquella forma de gestión en la que el propietario aporta la tierra y parte del capital móvil, el colono aporta el resto de enseres y ganado, suministra el trabajo alistando asalariados y, al final, el producto es dividido en proporciones convenidas entre propietario y colono. Aquí nos referimos a la gran colonia de vastas propiedades unitarias en las cuales el colono no trabaja sino que contrata jornaleros, distinta de la pequeña olonia en la que la tierra está desmenuzada, aunque se atara de una única gran posesión, en muchas pequeñas aciendas trabajadas personalmente por el colono y por su amilia.

Los grandes colonos ingleses no tardaron en enriquecerse a medida que empobrecían, por las razones ya vistas, los pequeños cultivadores independientes y los jornaleros antes poseedores también ellos de un poco de tierra. Se pasó, pues, de la colonia aparcera el verdadero y propio arrendamiento. El alquiler es aquella forma de gestión en que el propietario no aporta más que la tierra y las construcciones rurales; todo el capital móvil es del arrendatario y éste contrata a los trabajadores conservando para él todo el producto. Paga al propietario un alquiler en dinero, por lo tanto su rédito se subdivide en renta territorial del propietario y beneficio capitalista de este empresario arrendatario. Se hace notar que tanto la renta como el beneficio de la empresa han surgido igualmente de plustrabajo dividido entre propietario y capitalista en virtud de una alianza de clase a la sombra del Estado, negando nosotros que la tierra sola sin el trabajo pueda ser fuente de riqueza.

Distingamos también aquí entre grande y pequeño arren-

damiento. Este segundo no tiene carácter capitalista, tratándose de pequeñas extensiones de tierra trabajada directamente por el pequeño arrendatario poseedor de pocos y míseros instrumentos productivos análogamente al artesano, pero falto de tierra. Notemos también que a una técnica agrícola avanzada corresponde la gestión unitaria de grandes propiedades rurales, se trate de administración directa o de gran arrendamiento, según coincidan o no las personalidades jurídicas del propietario y del capitalista. Sobre estas bases puede ser realizado el trabajo en grandes masas, la división del trabajo, la industrialización mecánica de la agricultura. Son, en cambio, formas atrasadas en general, la pequeña propiedad (salvo el caso de tierras excepcionalmente fértiles para el pequeño cultivo) y también cuando exista una gran posesión rural pero que la gestión de ésta s lleve en muchas partículas con pequeños arriendos pequeñas aparcerías. Dicho sea de paso, una situación d segundo tipo era la de la gran propiedad rusa después de l emancipación de los siervos y la supresión de las comunidades patriarcales. En estos casos, la hacienda pequeña acompaña a la gran propiedad: el paso a la gran hacienda es misión de un largo proceso técnico económico: la desvinculación jurídica de la pequeña hacienda de la explotación de la gran propiedad puede ser un hecho inmediato: en realidad, la tierra no es repartida sino que queda técnicamente dividida como antes, mientras que al menos una forma de extorsión de plustrabajo (que era renta territorial) es inmediatamente suprimida.

Volviendo a Inglaterra, los primeros grandes arrendatarios se enriquecieron rápidamente, también porque en el siglo XVI el oro, la plata y por lo tanto el dinero disminuyeron de valor, todas las mercancías se encarecieron, pero los salarios aumentaron con mucho retraso. Al ser los contratos de arrendamiento a largo plazo, el arrendatario vio crecer los ingresos por la venta de los productos, disminuir en realidad el gasto en salarios y disminuir el

alquiler, de manera que se enriqueció a costa de los asalariados y de los propietarios.

48. Génesis de la producción industrial

La expropiación de los pequeños cultivadores y la substitución de éstos por grandes haciendas agrícolas no sólo permitió a la industria capitalista naciente encontrar masas de asalariados no provenientes del artesanado corporativo, sino que además puso a disposición del proceso de acumulación primitiva sus elementos materiales y económicos; en efecto, ya que el disminuido número de cultivadores no hizo menguar la producción de productos agrícolas, al ser compensado por una mayor explotación de los jornaleros, por perfeccionamientos técnicos, por el mayor rendimiento del trabajo al por mayor, se hizo disponible una gran masa de subsistencias, y una cantidad de productos agrícolas que tenían carácter de materias primas para la industria (hilatura y tejido del lino, algodón, pana, etc.). Después de la expropiación, las materias brutas son adquiridas por el capitalista manufacturero y con ellas las subsistencias disponibles bajo forma de salarios pagados a los obreros reclutados. La transformación de la agricultura no ha ofrecido ni suministrado, pues, solamente la nueva clase proletaria y el nuevo capitalista arrendatario, sino además ha puesto a disposición del neo-capitalista de la ciudad su capital constante (materias primas por trabajar) y su capital variable (subsistencias). Esto no sucedió solamente en Inglaterra sino también en muchas partes de Europa Central, como en Westfalia, en la época de Federico II donde los campesinos hiladores de lino fueron expropiados del suelo, y si quisieron lino para trabajar y subsistencias que consumir, tuvieron que pasar a los grandes talleres manufactureros como asalariados. En otros términos, la expropiación de los campesinos, que ofrecían materias brutas y

subsistencias, le crea al capital su mercado interno de adquisición. Pero esta destrucción de toda industria agrícola doméstica, no es completa en la época de la manufactura, ya que ésta deja siempre ciertas elaboraciones iniciales a pequeños artesanos o a pequeños trabajadores parcialmente cultivadores esparcidos por los campos. Es únicamente la introducción del maquinismo lo que extirpa definitivamente esta producción primitiva, desparramada, absorbiendo todas las operaciones de la fábrica y conquistándole al capital todo el mercado interno de las manufacturas.

49. Génesis del capitalista industrial

Lleguemos ahora al punto central: la aparición del primer capitalista industrial o de fábrica (hablando propia mente el arrendatario también es industrial).

No negaremos que en algunos casos el pequeño capit: inicial se haya formado con el fruto del trabajo acumulad\ por artesanos independientes e incluso por algún obrero asalariado; sin embargo, mucho más a menudo, se transformaba en capitalista el jefe de corporación o maestro de arte u oficio que tenía naturalmente más medios lícitos e ilícitos a su alcance para conseguir dinero.

Estando ya disponibles los trabajadores para contratar y las materias primas, para adquirir, a la génesis del capitalista no le era necesario más que la posesión de una suma de dinero para los primeros anticipos. Ahora, desde las épocas precedentes existían particulares que disponían de dinero acumulado en proporciones mucho más altas que aquellas que se podían alcanzar con los frutos del trabajo; esto es, existían dos especies de capitales que no tenían todavía el carácter de aquel industrial, o sea el capital *usurero* y el capital *comercial*.

Hemos dicho ya que también el beneficio realizado por quien invierte dinero en la usura (entendiendo por tal

palabra todo préstamo fructífero) y en el comercio está siempre en medida más o menos directa el equivalente de un plustrabajo y por lo tanto es una plusvalía. No obstante falta aún la forma característica de la producción capitalista, o sea la compra-venta directa de la fuerza de trabajo, al permanecer la producción confiada a trabajadores no separados del instrumento de producción y del producto. Estos, no teniendo bastante dinero para los adelantos de su pequeña elaboración en materias primas y demás, ni para esperar el tiempo y alcanzar el lugar más conveniente para el intercambio de su producto, deben ceder parte de su beneficio al acumulador de dinero que hace para ellos estos servicios; y al ceder su beneficio ceden parte de su trabajo.

El usurero y el comerciante disponían, pues, de dinero pero no podían transformarlo en capital industrial por la constitución feudal de los campos y por la corporativa de las ciudades. Las viejas sociedades luchan contra la formación de capitales con las leyes severísimas sobre la usura y con la campaña moral contra quien vive de la usura y, también de la mercadería; se considera más respetable que el comerciante, no sólo al señor guerrero sino al mismo aventurero cuya figura raya con la del bandido. Hasta qué punto es gravemente atacada la usura en el cuadro ético de la conciencia medieval puede demostrarlo entre otras cosas el lugar que ésta toma en el sistema dantesco de las penas. La usura forma parte de la violencia (aunque la relación entre el prestamista de dinero y el pagador de intereses se muestre como pacífica). Como el blasfemo está considerado violento contra natura porque destroza la ley de la naturaleza, junto a éste el usurero es llamado violento contra el arte, o sea contra el trabajo humano porque destroza la ley moral humana según la cual ninguno debería ser privado de parte del fruto de su trabajo. A nosotros no nos extraña que la moral dantesca no vea el mismo delito en la renta del señor feudal y ni siquiera muestre la misma indignación contra la esclavitud de la antigüedad clásica a pesar de que lo

repudie en nombre del principio cristiano. En aquella época histórica aparece moralmente repugnante que el dinero rente dinero a quien no trabaja, hecho que hoy es en cambio afirmado conforme a la religión, a la naturaleza y a la sana sociología. Es en los versos finales del 11.º canto del Infierno donde Virgilio explica a Dante la indignidad del usurero, invocando la Física de Aristóteles según la cual el arte humano debe ser la fuente de la vida (el trabajo fuente del valor) y el génesis (ganarás el pan con el sudor de tu frente) mientras que *el usurero tiene otro camino* y por lo tanto ofende la naturaleza de su secuaz, el Arte (trabajo). Es curioso que no ofenda todo ello al rico que ha heredado sus bienes y que al contrario es castigado en el giro precedente como violento en sí mismo y en sus haberes, si los ha dilapidado, en vez de transmitirlos a los herederos. La contradicción podría ser explicada teóricamente con cual quier sutileza de la escolástica, sin embargo ésta, com hemos notado, es inmediatamente aclarada por nuestr método crítico de las circunstancias históricas y sociales. E carácter inalienable del patrimonio inmobiliario es uno de los fundamentos del sistema feudal.

Caídas las barreras que impiden al capital usurero y comercial de alistar fuerzas de trabajo y transformarse en capital moderno, continúa la resistencia; los artesanos exigen que se impida al mercader transformarse en fabricante; las nuevas manufacturas se crean en centros nuevos y no en las viejas ciudades regidas por las corporaciones, surgiendo en los puertos de exportación y a veces dentro de una frontera especial fijada por el monarca.

50. Los factores de la acumulación originaria (o primitiva)

Por consiguiente, no es el trabajo sino las antiguas acumulaciones mercantiles y usureras las que nos explican sustancialmente la acumulación primitiva. Sin embargo, lo

que le dio un formidable impulso fue la explotación de las nuevas tierras descubiertas y de las nuevas vías de comunición, el descubrimiento de los yacimientos de metales preciosos, las conquistas y el saqueo en las Indias Orientales, la trata de los negros y demás... poemas idílicos. Apenas iniciada la época capitalista, estallan las grandes guerras por el predominio comercial y colonial y la hegemonía pasa de Portugal a España, a Holanda, a Francia, a Inglaterra (la amenaza de una hegemonía germánica o rusa fue eliminada por la guerra mundial, pero otros formidables competidores se elevaron para disputar el campo a Inglaterra: el Japón y sobre todo los Estados Unidos; la segunda guerra ha conducido a éstos al primer puesto).

Veamos los métodos de acumulación primitiva ya en pleno desarrollo en manos de Inglaterra en el tiempo de su cruzada contra la revolución francesa: entre éstos se hallan el régimen colonial, la deuda del Estado, el moderno sistema bancario y el proteccionismo aduanero. Algunos de estos métodos están basados en el uso de la fuerza bruta, pero todos sin excepción se valen del poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad (en beneficio de la clase dominante) no sólo para precipitar violentamente el paso del orden económico feudal al orden económico capitalista y abreviar las fases de transición, sino para contrastar la opuesta fuerza naciente de la clase proletaria que tiende a derribar el orden económico y estatal capitalista. En verdad, la fuerza está destinada a facilitar el camino de todas las viejas sociedades que se encuentran a punto de transformarse; la fuerza es un agente económico.

Sería interminable la historia de las atrocidades llevadas a cabo por los blancos en las colonias y de los medios con que se enriquecían las famosas compañías de las indias y de sus altos funcionarios. Es bien sabido que católicos y reformadores les negaron el alma a los indígenas americanos porque no eran mencionados en la Biblia. Los colonos

puritanos y protestantes de América vendieron las cabelleras escalpadas de los Indios; todos conocen los metodos de acaparamiento, de transporte y de utilización de los esclavos negros, todos recuerdan las guerras del opio y el envenenamiento premeditado de enteras poblaciones de antigua civilización en beneficio del capital inglés.

El régimen colonial dio un gran desarrollo a la navegación y al comercio y dio lugar a la creación de las compañías mercantiles protegidas por los gobiernos que favorecían la acumulación y concentración del capital. La conquista de las colonias aseguró las salidas a los productos de las nacientes manufacturas, mientras que los tesoros arrancados a los indígenas con el trabajo forzado y todos los demás medios afluían a Europa como capitales. Mientras que hoy la supremacía industrial implica la comercial, estando la competencia en los mares extranjeros libre de vínculos políticos, en aquella época sucedía lo contrario d modo que la más potente nación colonial, Holanda (sig XVII), fue la que tuvo los más vastos capitales y avan: más en el camino de la acumulación.

El *crédito público*, esto es el sistema por el que el Estado se hace prestar dinero de los particulares, correspondiéndole a éstos un interés, tuvo inicio en las ciudades comerciales italianas del medioevo. Es natural que tal sistema favorezca la acumulación, en cuanto que pequeños y grandes capitales privados de naturaleza usurera o comercial y excepcionalmente ahorros de artesanos que no encontrarían otra vía para producir plusvalía, se transforman en capitales industriales en las manos del Estado que dispone de otros medios muy diferentes para reclutar asalariados (trabajos marítimos y portuarios, astilleros, armamento de navíos, obras públicas en general, etc. etc.). Además la deuda pública representa la huella capitalista sobre el Estado: el rey de Francia es todavía el enviado de Dios y dispone de la vida y de la muerte de cada súbdito pero debe temer a pocos financieros y prestamistas de París, a los cuales la ley niega

el mínimo privilegio. Es natural que los primeros economistas burgueses pongan por las nubes a la deuda pública por el impulso dado a todas las formas capitalistas; ha anticipado la creación de vastas empresas que habrían tenido que esperar una lenta concentración, ha abierto la vía a las sociedades por acciones, al comercio de los títulos negociables que no obstante representar, sobre el ejemplo de las acciones de la deuda estatal, recibos de dinero prestado, circulan a su vez como dinero. Ya que al crédito público sucedió el crédito privado.

El *sistema bancario* nació del crédito estatal. El Banco es un instituto a través del cual los particulares se prestan su capital. Muchas pequeñas sumas de dinero no encuentran empresas en qué invertirse, y entonces son depositados en un Banco. El Banco disponiendo de fuertes sumas las presta a su vez a unos pocos grandes empresarios que tienen poco capital pero buenas ocasiones de encontrar trabajo asalariado y mercados de salida a los productos. Estos pasan al banquero parte de la plusvalía y éste a su vez pasa una parte menor a los diferentes depositantes. La repartición de la plusvalía tomada a la clase obrera en variables proporciones es explicada por el mayor o menor *riesgo* que corre aquel que ha anticipado dinero. El Estado, según la teoría del riesgo, ofrece gran seguridad de restitución y por lo tanto paga intereses mínimos, los grandes bancos semiestatales intereses más fuertes, los pequeños bancos intereses aún mayores, el empresario, especialmente si está poco provisto de instalaciones de valor y lanzado a nuevas empresas, pagará dividendos elevadísimos; finalmente el prestamista, al que le faltan los medios decentes y cómodos para volverle a quitar el dinero a sus víctimas, exige tributos fabulosos. En realidad todas estas deudas son fracciones de la plusvalía salida del intercambio brutal entre trabajo y salario. Sin embargo, el mecanismo de la banca y de los títulos fructíferos a precios oscilantes en el mercado, permite el desarrollo de la lucha especulativa entre los

capitalistas por la renta total disponible sobre la producción social.

En la lucha de la especulación, el arma decisiva no siendo tanto la falta de escrúpulos que está al alcance de cualquier imbécil, cuanto la disponibilidad de grandes masas de valores, todo el fenómeno, además de espolear las inversiones y la acumulación inicial, favorecía grandemente la alta concentración de los capitales.

Con la deuda pública y los Bancos nace el crédito internacional, que permite la acumulación primitiva en nuevos países con trabajadores disponibles pero faltos de subsistencias, de materias primas y de dinero para adquirirlas en otra parte. Venecia prestó grandes sumas a Holanda, ésta en su decadencia se las prestó a Inglaterra; en el siglo XIX, Inglaterra se las prestó a los Estados Unidos. Pero el capital prestado, reproduciéndose progresivamente está muy pronto en condiciones de reembolsar el primer anticipo y hacerse autónomo. Desde finales de la primera guerra mundial, los Estados Unidos son los acreedores del mundo entero.

El crédito público al estar basado en los ingresos estatales con los que se deben pagar los intereses, dió lugar al moderno sistema de impuestos. Este se transformó en otro elemento formidable de la acumulación primitiva ya sea arruinando hasta la expropiación a pequeños campesinos y artesanos, o extrayendo del consumo de las clases pobres, fuertes masas de valor transmitidas a los capitalistas que prestan al Estado.

Tenemos en fin el sistema proteccionista, mediante el cual una industria cuya formación tropieza con dificultades, es favorecida por el Estado de varios modos, gravando con fuertes derechos aduaneros a los productos análogos fabricados en el extranjero e importados en el país, en orden a elevar su precio en el interior permitiendo a los fabricantes nacionales más alto beneficio, pagando primas de exportación para los productos de aquellas industrias enviados al extranjero, a veces impidiendo sin más ni más la importa-

ción de los productos de otros países, etc. Este «ha sido un *pretexto para fabricar fabricantes, para expropiar a trabajadores independientes, para capitalizar los medios nacionales de producción y subsistencia, para abreviar con la fuerza el paso del modo de producción antiguo al moderno*». (cap. XXIV, 6)

La acumulación primitiva y la génesis del capitalista industrial toman, pues, una gran fuerza de la deuda pública y del sistema fiscal, del régimen colonial, de la finanza bancaria, del proteccionismo. A veces, los gobiernos prestaron directamente los capitales a los manufactureros. Todos estos fenómenos aumentaron enormemente en la época del nacimiento de la gran industria. Esta se aprovechó también sin recato del acaparamiento de los adolescentes, una verdadera trata de pequeños blancos, paralela a la de los negros. Con la paz de Utrecht, Inglaterra se reservó el privilegio de la trata entre Africa y la América Española; de este comercio salió la grandeza de Liverpool: para esta ciudad ortodoxa, el tráfico de carne humana constituyó el método específico de acumulación primitiva. ¡He aquí a qué precio se han pagado las conquistas modernas, y cuánto se ha necesitado para desarrollar las leyes *eternas y naturales* de la producción capitalista, para consumar el divorcio entre el obrero y las condiciones de trabajo, para transformar éstas en capitales y la masa del pueblo en asalariados!

«*Tantae molis* era parir las «eternas leyes naturales» del modo de producción capitalista, completar el proceso de separación del obrero de las condiciones de trabajo, transformar en un polo los medios de producción y subsistencia sociales en capital y en el polo opuesto a la masa del pueblo en asalariados, en libres «pobres que trabajan» esta obra maestra de la historia moderna. Si el dinero, como dice Augier «viene al mundo con un antojo de sangre en la mejilla», el capital suda sangre e inmundicia por todos los poros y de los pies a la cabeza».

51. La teoría moderna de la colonización.

(*Este capítulo XXV está precedido por el XXIV,5 que no obstante resumiremos después debido a su carácter conclusivo y trambién programático*).

La situación económica que se le creó al capitalismo en las colonias de primera ocupación es muy interesante —aparte un estudio completo del fenómeno del imperialismo— porque sirve para mostrar una flagrante contradicción de la economía burguesa. Esta, al definir la propiedad privada como originada por el trabajo, por el ahorro y la abstinencia, confunde adrede la propiedad privada de los medios personales de trabajo con la propiedad privada capitalista basada en el trabajo ajeno. Para el teórico de la economía burguesa es muy cómodo aplicar a la sociedad capitalist los mismos conceptos de derecho, la misma definición de l propiedad heredados de una sociedad pre-capitalista. H mos visto todo lo absurdo de esta manera de ver. Si embargo, en las colonias, la misma economía burguesa está obligada a admitir y a invocar la destrucción violenta de la pequeña propiedad privada para dejar sitio a la producción capitalista.

Después de haber utilizado las colonias como simples depósitos de tesoros acumulados que depredar, como lugares de adquisición de mercancías solicitadas en Europa y sobre todo como mercado de salida de las manufacturas de la madre patria, el capitalismo quiere naturalmente transportar sus mismas máquinas de plusvalía, sus fábricas industriales.

El dinero-capital no faltaba ya para adquirir y transformar allí instrumentos de trabajo y hasta materias primas y subsistencias: hacía falta solamente el trabajo asalariado. Pero los indígenas de las colonias o bien vivían en base a la pequeña producción personal, o precedentemente habían huido refugiándose en el interior o sin más ni más habían

sido exterminados: por lo tanto, no era tan fácil transformarlos en *libres* asalariados como había sido reducirlos a esclavos. En cuanto a los colonos llegados de la madre patria, éstos tenían ante sí inmensas extensiones de tierra no ocupada que utilizar para la agricultura y a menudo para la industria minera. Cuando existe tierra libre, o sea se dispone de una oferta ilimitada, todos la obtienen casi gratuitamente y por derecho de ocupación. Por consiguiente la misma ley «sagrada y natural» de la oferta y la demanda que fuerza al indigente a vender en Europa su fuerza de trabajo, le da en las colonias la comodidad de procurarse fácilmente medios de trabajo para una libre hacienda personal. Además en las nacientes factorías no existió solamente trabajo agrícola y de pastoreo, sino que se ejercitaban pequeñas industrias domésticas; el *farmer* americano se fabricaba él mismo las herramientas, los muebles y la casa misma. El voluntarioso capitalista, quedándose sin obreros y sin compradores podía abstenerse incluso totalmente de cualquier consumo, no habría acumulado igualmente ni una perra chica de plusvalía. Fue motivo de gran diversión el caso del distinguido señor Peel que se llevó consigo desde Inglaterra a América víveres y medios de producción por valor de 50.000 Libras esterlinas, y además fue tan precavido que condujo también a 3.000 miembros de la clase obrera entre hombres, mujeres y adolescentes. Pero no sólo el señor Peel no abrió ningún taller, sino que fue cruelmente abandonado por todos, tanto que se quedó sin un criado para hacerle la cama o traerle el agua. «Desventurado Peel que lo había previsto todo, excepto exportar las relaciones de producción inglesas».

¿Qué hacen los teóricos de la «naturaleza» del capitalismo? Estos hacen ante todo la apología de la esclavitud o trabajo forzado de los indígenas (tema de debate para la Sociedad de las Naciones hasta después de la primera guerra mundial) preocupándose poco de tratar tan a patadas la ley de la libre oferta o demanda; y por lo que

respecta a los colonos blancos, no pudiendo dejar de mantener la esclavitud, dan una segunda patada a la ley misma al proponer que el Estado ponga un precio tan elevado como artificial a las concesiones de tierra libre, de forma que el inmigrante, no pudiendo adquirirlas se verá obligado a trabajar como asalariado. El gobierno inglés puso en práctica este plan para favorecer la acumulación capitalista en las colonias: pero entonces el flujo de los emigrantes se dirigió a los Estados Unidos, hasta el siglo XIX, insuficientemente poblados y ricos de tierras libres hacia el Oeste. Sin embargo, después de haber forzado a los economistas burgueses a renegar de sí mismos, el desarrollo capitalista ha hecho inútiles sus panaceas.

La acumulación capitalista en América, desde la guerra civil de 1866, que produjo una enorme deuda estatal, los impuestos, el nacimiento de la más vil aristocracia financiera, hasta la guerra mundial y el período sucesivo, alcanz alturas de vértigo; los Estados Unidos, saturados de prol tariado y amenazados por una gigantesca desocupació empezaron a rechazar a los inmigrantes asiáticos y eurc peos. Debiendo inevitablemente volcar en ultramar masas gigantescas de productos, y quizá mañana, por motivos de política interna, a una parte del pletórico ejército industrial de reserva que allí se está formando, y habiendo llegado demasiado tarde al reparto del dominio colonial, intentarán colonizar la misma Europa, arruinando su aparato productivo y provocando así un nuevo y mayor conflicto.

(Dejamos sin modificar este período final en la forma contenida en la redacción de este resumen, preparado por algunos compañeros en Ponza en el año 1929 (N. de la R.).





52. La salida histórica de la acumulación capitalista

Hemos visto que lo que caracteriza a la acumulación primitiva, o sea, a la formación histórica del capitalismo, es la expropiación del *productor inmediato*, es decir del productor que posee suficientes medios productivos como para permitirle desarrollar su trabajo personal, y quedar como poseedor de los productos que cambiará para procurarse cuanto necesita.

También en este caso se trata de propiedad privada, pero es erróneo decir que el pequeño productor tenga en propiedad un *capital*. La propiedad privada capitalista se tiene solamente cuando los medios de producción y los *productos* pertenecen a los no trabajadores, y los verdaderos trabajadores han sido expropiados. Por lo tanto, tenemos dos tipos distintos de propiedad privada: propiedad privada del trabajador (época artesana y campesina), y propiedad privada del no trabajador (época capitalista).

La propiedad privada del trabajador sobre los medios de su actividad productiva corresponde a la producción por pequeñas empresas, o sea, a la pequeña empresa agrícola o manufacturera en la que el personal de labor, además del trabajador libre, comprende a su familia y como máximo algún muchacho aprendiz. Tal estadio de producción es

primitivo, sin embargo tiene su justificación en el curso del desarrollo de la técnica, está justificado el que haya sustituido a la propiedad colectiva prehistórica, en la cual, con un mínimo de actos y procedimientos elaborativos se explotaban los productos casi inmediatos de la naturaleza. El sistema de la pequeña industria «constituye el vivero de la producción social, la escuela en la cual se elabora la habilidad manual, la ingeniosa destreza y la libre individualidad del trabajador». Este tipo de técnica y de empresa puede acompañar a diversas formas jurídicas de la propiedad y a diversos tipos de sociedad: se vuelve a encontrar en la esclavitud, (esto es, junto a la propiedad privada del *no trabajador* sobre el suelo, sobre la persona del trabajador, sobre el producto) y en el régimen feudal (junto a la propiedad privada territorial y a la servidumbre de la gleba pero su forma verdadera y propia acompaña a aquel tipo de producción en el que el trabajador es libre propietario de las condiciones de trabajo, o sea el campesino del suelo, el artesano de la herramienta. Dicho régimen de pequeños productores independientes supone el reparto del suelo y la dispersión de los demás medios de producción. Después de haber prestado sus servicios, si se perpetuara, se volvería una fuerza que contrarrestaría el ulterior desarrollo, el cual se hace en el sentido de la concentración de los medios de producción, con recursos más modernos como la colaboración de gran número de industrias, la división del trabajo, el maquinismo, todo aquello que permite empujar al máximo «el dominio y la disciplina de la naturaleza por obra de la sociedad, el libre desarrollo de las fuerzas productivas sociales... la consciente aplicación técnica de la ciencia, la explotación metódica del suelo, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economía de todos los medios de producción mediante su uso como medios de producción del trabajo social, combinado».

El ordenamiento, pues, de la pequeña producción se hace

en cierto punto, incompatible con las fuerzas nuevas suscitadas por las nuevas posibilidades y necesidades técnicas en el seno de la sociedad. Su eliminación debe efectuarse para que sea posible la transformación de los medios productivos dispersos en medios productivos concentrados. Pero el estadio ulterior es aún de propiedad privada: una clase social se aprovechará de la inevitable concentración de la propiedad privada para hacer de ella su monopolio y basar en ella su dominio. Todo ello constituye la acumulación primitiva y la consiguiente expropiación violenta y cruel del pueblo trabajador, cuya atrocidad hemos puesto en evidencia. Es en medio de una verdadera tragedia social, como la propiedad privada fundada en el trabajo personal es suplantada por la propiedad capitalista; como se efectúa el divorcio definitivo entre trabajo y propiedad. Esta tragedia expropiadora forma la prehistoria del capital.

Este paso es para nosotros, o sea para los resultados de nuestra investigación científica sobre el juego de las fuerzas económicas y sobre el desarrollo histórico de la sociedad, del todo inevitable; además, es una condición indispensable para el útil desarrollo de la fuerza y de la técnica productiva humana. Por lo tanto, su desarrollo es desarrollo revolucionario, y si éste dependiera por absurda hipótesis de nuestra aprobación y de una pretendida «conciencia moral» no se le debería negar. Anunciando sus atrocidades no nos hemos contradicho efectivamente, sino que hemos desmentido y destruido las tendenciosas teorías apologéticas de la propiedad capitalista que, pretendiendo demostrarla eterna, no se contentan con poner en evidencia la necesidad histórica de su aparición y su contribución a la liberación de ulteriores fuerzas productivas que se manifiestan violentamente, sino que quieren presentar su formación como pacífica, idílica, provechosa y agradable a las mismas masas humanas implicadas en los engranajes implacables de aquella vicisitud.

En cuanto a nuestro método, los juicios morales no forman parte de él, especialmente, mientras se trate de establecer las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. De ellos nos ocuparemos en orden a la destrucción de ideologías erradas y cuando se vaya a tratar de resolver el problema de la intervención consciente y voluntaria de colectividades humanas (partidos) en las fases del desarrollo; porque tampoco entonces las determinantes programáticas serán aportadas por valoraciones de orden moral. Tratándose de la investigación, nosotros la desarrollamos con un método que es el de todas las ciencias modernas de la naturaleza de la cual sobran los juicios sentimentales del observador. Al pedirle a ése que nos diga si el oxígeno favorece la vida y el anhídrido carbónico la destruye y e qué medida, no nos interesa nada que un hecho u otro gusto o lo contrarie. Una vez afirmado positivamente que p ra llevar a cabo la concentración productiva el capitalism debía desgarrar a las multitudes de pequeños productores, tal hecho queda aceptado por nosotros igualmente. Sin embargo, lo que no podemos dejar pasar, ni siquiera científicamente, es la pretensión capitalista de haber aportado a aquellas multitudes delicia y bienestar, limitándose a cortar solamente algunas cabezas de déspotas y señorones. Dicha aseveración choca más contra los hechos que contra presupuestos morales; mientras sirve para establecer la base más que baja de los presupuestos morales del pensamiento burgués y de cualquier otro.

53. Cuál será el ulterior desarrollo del capitalismo

Hemos estudiado y expuesto así las leyes del funcionamiento de la producción capitalista y las de su formación histórica. Pero, ¿cuál será su ulterior desarrollo?

No se puede objetar que el plantear dicha pregunta rebase el método rigurosamente científico: todas las cien-

cias, después de haberse planteado el problema del funcionamiento del universo y de su proceso evolutivo en el pasado, se plantean el desarrollo futuro; nosotros somos, pues, coherentes haciendo otro tanto con la ciencia de la sociedad humana.

Al resolver la cuestión de lo que sucederá con el tipo social de propiedad privada capitalista, no partimos de un preconcepto de carácter moral o finalista, como sería la indefinida perfectibilidad humana, el Progreso, el triunfo de la justicia, de la Igualdad, de la Libertad. Tales palabras, tomadas por sí solas, no significan nada para nosotros, sabiendo bien que éstas tienen valor variable según las épocas y las clases. Ante todo, nos basamos en el camino ya recorrido por la sociedad para reconocer las leyes efectivas del desarrollo. Además, nuestra hipótesis de que la técnica productiva tienda a hacerse cada vez más eficiente y compleja, y se resuelva en una organización cada vez mejor de la lucha de la humanidad contra las dificultades del ambiente natural, no es para nosotros una verdad misteriosa y absoluta ni una intención incontrolable o una aspiración irresistible de nuestro sentimiento. Es una conclusión científica con alto grado de probabilidades, ya sea porque los datos históricos lo confirman hasta ahora, o porque conducen a ella las mismas leyes biológicas de la adaptabilidad al ambiente y de la evolución de la especie. Si la hemos llamado solamente una hipótesis es para apartar cualquier residuo de interpretación mística o idealista y porque las vicisitudes de la lucha del hombre contra la naturaleza podrían ser lentas o incluso bruscamente invertidas por hechos de orden físico contra los que la sociedad humana carecería de posibilidades, como un cambio de temperatura, humedad, composición de la atmósfera, una colisión de astros, etc., hechos, sin embargo, muy poco probables. También factores de orden social podrían invertir la dirección del desarrollo, como, por ejemplo, una guerra química que envenenara para siempre varias capas de la atmósfera

terrestre o algo semejante[10]. Suponiendo, no obstante, que tales imprevistos no se verifiquen, nos podemos basar en la seguridad del progreso productivo, del complicarse de la técnica, y con ésta de las actividades y de las necesidades humanas. Por lo tanto, nuestra conclusión sobre el ulterior avance de los esfuerzos humanos contra las dificultades naturales, no necesita para sostenerse de vuelos líricos o de apriorismos idealistas, ni de la fe en una misión de la inteligencia humana (y mucho menos en una inteligencia sobrehumana) ¡sin la cual, el mundo se volvería inútil e insoportable!

Reanudemos, pues, el proceso de transformación social. Descompuesta de pies a cabeza la vieja sociedad de la pequeña empresa, transformados los *productores* en proletarios y sus *condiciones de trabajo* en capital, la socialización del trabajo y la transformación ulterior del suelo y de los demás medios de producción e instrumentos socialmente administrados se impulsan siempre adelante. Nosotros vemos proseguir esta concentración bajo nuestros ojos gracias, aún, a una expropiación. No es ya el pequeño productor el que es expropiado, sino que son los capitalistas más pequeños los que son expropiados por los grandes. La pequeña empresa de antes ha desaparecido, pero las nuevas empresas colectivas se hacen progresivamente demasiado pequeñas respecto a los recursos de la técnica y ceden el paso a nuevas empresas más perfectas y más grandes. Se desarrollan en proporciones cada vez mayores las aplicaciones de la ciencia a los medios técnicos en el sentido de una conexión cada vez mayor entre los varios centros productivos, entre las varias esferas de actividad, entre los varios países del mundo. Maquinismo, telegrafía y radiotelegrafía, ferrocarriles, navegación, aviación, etc. hacen cada vez más

(10) Hasta la fecha (1929) de la primera redacción. Hoy se añade la eventualidad de las consecuencias del empleo de armas de desintegración atómica.

necesaria técnicamente la solución de los problemas productivos a escala no sólo nacional, sino mundial. Al perfeccionamiento técnico le estorbaba antes la pequeñez de las empresas, hoy le estorba su autonomía privada, incluso si son empresas vastas y poderosas. El desarrollo era ayer obstaculizado por la propiedad privada personal, hoy lo es de nuevo por la propiedad privada capitalista.

54. Nuevo contraste entre fuerzas productivas y formas de propiedad. La revolución proletaria

Las nuevas necesidades que surgen en el seno del capitalismo crean nuevas situaciones a las clases sociales y desarrollan así nuevas formas mal retenidas por las formas jurídicas de la propiedad mantenidas por el poder capitalista sobre las ruinas de los precedentes regímenes sociales y estatales.

«Con la disminución constante del número de los magnates del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria[11], de la opresión, de la dominación, de la degradación, de la explotación, pero crece también la rebelión de la clase obrera que cada vez aumenta más, y está disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo del proceso de producción capitalista». Los pequeños productores vivían aislados, eran rivales económicos entre sí. Los mismos capitalistas pese a ponerse juntos a la cabeza

---

(11) Traducido así *literalmente*, como rectificación de las versiones corrientes: aquello que crece es «die Masse des Elends» —*la masa de la miseria*, no la miseria de la clase obrera. Los traductores «que improvisan» no comprenden que Marx se habría contradicho banalmente, si hubiera hecho crecer a la vez la «degradación» y la «organización» de la clase obrera. De ésta, disciplinada (*geschulien*) vanguardia de las masas oprimidas y aplastadas, crece *die Empörung* (sujeto de la proposición adversativa) o sea no la simple *resistencia*, como se leía en la Ed. *Avanti!* sino la *rebelión*.

de la sociedad, son implacables competidores entre sí. Con razón, éstos dicen que la competencia es el mecanismo indispensable para la producción y sólo deberían añadir: para la producción con base capitalista. Por lo tanto, es difícil para los capitalistas prescindir de la competencia e identificar sus intereses sociales a un plano mundial. Pero los proletarios viven en grandes masas; la revolución burguesa los ha hecho *libres*, o sea, los ha forzado a correr de país en país y de continente en continente para encontrar trabajo, la competencia entre ellos se muestra evidentemente como el daño para todos: las condiciones materiales de dicha clase (y no un móvil místico) suscitan en ella un sentido de solidaridad y asociación sobre bases cada vez más amplias. No es un imperativo moral o el grito de un apóstol, sino el resultado directo de las fuerzas puestas en movimiento por el capitalismo, lo que forma el empuje real en el sentido del grito programático: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

«El monopolio del capital se convierte en una traba para el modo de producción que con éste y bajo éste se ha desarrollado vigorosamente. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan tal punto, que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Y ésta se quebranta. *Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados*».

La obra del Marx maduro, pretendida fría y distante crítica descriptiva del mundo económico, se cierra con el grito que es una invitación a la guerra social, promesa segura de la victoria revolucionaria.

¿Cuál es el aspecto económico de este nuevo revolucionario contraste entre las fuerzas productivas y las formas de propiedad? Es éste: el movimiento general técnico-productivo continúa en el sentido de la socialización del trabajo y de la concentración de sus medios materiales. La expropiación de los pequeños poseedores privados contínúa y, superando todo límite, ninguna propiedad privada es ya

conciliable con las exigencias de la nueva institución social de la actividad productiva. Debe efectuarse un traspaso. La propiedad capitalista y la formación de plusvalía que la caracteriza, debieron surgir para hacer posible el inicio de la socialización, pero deben desaparecer para que ésta pueda continuar. Sin embargo, no se tratará ciertamente de repetir al revés el proceso ya efectuado, no se producirá una contrarrevolución sino otra revolución en las relaciones económicas.

El trabajador fue desposeído del instrumento de trabajo personal y no volverá a ser más poseedor aislado. No obstante la *nueva unión* entre el trabajador y las condiciones de trabajo tendrá lugar del único modo conciliable con las transformaciones de la técnica, o sea, la colectividad aboral adquirirá el control y la gestión del conjunto de los nedios de producción y del conjunto de los productos.

«El modo capitalista de apropiación nacido del modo de producción capitalista, y por consiguiente *la propiedad privada capitalista*, son la *primera negación de la propiedad privada individual fundada en el trabajo personal*. Pero la producción capitalista genera ella misma, con la ineluctabilidad de un proceso natural, su propia negación. Es la negación de la negación. Y ésta no restablece la *propiedad privada*, sino la *propiedad individual*, basada en la conquista de la era capitalista, *la colaboración y la posesión común de la tierra y de los medios de producción* producidos por el trabajo mismo».

Este penúltimo párrafo de la obra exige las clásicas expresiones de la *dialéctica*, se une a cuanto Marx escribe en el segundo prólogo, de 1873, a propósito de la dialéctica hegeliana, de la cual declara haber ya criticado desde treinta años antes el lado mixtificante (¡no *místico*, señores traductores!) no obstante reconocer que Hegel fue el primero en exponer el método dialéctico. Este es puesto al revés por Marx; en Hegel se apoyaba *en la cabeza*, el proceso del pensamiento creaba la realidad; en Marx al

contrario «éste no es más (el método dialéctico) que el elemento material trasladado y traducido en la cabeza del hombre».

Resulta claro que la expresión «individual» referida a la negación de su negación, o sea al sistema de distribución colectivista que sucede al capitalismo, quiere decir que todo participe de la producción social podrá participar en el goce de los productos sociales sin que se interponga ninguna fuerza ni *derecho* de privada usurpación ajena, como ya hacía en su pequeño cerco privado el productor independiente con los productos de su trabajo personal.

Y *El Capital* termina con la llamada del párrafo del *Manifiesto* referente a la función revolucionaria del proletariado, porque con esta conexión quiere el autor remachar la continuidad constructiva de su doctrina desde las enunciaciones de 1847 hasta la completación de su obra monumental.

Luminosa evidencia ésta, que resistirá en la historia del movimiento los repetidos e incansables atentados de la mentira, del engaño y de la traición.

«El progreso de la industria del cual la burguesía es el agente involuntario y pasivo, sustituye el aislamiento de los trabajadores debido a la competencia por su unión revolucionaria mediante la asociación. El desarrollo de la gran industria quita de debajo de los pies de la burguesía el terreno mismo sobre el cual ésta produce y se apropia de los productos».

«La burguesía produce pues ante todo sus propios enterradores. Su ocaso y la victoria del proletariado son a la vez inevitables».

INDICE

Concebido como curso de economía política para los militantes comunistas italianos,. confinados, el año 1929, con Bordiga, ELEMENTOS DE LA ECONOMIA MARXISTA es una exposición sintetizada del primer libro del Capital. Se introducen todos los conceptos de la economía marxista: la mercancía, el valor de uso y de cambio, la plusvalía, la acumulación e historia del capital, etc.

Amadeo Bordiga, fundador del P. C. de Italia y miembro del secretariado de la III Internacional, fue el más cualificado representante de la corriente izquierdista, expulsada al imponerse Stalin.

En 1946, con otros militantes de esa corriente, reconstruye el Partito Comunista Internationale, escribiendo en sus publicaciones hasta que muere en 1970.

Nunca firmó sus escritos, consecuente con la crítica de la noción de propiedad intelectual, que aun hoy mantiene este Partido, pero se atribuye a su pluma una parte sustancial de la importante obra teórica y política de esta corriente.

ELEMENTOS DE LA ECONOMIA MARXISTA resulta muy útil como libro de iniciación al estudio de la crítica de la economía política marxiana, sin reducciones ni falseamientos.

